

A man with a beard, wearing a white long-sleeved shirt and dark trousers, stands with his hands in his pockets. He is wearing a gold watch on his left wrist and a black belt with a gold buckle. The background is a blurred outdoor setting with stone walls.

# Taddeo Colonna

Florenzia Palacios

# **Taddeo Colonna**

## **Florenxia Palacios**

©Todos los derechos reservados.

Novela original e inédita.

©diciembre de 2020

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora bajo apercibimiento de sanciones penales.

©Florenxia Palacios 2020

©Copyright Marian Noel Marozzi Dutrenit. Autora de las novelas firmadas con el seudónimo de Florenxia Palacios

La presente es una biología de romance contemporáneo con un toque de misterio e intriga. En febrero publicaré la segunda parte de la presente historia.

Asimismo, advertirles que se trata de una novela de ficción y que la mención de apellidos y lugares es ficticia al igual que otros detalles mencionados en la presente.

Sin más agradecerles su apoyo y avisarles que ya está lista mi página de Facebook donde avisaré mis novedades. Un saludo cordial y si quieren escribirme les dejo mi e-mail: [florpalacios31@yahoo.com](mailto:florpalacios31@yahoo.com)

## **Romance, pasión, intriga y mucho más.**

Una obra de arte de Caravaggio perdida en el tiempo los unió en la búsqueda sin imaginar que los uniría de una forma que jamás imaginaron.

Ella es una estudiante de arte americana ansiosa de ver el mundo.

Él, un italiano millonario coleccionista que guarda un secreto insospechado... que se revelará en la próxima entrega de la presente saga.

## **Taddeo Colonna**

## **Florenxia Palacios**

Audrey Hamilton pensó que los italianos eran tipos muy ardientes y locos, llevaba más de dos meses viviendo en Florencia terminando un curso de arte y nunca dejaban de sorprenderla en cuanto a eso.

Es que no podía entender demasiado su temperamento ardiente, gritón y obsesivo, ella tenía sangre yanqui por todas partes, era Bostoniana y para ella la palabra paz y mesura era clave. Todo aquello que la intrigaba y perturbaba lo desechaba incluyendo al amor romántico. Algo que no entendía del todo y lo definía como una pasión compleja y efímera pariente del deseo y la lujuria.

Y los italianos eran casi como ese amor loco y lujurioso, todos ellos: impulsivos, espontáneos, ardientes y al parecer siempre listos para una chica guapa y extranjera. No podía siquiera prestarles la más mínima atención pues una mirada significaba: sexo, quiero sexo, a toda hora, no importa, siempre estoy listo y pillo todo lo que se me cruce.

Al menos los hombres que se le habían cruzado. En su mayoría...

Audrey apuró el paso nerviosa, debía tomar el autobús.

De pronto se detuvo, trataba de pasar desapercibida, pero todos notaban que era la chica rubia extranjera. Pero algo estaba mal ese día...

De nuevo ese hombre.

Respiró hondo al sentir la mirada oscura y maligna clavada en cada centímetro de su piel.

No debía sorprenderse, ya la habían mirado con un deseo exacerbado haciéndola sentir un trozo de carne que uno de esos italianos jóvenes y ardientes quería comerse. Pues ella no quería ser devorada ni ahora ni nunca.

Se detuvo y suspiró molesta.

En otra circunstancia se habría reído por lo bajo.

Sabía que despertaba eso en los hombres. Y no le gustaba, la ponía nerviosa. Era tan incómodo a veces...

Pero algo en ese sujeto la asustaba, no se sintió halagada porque estuviera allí mirándola como un demonio agazapado en la sombra, como el retrato ese que vio en el museo de Florencia hacía tiempo.

Tragó saliva y pensó que debía dejar de ser tan tonta y asustadiza.

Y de pensar que en ese país les hacían cosas horribles a las extranjeras.

Apuró el paso, visiblemente nerviosa al ver que ese hombre se le acercaba. No era la primera vez que lo veía y la forma en que la miraba y la seguía le ponía los nervios de punta. Porque era raro que siempre estuviera cerca cuando tomaba el metro.

Solo esperaba que no fuera uno de esos horribles hampones y proxenetas que secuestraban una chica para prostituirla o algo peor... Hasta también podían quitarte un riñón, era mucho más valioso que obligarte a dormir con hombres. Un riñón u otro órgano pues era joven y saludable, no fumaba, no bebía y de lo otro ni hablar...

Audrey miró su reloj y sintió una horrible ansiedad al ver que el metro demoraba.

Había un montón de gente a su alrededor y sin embargo se sentía tan sola en esos momentos.

No tenía altura ni tampoco fuerza como sus amigas italianas. Ellas sí sabían defenderse y

ninguno se atrevía a meterse con ellas.

Tragó saliva al notar que el desconocido se había acercado un poco más y luego se había sentado en un asiento de la estación. La forma en que apoyó los brazos le hizo pensar que estaba descansando.

No. Solo la estaba mirando a ella. Y se había puesto cómodo para verla a ella. Atrevido, como muchos italianos, osado y muy enamorado al parecer... O eso quería que ella creyera, pero Audrey no era tonta, ese hombre quería algo de ella: sexo o un riñón, o embaucarla en algo turbio, no se engañaba.

Sintió ganas de correr, de alejarse, algo en la mirada de ese sujeto le parecía maligno y muy peligroso. Aunque bien vestido, con jeans y una camisa blanca, siempre iba bien vestido, pero sabía que en esa ciudad había un montón de tipos así que parecían millonarios y solo trabajaban para la mafia. Mucho dinero sucio. Y el dinero sucio compraba esa apariencia.

Tragó saliva y miró su celular.

Tenía una llamada perdida de su madre y tembló. Su madre estaba en Boston, a miles de kilómetros de distancia, pero no dejaba de llamarla casi a diario para ver cómo iba todo... la llamó para que no se preocupara.

—Mami ¿qué pasó? —habló en voz baja para que nadie lo notara.

—Audrey... al fin cariño. Solo llamé para saber cómo estabas.

—Estoy bien.

—¿Y qué tal te va en el curso?

—Bien... todo bien—dijo al nerviosa—Estuve en una exposición el otro día.

Su madre la escuchó distraída, pensaba en otra cosa.

—¿Cuándo regresarás?

Siempre le preguntaba lo mismo.

—En dos meses, tal vez más.

—¿Dos meses?

—Tengo la beca para estudiar arte y pienso aprovecharla.

—Pero ten cuidado ¿sí? Se oyen cosas terribles de ese país.

—Mamá, deja de pensar cosas. Estoy en Italia, la cuna del arte.

—Sí, y también la cuna del crimen y la trata de personas.

—No digas eso mami, por favor. Aquí no hay mafias...

Ella no mentía, no sabía si había mafias, era muy cauta y nunca iba de noche a ningún lado. Pasaba el día entre el curso, las visitas a los museos y en su trabajo en la cafetería de medio tiempo para tener su propio dinerillo. También iba a la capilla a rezar y se reunía con sus nuevos amigos italianos. El padre Mateo Ricetto y el padre Antonio. Ellos habían sido de mucha ayuda desde su llegada hacía casi un mes. Se sentía como en casa, Italia era un país fascinante, lleno de tesoros artísticos, lugares antiguos y demás...

—Audrey, ten cuidado, por favor.

—Todo está bien mamá, no voy a fiestas ni salgo de noche.

—¿Y las chicas con las que compartes el piso?

—Son chicas tranquilas, ya te di sus nombres. Pudiste fijarte en las redes supongo.

—Sí, lo hice...

—Y supongo que habrás podido apreciar que son tranquilas, estudiantes de intercambio una y la otra es una campesina italiana del norte que estudia abogacía.

—¿Y no llevan muchachos al piso?

—No.

—Es que los jóvenes de hoy día tienen sexo todo el tiempo y en cualquier lugar y me



preocupa que... los europeos son raros.

—Siempre lo dices, pero no he visto que sean tan distintos a nosotros.

Trataba de tranquilizarla, los italianos eran los hombres más galantes y mirones que había conocido jamás. Por más que se pusiera faldas largas, que se cubriera siempre y no usara maquillaje ni nada la miraban, la seguían y en una ocasión uno le paró el auto y le ofreció una buena paga por una noche de sexo. Era mucho dinero y ella se quedó tiesa. Aterrada. Tenía un auto deportivo de locos y era muy guapo, no entendía por qué tenía la necesidad de...

Tragó saliva y salió corriendo, no dijo nada, pero el susto que se llevó al ver que el auto deportivo la seguía le duró bastante. Fue en pleno día, cuando salía de una exposición de arte y no podía creer que eso le pasara a ella.

Por supuesto que no le dijo a nadie lo ocurrido, ni siquiera a su madre pues sabía que pondría histérica.

Tampoco le habló del hombre que allí estaba mirándola embobado.

Su madre pensaba que Italia era lo más parecido al infierno para una joven inocente como ella.

Habló un momento más con su madre y ese esforzó en distraer su mente.

Era extraño cómo en ese lugar había criaturas llenas de sombras, caras de rasgos marcados y paisajes tan hermosos. Como si lo más hermoso y lo más terrible formara parte siempre del paisaje de ese país. Llevaba tiempo recorriendo cada rincón siempre que podía y llevaba gastado gran parte de sus ahorros por lo que había empezado a trabajar medio tiempo en una cafetería en la mañana. Eso la ayudaba a no pedir dinero a sus padres.

El resto del día estudiaba o dibujaba.

Miró su reloj nerviosa y luego, lentamente miró al malvado sujeto que siempre la seguía.

Habría querido preguntarle por qué lo hacía, pero no tenía ni la fuerza ni las agallas de

enfrentar a ese hombre que medía más de un metro noventa y era de complexión fuerte. Italiano por supuesto. Sus rasgos lo delataban, rasgos marcados, mandíbula ancha y labios gruesos, pero de todo ese rostro diabólico sus ojos eran lo más extraño que había visto en su vida. eran malignos y fríos, tenía una de esas miradas oscuras imposibles de descifrar.

Y ahora miraba sin pudor su silueta envuelta en ese vestido largo y justo de mediados de otoño. Su ropa no era atrevida, era cómoda, como la de una hippie, porque lo que era lo mostraba en su exterior, una joven bohemia amante del arte que no buscaba riquezas ni tampoco llamar la atención.

Y sin embargo la miraban.

Porque era muy difícil disimular su figura curvilínea y de pronto vio con horror que ese vestido color marfil transparentaba su ropa interior color beige y sus pechos redondos.

Era raro pensó que a los italianos le gustaban las muy delgadas, pero en realidad descubrió que tenían debilidad por las extranjeras y que todas eran de su gusto: delgadas, rollizas, bajas, altas...

Ella no era ni lo uno ni lo otro, no podían decirle delgada porque tenía caderas y abundante pecho, y tampoco gorda porque su cintura y sus piernas eran esbeltas. Y ese hombre lo sabía... la miraba como si quisiera a comérsela. ¡Rayos!

Qué incómodo y qué terror sintió entonces. Porque ese atrevido sujeto la miraba con verdadera lujuria y tuvo terror de que esta vez intentara algo.

Apartó su mirada inquieta, aterrada, y deseó que el metro llegara cuanto antes.

No era la primera vez que veía a ese hombre, y tuvo la sensación inquietante de que la seguía.

Habría deseado correr, o defenderse y gritarle a ver qué tanto miraba.

Pero se acobardó y suspiró aliviada al ver que el metro se acercaba.

Pensó que quería escapar de esa estación y de ese hombre.

Cuanto antes.

Entró en el autobús y se sentó al lado de una señora mayor y se puso los auriculares para oír música.

Y entonces lo vio en la parada del bus mirándola con una sonrisa.

Era una sonrisa fría y rara, como ese hombre salido de un óleo medieval que había visto hacía unos días en la galería del Uffizi. Solo que ese italiano tenía el cabello corto y sus labios eran más gruesos y terrenales, labios que se morían por atrapar y besar a todas las mujeres bellas que cayeran en sus garras.

No pudo evitar estremecerse y no sonrió.

Se preguntó por qué la buscaba tanto. No era más que una estudiante de arte norteamericana en su país.

Tampoco se consideraba bonita, nunca había creído que lo fuera en realidad. A lo mejor la miraba porque era joven y tenía encantos y tal vez pensaba que podía ofrecerle una buena suma de dinero por tener sexo con él como hizo ese desalmado del auto deportivo.

En verdad que la ponía nerviosa su insistencia.

Y, sin embargo, cuando regresó al departamento que alquilaba dos horas después, sintió un irrefrenable deseo de dibujar su rostro, de tratar de captar esa extraña sonrisa. Y su enigmática mirada fría insondable. La fascinaban esos ojos, esa mirada y se preguntaba quién sería ese hombre que tanto la miraba y parecía estar siempre cerca.

Al principio pensó que era un italiano mirón y atrevido, la segunda vez dijo que era una coincidencia, pero luego... eso no era coincidencia, ese hombre la buscaba, la seguía y la miraba de esa forma.

Ella fingía que no lo veía, que no lo notaba, pero estaba cada vez más nerviosa pues de

alguna forma él conocía su itinerario...

Sin embargo, debía reconocer que era una criatura fascinante. Viril, poderoso pero medido.

No se le había acercado para decirle algo ingenioso como los otros italianos. Pero la forma en que la miraba era intensa. Con deseo y lujuria... una lujuria insatisfecha que se palpaba de a kilómetros.

O quizás estaba enamorado.

Los italianos eran muy enamorados y ardientes, de pasiones encendidas. Pelear, comer, hacer el amor, bailar, cantar... Todo lo vivían con intensidad.

Aunque el aire europeo del norte llenaba el espíritu italiano de ciertos matices. En el sur parecían más tranquilos y discretos.

Su mano tomó otro grafo para marcar el rostro mientras se esforzaba para trazar y delinear el contorno de ese rostro y los detalles.

Cuando terminó el bosquejo no se sintió del todo satisfecha.

No era el demonio de la estación, no era él en realidad, tenía solo un parecido fugaz y eso le resultaba frustrante.

Era buena pintando y haciendo retratos, solía dibujar a lápiz a sus seres queridos, ¿por qué entonces era tan difícil pintar a ese hombre?

Tal vez debía sacarle una fotografía la próxima vez.

Solo que se acercaba sin ser visto y la seguía hasta que ella se percataba de su presencia. La pillaba por sorpresa, siempre...

Se estremecía al verle, sentía verdadero terror, no sabía por qué...

Temía que fuera de la mafia.

No. Los mafiosos no iban tras las jovencitas americanas, no perdían su valioso tiempo yendo detrás de mujeres, eso solo sucedía en las películas.

Miró el bosquejo y lo guardó cuidadosamente. Debía estudiar para la universidad y no podía seguir dibujando. Aunque le gustaba mucho hacerlo. Era relajante y también frustrante, especialmente cuando no podía captar la esencia de un rostro.

—¿Qué dibujas allí, Audrey?

La voz de Laura la volvió a la realidad, no la había visto aparecer, era tan silenciosa.

Laura era una de las chicas que compartía el piso, era la campesina italiana de Perugia y estaba allí porque estudiaba leyes. Alta, de complexión delgada y atlética sus ojos muy oscuros y su rostro eran típicamente italianos. También su fuerte personalidad, su voz, todo en ella emanaba fuerza y determinación. Le caía muy bien Laura, pero trataba de mantener distancia porque la chica italiana era muy curiosa y siempre estaba como husmeando en todas partes.

Y ahora estaba allí esperando una respuesta.

Audrey se puso como un tomate, odiaba que vieran sus dibujos, aunque no le importaba en ocasiones su primera reacción era de terror y vergüenza.

—Rayos... ¿quién es ese hombre del dibujo? Vaya, qué guapo es—comentó.

Lo había visto, no pudo ocultarlo.

La chica americana suspiró.

—No sé quién es, pero siempre lo veo—confesó.

—¿Y te gusta?

—No...—replicó Audrey sonrojándose lentamente y molesta por la situación se sonrojó aún más.

—Vamos, ¿por qué te escandalizas? He oído decir que una chica norteamericana sale con muchos chicos antes de cumplir los veinte y tú eres como rara. ¿Le tienes miedo a los hombres o

eres lesbiana?

Se lo dijo, tuvo la osadía de hacerle una pregunta tan íntima.

—No a lo primero y no lo segundo—declaró sonrojada.

Laura se rio, no pudo contenerse.

—Sí, me suponía. Entonces debes tener un novio esperándote en tu país o eres de alguna religión rara.

La norteamericana lo negó con un gesto.

—¿Por qué quieres saber de mí? —replicó luego.

—Bueno, es normal. Llevamos semanas viviendo juntas, es lógico que tenga curiosidad y como tú no hablas nada al respecto haces que sienta más intriga. ¿Pero qué pasa con ese hombre? ¿Ha vuelto a seguirte?

Audrey asintió.

—Estaba hoy en la parada de autobús. Aparece de repente, de repente está allí y luego desaparece. Hoy se quedó un poco más y me puso nerviosa.

Laura sonrió.

—Estas cosas solo te pasan a ti porque eres extranjera y muy tímida. Esos pillos saben con quién meterse. ¿Pero te ha dicho algo o...?

—No... nunca me dice nada. Pero me mira de una forma que me asusta, no sé cómo explicarlo. Me pregunto si...

—¿Qué?

—Si no será un alma en pena.

Laura largó la carcajada mientras se servía sumo de naranja de una caja de la nevera.

—¿De veras crees eso?

—Es muy extraño todo y cuando estuve en un castillo una vez vi algo extraño. Tal vez...

—Amiga tú sí que tienes imaginación. Pensar que es un fantasma, vaya... ¿por qué no le hablas la próxima vez?

La joven americana consideró esa posibilidad.

—No me atrevo... ¿y si me dice un disparate?

—¿Por qué lo haría? Vamos, te gusta mucho ese hombre. ¿por qué no das un paso más? Quizás sea tímido.

—No haré eso... debes estar loca.

—¿Por qué te da tanto miedo? Debes ser la única americana que vino a Italia y no quiere tener una aventura con un italiano guapo y ardiente.

—Laura, yo no soy así, no vine aquí para eso.

La chica italiana pensó que era por su religión, la veía ir a misa y hablar mucho con sus amigos curas que la llamaban todo el tiempo.

—¿Entonces no tienes un novio en tu país?

Ella la miró inquieta.

—No... disculpa, si no te importa debo estudiar ahora.

—¿Entonces era mentira? ¿Lo dijiste para que te dejara tranquila? ¿qué sucede contigo? Supongo que debes pertenecer a una de esas religiones que prohíben el sexo.

Audrey se sintió acorralada pues de pronto vio una fotografía suya con el hábito de novicia en poder de Laura.

—¿Cómo la obtuviste? ¿Quién te dio esa foto?

—Se te cayó a ti el otro día, cuando ordenabas tu habitación, yo fui a buscar algo que se me había perdido y lo encontré. ¿Ahora vas a decirme la verdad? ¿Eres una especie de novicia

rebelde o algo así?

—Soy novicia sí, casi, pero no una rebelde.

—Pero tú no te vistes como una monja y además... eres demasiado guapa para ser una monja. Sabes, no me gusta que me mientan y se suponía que tú tenías un novio con el que ibas a casarte...

—Lo siento, es que tenía que inventar algo para que dejaras de fastidiarme con preguntas. No quise mentir, sé que estuvo mal.

—Rayos... no pensé que eso te molestara tanto. Era solo curiosidad, como tú nunca hablabas de chicos pensé que eras tímida o gay y no es que eso me importe tampoco. Soy totalmente abierta a esas cosas y pienso que es terrible que alguien sea juzgado por su orientación sexual, pero...

—Pues no es así, no soy gay, soy monja. O intento llegar a serlo en un futuro.

—Está bien, no tengo prejuicios, soy campesina del norte, no boba. Sé que aquí todo es natural y no me molesta.

—Pero sí te molesta que sea monja, más que si fuera de la comunidad LGBT.

—Bueno, sí... no. En realidad, estoy un poco sorprendida, jamás lo habría imaginado hoy vi esa foto y no lo podía creer. Al principio pensé que no eras tú sino una parienta tuya.

—Soy yo, esa es mi fotografía. Pero escucha, por favor, no digas nada a nadie ¿sí? Es verdad, soy novicia, todavía no tomé los votos, estoy a prueba y mi viaje forma parte de esa prueba.

—¿Estás a prueba? ¿Por qué? ¿Entonces no eres todavía una monja?

—No... me falta un año para eso. Y me pidieron que hiciera este viaje para estar más segura.

—¿Y sigues decidida a tomar los votos?



—Sí, por supuesto.

—¿Y por qué te han rechazado?

—No me rechazaron, pero me dijeron que debía aprovechar esta beca. Era una oportunidad única de perfeccionar ese don, aunque no creo ser muy buena, me gusta pintar y dibujar. En realidad, querían que me tomara un tiempo antes de decidir si quiero ser monja y entonces surgió lo de la beca y decidí aceptar.

—Bueno, suena razonable sí, ¿pero por qué me pides que guarde el secreto? ¿Temes que se burlen de ti?

Audrey no lo dijo.

Sintió que había hablado demasiado.

—Solo deja de hacer preguntas por favor, no puedo hablar de eso, pero no soy como tú ni como las demás. Pertenezco a una orden y debo guardar silencio, ser discreta. Soy novicia, todavía no una monja, pero digamos que pertenezco a una congregación y hay normas. No nos dejan divulgar cosas. Es una promesa que hice, casi un voto de silencio en realidad.

—Está bien, entiendo, fui a un colegio de monjas de niña y tú no pareces una de ellas...

—¿Por qué dices eso? ¿No tienes buenos recuerdos de esos tiempos?

—Oh sí, fue una época feliz, mis padres se habían separado y yo tenía toda la atención de las monjas, me lo pasaba llorando y ellas me hablaban y me ayudaban... En realidad, quería ser el centro del mundo para ellas porque sentía que mis padres me habían dejado de lado. Fueron muy buenas y cariñosas, maternales... como abuelas porque todas eran muy viejas y poco agraciadas. Por eso eran monjas. Pero tú no te ves como una, eres muy atractiva. Hasta sexy.

—¿Sexy? No me veo sexy.

—Oh claro que sí, eres una preciosa chica americana, rubia y sexy. Tal vez en el convento no se note porque son todas monjas, pero en la vida común sí y en este país donde hay tantos

mujerriegos, pues no creo que regreses virgen a tu convento.

—¿Qué dices? Tonterías. Exageras.

—¿Tonterías? Hay un hombre muy guapo siguiéndote, además. ¿Qué crees que busca?

La expresión de Audrey cambió.

—¿Crees que quiera hacerme daño?

—No lo sé, puede que sea un enamorado o un simple mirón. Lo raro es que además siempre esté allí, en todas partes. Y que no te hable ni te diga nada. ¿Y si es un chiflado?

—No lo creo, bueno, no sé qué pensar.

—Pues deberías tener cuidado y si acerca mucho... pues pedir ayuda.

—Es que solo lo veo a veces y no me ha hecho nada.

—Pues ten cuidado.

La chica italiana la miró algo desconcertada.

—¿Y el curso de arte? ¿Por qué lo haces?

—Porque me encanta el arte, siempre y pintar es mi sueño.

—Pero no podrás ser una artista si eres monja supongo. Rayos... eres muy joven para convertirte en monja, ¿cómo puedes pensar en hacerlo?

—Es lo que deseo hacer. Siempre he querido ser monja, desde niña.

—Eso es extraordinario, que de niña quisieras ser monja... bueno, eso no es extraño, lo raro es que te durara tanto.

—Pero es lo que quiero hacer y el hecho de que haya hecho este viaje no cambia en nada mi decisión.

—¿Estás segura de eso? Pues acabas de hacer un viaje a la ciudad del vicio y el pecado. ¿Crees que podrás regresar santa y virgen a tu país?

—No soy una santa y en cuanto a lo demás, pues no creo que un viaje me pueda cambiar tanto, bueno sí, tal vez, pero no en el sentido que tú crees.

—¿Entonces ese hombre que te llama desde tu país es...?

—Es mi superior.

—¿Y nunca has tenido sexo?

Audrey lo negó.

—¿Y no has sentido deseo? Eres joven, una mujer joven y hermosa. ¿Cómo es que has escapado intacta de la lujuria y del deseo que despiertas en los hombres?

Audrey se puso colorada.

—Tonterías, no soy hermosa ni tampoco...

—Pero te habrán perseguido los hombres en tu país para eso.

—Sí, alguna vez, pero yo nunca sentí esa curiosidad por el sexo que sentían mis amigas, ni esa necesidad imperiosa de ir a tener sexo por curiosidad.

—¿Nunca te gustó un chico?

—Rayos y eso qué? No tuve ningún novio ni me interesó tenerlo. A la edad que todas las chicas solo piensan en sexo y en salir con chicos yo estaba estudiando arte y religión.

Audrey estaba cada vez más molesta y Laura muy desconfiada, como ella tenía su vida salía con un chico y había tenido varios novios antes le parecía raro y sospechoso.

—Rayos, es muy raro... aquí no habrías tenido esa suerte. Los hombres de aquí son galantes e insistentes, salvo los que son unos nerds.

—Laura, escucha por favor. No te pido que entiendas, ¿pero podrías guardar mi secreto? No me dejan hablar de esto, pero confié en ti porque siempre has sido buena y gentil conmigo.

Y porque le mostró la fotografía y pensó que no podía mentir, por eso.

—Tranquila hermana Audrey, no diré nada... Supongo que ahora entiendo muchas cosas... algunas claro.

La chica italiana se quedó mirándola pensativa pero no dijo nada.

La llegada de la chica alemana Greta puso fin a la conversación de forma abrupta, ella era toda energía y entró hablando en alemán a los gritos con su celular.

Audrey notó que su compañera de piso había quedado impactada y pensó que no le creía. Pues mejor así... quizás fue imprudente al hacerlo, pero tenía que frenar a esa joven de alguna forma, tenía que alejarla y que comprendiera que ella no estaba buscando novios en Italia. Porque no era la primera vez que la invitaba a salir con su grupo de amigos y le presentaba a uno de sus amigos. Parecía empeñada en buscarle pareja, como si pensara que ella debía tenerla. Tuvo que inventar que tenía novio para que dejaran de molestarla...

¿Ahora Laura sabía la verdad, podía confiar en que guardara el secreto? Era una bocazas, lo intuía.

Sin embargo, sintió alivio de que supiera que era monja, aunque pensara que eso era una locura en una chica joven, al menos dejarían de tratar de presentarle un chico para salir, o de hablarle de sexo. Realmente le daba asco cuando ambas se ponían a compartir experiencias sexuales y luchaba para que la tierra la tragara.

\*\*\*\*\*

Audrey fue a la cafetería como siempre y mientras servía vio al padre Mateo con otro hombre. El padre Antonio Ricetto.

Su mirada azul era horriblemente turbadora para Audrey. No sabía bien por qué, pero no eran ojos comunes.

Sentía mucha estima por el padre Mateo, era un buen hombre, lo intuía, pero el padre Ricetto era otro cantar.

Lo había conocido casi desde su llegada y fue muy amable al sugerirle los lugares más antiguos para visitar, pero su presencia allí la asustaba, no sabía bien por qué.

Saludó a sus amigos y les preguntó qué deseaban beber. Anotó todo en su libreta mientras el padre Mateo le preguntaba cómo iba su curso de arte.

Sabían que estaba allí por el curso, pero les inquietaba saber que era religiosa.

—Estoy bien, gracias.

Sonrió y sintió la mirada del padre Ricetto.

Sirvió sus cafés y emparedados y luego rezó una oración en silencio cuando se alejó para descansar. Por una extraña razón la mirada de ese hombre la turbaba. Era una mirada profunda y muy intensa. Sonrojada recordó las palabras de Laura, que no podría regresar intacta a su país y temía que eso pasara.

Si algo malo le pasaba debía decirle al padre Mateo, él era su ángel guardián y había sido tan amable desde su llegada, pero no tuvo valor para decirle nada ese día por razones obvias: no estaba solo estaba el padre Ricetto y ella no lo conocía bien. no le gustaba hablar de sus cosas con extraños.

De repente sacó el dibujo de su cartera y lo miró.

Habían pasado cosas muy raras desde hacía dos semanas, luego de hacer esa visita al Castello de Rímini en la zona más antigua de Florencia. En el corazón de la toscana. Se preguntó si no estaría cerca de hacer un importante descubrimiento, si acaso no...

Alejó esos pensamientos y regresó a la cafetería. El padre Mateo se había marchado pero un nuevo cliente la esperaba, se lo dijo el encargado.

Audrey tembló al ver al italiano.

Era la primera vez que se aparecía en su lugar de trabajo y se quedó tiesa.

Pero era su trabajo y debía atenderlo por supuesto.

Así que se armó de coraje, tragó saliva y se acercó a su mesa.

—Hola preciosa, así que trabajas aquí—le dijo.

Su voz era profunda y sus ojos la miraron como si quisiera comérsela.

Luchó por dominar el terror que sentía y le preguntó en un italiano no muy aceptable qué deseaba pedir.

—A ti hermosa, en una bandeja de plata—le respondió.

Audrey sintió que ardía como una braza de rabia y vergüenza, ¿cómo tenía el descaro de plantarse así en su trabajo y decirle esas cosas?

Iba a ponerle en su lugar, iba a usar una frase cortante pero su mente quedó en blanco. Entonces él se le adelantó.

—Perdóname era una broma... lo siento. Tú eres extranjera ¿verdad? Se nota tu acento y que no entiendes nuestras bromas.

—¿Bromas?

—Sí, amore, solo bromeaba. Por favor, tráeme un almuerzo liviano una hamburguesa y sumo de naranja.

Ella tomó el pedido y se alejó sintiendo su mirada como un látigo de fuego por todas partes.

Se puso muy nerviosa al pensar que su acosador la había encontrado y acababa de decirle algo como que la quería a ella en bandeja de plata para comérsela...

Pero debía hacer su trabajo y entregó el pedido al cocinero.

Él no dejaba de mirarla, mientras tomaba otros pedidos sintió su mirada recorrerla por entero. Aunque llevara un delantal largo y el cabello atado.

Pensó en decirle algo, oye por qué me sigues, eso se llama acoso y es de mal gusto, pero

no podía, no en su trabajo.

Miró a su alrededor y de pronto se sintió agobiada por tanto trabajo. pero cuando le entregó el pedido a su “enamorado” él sonrió y le dio las gracias.

Antes de que pudiera decirle algo más se alejó.

Luego lo vio hablar por celular y ella atendió a otros clientes.

Cuando fue al curso, a la una lo hizo nerviosa. Casi pensaba que tenía a ese hombre siguiendo sus pasos. Debió decirle algo, hoy lo tuvo un momento frente a ella, pero ¿cómo hacerlo? se sintió rara y desconcertada, además era su lugar de trabajo.

Que dijera que la quería a ella en bandeja había sido una provocación, y una frase declarada de acoso. Luego se disculpó y...

Cuando salía del curso notó que un auto la seguía.

Rayos. No podía ser...

Apuró el paso nerviosa. Temía que ese hombre estuviera allí siguiéndola de nuevo. Rezó en silencio pidiendo protección. No sabía por qué le pasaba eso, había pasado esos dos meses en Italia sin contratiempos y estaba por terminar el curso de arte de tres meses... luego se iría y regresaría a continuar el noviciado.

Su celular sonó para terminar de crisparla.

El padre Elder, su superior. Debía atenderle...

Buscó un lugar para guarecerse del frío y entró en una edificio.

—Hermana Elena.

—Padre Elder. ¿Cómo está usted?

—Bien, supe de tu viaje, fue inesperado.

—Sí, pero dijeron que podía irme.

—Cuando regresarás?

—En unas semanas.

—Necesito que hagas algo... verás, mi hermano es coleccionista de arte y le han avisado de una exposición en Florencia de una obra de arte muy antigua.

—¿De veras? ¿Y cuándo será?

—Este sábado creo. ¿Tú podrías asistir?

—Claro.

—Escucha, será en la galería del Uffizi, te enviaré la invitación. Puedes usar la de mi hermano. Pienso que no habrá problemas.

—Claro, pero...

—Necesito que busques un retrato cuando estés en la exposición. ¿Recuerdas el retrato del que te hablé la última vez?

—Sí, el infierno de Dante.

—No lo menciones con nadie, por favor. Pero tengo interés en encontrar ese retrato, es muy importante para mi hermano—suspiró—el pobre teme que le vendieron el falso y necesita cotejarlo con el original.

—Padre Elder, he estado buscando ese retrato casi desde mi llegada y nadie sabe de su existencia.

—¿Nadie sabe? ¿Les has contado a alguien más?

—No. No pero mi profesor dijo que solo hay retratos alegóricos a la Divina comedia, realizado por distintos pintores italianos.

—Y has podido verlos?

—Solo uno y es de la divina comedia, no del infierno. Hay otro de Dante, pero no creo que



sea ese el que busca.

El padre Elder dijo que no.

—No comentes esto con tu profesor.

—No le dije nada, padre.

—Tampoco deben saber que viajaste porque yo te lo pedí.

—Lo sé...

—Audrey, espero que este viaje te ayude a superar tus dudas, que te ayude a madurar, pero no olvides avisarme si descubres algo.

—El padre Mateo me invitó mudarme a su residencia, padre Elder.

—¿El padre Mateo? ¿Quién es?

—El padre que usted me encomendó, lo recuerda?

El padre Elder parecía algo desconcertado, como si lo hubiera olvidado.

—Ah sí... ¿El padre mateo Ciliani?

—Sí.

—¿Y dices que te invitó a su casa?

—Sí, me ha dicho que no es prudente que viva sola con dos chicas solteras.

—Y qué sucede con esas jóvenes? ¿Acaso saben que eres monja?

—No, no, pero... el padre cree que estaré a salvo en su casa, es una residencia de católicos de Florencia. ¿Usted cree que debo aceptar su invitación?

—No creo que sea apropiado, a menos que te sientas incómoda viviendo con esas jóvenes extranjeras. Si intuyes algún peligro entonces... debes aceptar la ayuda del padre Mateo. Me han recomendado a ese padre, y es de mi total confianza. ¿Acaso ha pasado algo?

—Claro que no, pero...

No quiso decirle que había un hombre siguiéndola. Pensó que se preocuparía. Quizás no fuera nada.

—Hermana Helena, le enviaré la invitación y por favor avísame si ese retrato está en la exposición.

Parecía muy interesado en ese retrato él y el padre Paul, que la había acompañado en ese viaje solo que se alojaba en una parroquia.

Se preguntó por qué buscaba ese retrato con tanto afán. No se creyó la historia de su hermano coleccionista. Lo buscaba por una razón secreta, no sabía cuál, pero ese retrato no existía. Su profesor de arte, el dueño de la galería, todos se ponían tensos cuando se hablaba de ese cuadro.

Los italianos eran personas apasionadas y muy celosos de sus tesoros, de sus obras y no veían con buenos ojos que hubiera extranjeros preguntando por sus tesoros artísticos. Al principio lo negaron, luego le preguntaron quién le había mencionado ese cuadro.

“Es que no existe, no es más que un boceto de Caravaggio”.

Caravaggio era un pintor oscuro, sus cuadros mostraban el lado humano de santos, vírgenes y también los retratos de personas comunes. Porque su genialidad además del claroscuro, de una técnica única y deslumbrante, la genialidad de Caravaggio estaba en lo que era capaz de provocar con sus pinturas.

Había leído la historia de ese pintor, su biografía y conocía casi todas sus obras. Se decía que él había pintado el infierno de Dante pero que la obra fue inacabada y que pintó el retrato en un viaje que hizo a Florencia, luego de saber que Dante había sido güelfo defensor del papa y todo eso. Caravaggio era un pintor curioso y también de una personalidad complicada como se diría en esos días. Pero esa obra fue pintada por encargo, algo que Caravaggio aceptaba de mala gana.

Otros dicen que pintó ese retrato por una experiencia aterradora en la cual se vio cerca de la muerte.

Pensaba en eso cuando sintió que alguien seguía sus pasos muy de cerca.

De nuevo esa presencia inquietante...

¿Por qué tuvo que mentirle al padre Andrew? Acababa de revelar que era una novicia y además había un hombre siguiéndola con malas intenciones. Eso también lo había ocultado.

—¿Vas sola, preciosa? ¿Quieres que te acompañe?

Esa voz hizo que se crispara, pero al volverse vio que era un desconocido, un guapo italiano de cabello oscuro y ojos muy verdes como los de un zorro. Pequeños y rasgados.

Estaba allí mirándola con muchas ganas de ayudar si era necesario, sus ojos la miraron con creciente interés.

—Lo siento, ¿te he asustado, chica rusa?

—Por favor, apártese de mí—le dijo.

—Oh, eres americana... debí imaginarlo. Tienes cara de gatita inocente y te ves tan solita y desvalida...

—No estoy desvalida. Por favor, déjeme en paz.

Él sonrió y de pronto sintió que la jalaba y trataba de tocarla, de robarle un beso y se asustó y lo golpeó haciendo que retrocediera. Pero luego furioso porque le había pegado la atrapó y le gritó algo en italiano que no entendió.

—Por favor suélteme o llamaré a la policía.

Eso lo entendió perfectamente y atraídos por el alboroto un grupo de estudiantes de su curso se acercaron para defenderla de ese sujeto.

Se llevó un gran susto y se preguntó cómo había pasado eso de repente. Nunca había

conocido a un italiano tan atrevido y se quedó temblando porque él le dijo que la encontraría y daría cuenta de ella.

—¿Quién era ese tipo? ¿Lo conoces? —le preguntó una chica pelirroja del curso de arte.

Sus amigos hippies sacaron al italiano a empujones y estuvieron a punto de pegarle porque no quería irse.

—No, no lo conozco, no sé quién es. —dijo ella inquieta—nunca lo vi en mi vida.

—Un cretino que se hace el listo con las chicas jóvenes y extranjeras. Ten cuidado porque hace día que lo veo cerca de aquí. Tal vez te buscaba a ti.

Audrey tragó saliva y cuando estuvo más tranquila les agradeció a sus compañeros de curso, era un alivio que justo pasaran por allí cuando eso había pasado.

Le temblaban las piernas y estaba en ese estado cuando llegó a su departamento.

Dos chicas la acompañaron, Isabella la pelirroja le dijo que tuviera cuidado.

—¿Tú has visto antes a ese hombre cerca de la universidad? —le preguntó.

Isabella asintió.

—Si vuelves a verlo grita, pide ayuda, no son tontos, si ven que te defiendes se irán.

—Pensó que era rusa, notó que era extranjera.

—Se dan cuenta por cómo te vistes. Son tan crueles, pero no temas.

Salía tarde del curso, por el trabajo. quizás podría modificar el horario.

Se preguntó si ese hombre no había sido el responsable de que estuviera tan asustada, ella había pensado que era el otro hombre, pero había otro.

¿O habría sido casualidad?

Trató de no pensar en eso, estaba terminando su curso y pronto estaría muy lejos.

Se preguntó por qué pasaba eso ahora.

Luego recibió un mensaje en su celular, el padre le había enviado por correo la entrada a la exposición.

\*\*\*\*\*

Fue a la exposición temprano, ese día no tenía que trabajar en la cafetería y lo dedicaría a descansar, ver pinturas, tal vez dibujar.

Había pasado nerviosa esos días porque de nuevo sentía esa presencia siguiéndola y temía que fuera ese desconocido.

Entró en el recinto y saludó a los presentes con cierta timidez, había muchos artistas, Marchant del arte y algunos curiosos, como ella.

Buscó la obra en cuestión. El padre Andrew le había mandado un bosquejo del infierno de Dante. Era una pintura de los círculos del infierno con la presencia de una mujer y un hombre. ¿Adán y Eva? Bueno era un bosquejo. El padre Andrew le pidió que no dijera nada.

Se cruzó con dos sacerdotes que hablaban en italiano y le pareció extraño que estuvieran allí. ¿Acaso esperaban ver la pintura?

Una pintura enigmática que no existía más que en un bosquejo, la obsesión de un prelado por encontrarla y su inutilidad para conseguirlo.

Aunque fuera una estudiante de arte avanzada y hubiera leído mucho de historia del arte no era Mandrake tampoco y si todos negaban la existencia de tal pintura, ¿qué podía hacer? quizás fuera una pintura inédita y olvidada en algún castillo de Italia. Pero Italia era un país grande, y no sería tan sencillo de encontrar. Llevaba semanas tras la pista y en su última conversación con uno de sus profesores del curso este le dijo que si ese cuadro era un boceto solo podía estar en manos de un coleccionista, pero con el valor que tendría semejante obra... pues no podía estar en un lugar escondido sin más. Esas obras de arte se exhibían con orgullo, se vendían.

El padre Andrew no había aceptado tal explicación.

Luego de dar rodeos le dijo que ese cuadro existía y que debían encontrarlo. Alguien le dijo que estaba en Italia...

Se lo había asegurado.

¿Y si era un simple rumor?

¿Por qué el padre parecía tan empeinado en tener esa pintura?

Los religiosos no solían atesorar cosas profanas. Caravaggio era un pintor brillante sí, pero eso no justificaba la obsesión del prelado ni su insistencia en que siguiera las pistas que él le había enviado casi desde su llegada. Con distintas excusas.

En realidad, él le había conseguido esa beca luego de ver sus dibujos en una kermesse para reunir fondos por las inundaciones de Arkansas.

Quedó fascinado con los cuadritos que pintó para ayudar en la kermesse, no eran gran cosa, su madre habló de sus dibujos, retratos y fue el comienzo del interés del padre Andrew. Él era un erudito en arte, le fascinaban los artistas italianos del renacimiento Donatello, Rafael, Il Tintoretto y por supuesto que Caravaggio. Él no pintaba, al menos no lo mencionó. Pero su pasión eran las pinturas y también los misterios de la Biblia y la vida de Jesús. Sobre esto último le había dado una charla informal algo extraña.

Él estaba investigando por qué Jesús había descendido a los infiernos. Con qué motivo. Y cómo el diablo intentó tentarlo varias veces.

Daba conferencias sobre la biblia y sabía mucho de teología, más que los padres y por eso ella tomó clases de teología en sus primeros tiempos.

Luego estaba el padre Erasmo.

Era un hábil exorcista y siempre estaba aquí y allá formando a los nuevos padres exorcistas. Eran pocos los que pasaban las pruebas, muchos se asustaban y no podían resistir las sesiones en las que el padre Erasmo llegaba a mostrarle a personas poseídas.

Cada vez había más casos, era inquietante.

El padre Erasmo era muy cercano al padre Andrew, tenían casi la misma edad y habían hecho el seminario juntos. Aunque ambos tenían trabajos distintos, ocupaciones en realidad compartían información sobre el diablo muy inquietante.

Ella había oído una conversación una vez.

Sobre las tres caras del diablo, por ejemplo: amable, conversador y muy erudito. Como un simple mortal al diablo lo pintaban como el mejor de los bailarines que llegaba a un lugar y se convertía en el alma de la fiesta.

Conocía a muchos de su universidad que eran así. Como diablos. Acaparadores, conversadores y algo tramposos...

Pero Audrey no se tomaba el asunto del diablo en broma.

Como buena católica había aprendido a temerle y si ella hubiera presenciado uno de los exorcismos del padre Erasmo habría muerto del susto. Era algo muy fuerte de ver. Ponía a prueba los nervios.

Tragó saliva y se detuvo al ver que muchos cuadros de los allí expuestos eran religiosos. Ángeles y también demonios... colocados en la tela con cierta sutileza... a veces solo en forma de maldad, oscuridad, sombra, las personas de esos retratos tenían esa maleficencia que ella había visto en otros retratos antiguos o de temática similar.

De pronto leyó el nombre de la exposición.

“De luces y sombras” pinturas antiguas religiosas.

Un turista hizo algo impropio, tocó una escultura y el de seguridad le gritó que debía irse. Había muchos allí dando vueltas y veían con desconfianza a los turistas.

Miró las pinturas y pensó que todas eran algo siniestras.

Vio un Tintoretto y eso la animó, luego esos cuadros de la virgen y el niño que eran tan

dulces...

Y de pronto vio un retrato que la crispó, un retrato que la hizo palidecer y lanzar un alarido.

El rostro del diablo. Maligno, inteligente y listo, parecía mirarla con fijeza como si su terror le pareciera divertido. Él conoce tus secretos, él sabe cómo eres, tus pecados y también tus dones... el diablo sabía todo eso.

Audrey tragó saliva y pensó que eso no podía ser.

Pero había visto al diablo retratado así vestido como un forastero con un esposito bosque de fondo y el castillo rojo, el castillo era una alegoría del infierno. Lo sabía bien porque había aprendido mucho ese medio semestre.

Luego de recuperarse de la impresión le sacó una fotografía.

—Signorina. No se permiten fotos—le dijo un guardia.

Rayos, qué hombre tan irritante.

Fingió que no entendía y le habló en inglés y siguió mirando.

¿Acaso esa era la obra que buscaba el padre Andrew? Buscó el nombre de la pintura y vio que era un de un pintor seguramente moderno porque su nombre no le sonaba de nada, y se llamaba “un viejo amigo” y tragó saliva.

Sin saber por qué ese cuadro le había resultado muy perturbador y no tardó en comprender que ese hombre le recordaba al desconocido de mirada insondable. Tenía un aire, por eso...

de pronto lo vio parado cerca hablando por su celular. El de seguridad le dijo algo y él lo miró molesto. Luego la miró y le sonrió. Volvía a aparecer y al verle de cerca notó que el parecido con el retrato era notable. Por eso ese hombre la asustaba tanto, tenía una mirada que parecía saberlo todo.

—Hola preciosa, ¿cómo estás? Qué agradable coincidencia.



Ella se sonrojó al sentir su mirada y cuando se le acercó quiso correr.

—Hola—balbuceó.

—Eres estudiante de arte, ¿verdad?

¿Cómo lo sabía?

—Sí... pero solo vine aquí por curiosidad.

—¿Por curiosidad? Solo puedes entrar con invitación y no es tan sencillo tenerla. Yo acabo de falsificar una para estar aquí—sonrió y miró de reojo al guarda de seguridad que ahora estaba fastidiando a una pareja de japoneses que estaban sacándose selfis con unas esculturas.

Ella lo miró ceñuda.

—¿Por qué me sigue usted signore? ¿Acaso planea hacerme una proposición deshonesta y atrevida? —le dijo algo molesta porque en realidad deseaba escapar de él.

Sus palabras no le molestaron, al menos no lo demostró. Su celular sonó, pero solo lo miró y no lo atendió.

—Disculpa, ¿acaso te di tan mala impresión? —preguntó con cautela.

—Bueno, en este país los hombres son algo atrevidos. Si no es tu caso discúlpame, pero...

—Disculpas aceptadas... ¿puedo invitarte a tomar algo? ¿Un café o un refresco?

—Es que no puedo ahora, debo encontrar algo

Su respuesta lo desconcertó.

—¿Se te ha perdido algo aquí?

Ella lo negó.

—Bueno, es que debo ver las pinturas—le respondió luego.

—También yo...

Y la acompañó mientras recorría la galería.

—Así que sabes de arte y te gustan los pintores italianos.

Ella lo miró.

—Son geniales.

—Pero aquí no hay buenos, son modernos. Si quieres ver los clásicos están en la otra sala.

Audrey observó uno a unos los retratos y leyó los nombres. Ninguno parecía ser el que buscaba.

—¿Crees que pueda haber un Caravaggio aquí? —le preguntó de pronto.

—¿Una pintura de Caravaggio? No... lo dudo. Las obras de Caravaggio están en el Louvre de París, aunque hay en este país coleccionistas que pueden tener algún retrato dudo que quieran exhibirlos.

Su desilusión fue evidente.

—Tú estabas en las otras galerías y en el Palazzo de Mantua, ahora lo recuerdo.

Él sonrió.

—Allí te vi por primera vez muñeca rubia.

Que la llamara así la crispó y él se disculpó.

—Lo siento es que eres una bella ragazza, tan dulce y tierna...Una chica americana ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Porque pregunté en el café. Audrey Hamilton.

Ella esquivó su mirada incómoda, pero él le tendió la mano con gentileza.

—Soy Taddeo Colonna, tu humilde servidor. Guía turístico de Italia si quieres.

Ella estrechó su mano y lo miró.

—¿Por qué estabas en ese Castello de Mantua aquella vez?

Él sonrió.

—Es de un amigo y estaba allí de visita cuando se celebró la exposición de arte. Mi amigo hace de todo para poder solventar los gastos.

—Claro...

—¿Y tú estudias arte? ¿O eres artista plástica?

—OH ya quisiera, pero... solo dibujo a veces por pasatiempo, nada que sea bueno.

Sin darse cuenta se encontró conversando con ese desconocido y lo notó muy educado y galante. Claro que si intentaba llevarla a la cama le daría su merecido.

De pronto llegó al final de la exposición y suspiró frustrada. No estaba el retrato que buscaba. El padre Andrew se sentiría muy desilusionado.

—¿Qué sucede? Te ves algo molesta, inquieta—dijo el desconocido.

Ella lo miró.

—¿Es por mí? ¿Te molesta que esté aquí?

—No, no es eso, pero esperaba encontrar un retrato y no... lo veo.

—¿Un retrato? Dime cuál, tal vez pueda ayudarte.

Ella se lo dijo.

Su mirada cambió de repente, pareció sorprendido o desconcertado.

—Qué extraño, no eres la primera persona que pregunta por ese retrato. Estuvieron en Mantua queriendo ver esa obra inacabada de Caravaggio.

—¿Entonces sí existe?

—No lo creo, dudo que forme parte de su colección de pinturas oficial. Tal vez sea un viejo boceto y como tal estará perdido en la casa de algún coleccionista.

—¿Entonces ya te han preguntado antes?

—Un cura de mirada muy extraña y también un adorador de Satán.

—¿Qué?

—Sí... ¿Tú también adoras al diablo pequeña? No puedo creerlo. Pero hay un refrán que dice: las apariencias engañan.

Audrey sintió que la rabia la consumía lentamente y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Oh claro que no... qué abominación tan grande.

—¿Entonces eres creyente?

—Sí...

No dijo que era una novicia, no podía seguir diciéndolo, el padre le dijo que debía ocultarlo siempre para no ser molestada ni despertar sospechas.

—Bueno, al parecer hay varios interesados en ese retrato por una extraña razón. Coincidencia... el bien y el mal parecen enfrentados como siempre lo han estado. Porque es bastante raro que un cura católico y un bufón del demonio busquen el mismo cuadro inacabado.

Ella no dio más explicaciones sobre ese punto, dijo que era extraño.

—Alguien me habló de ese retrato y sentí curiosidad, solo eso—en parte era verdad.

—Ha de ser muy valioso para alguien pues hace tiempo hubo un robo en una casa de subastas. Bocetos de pintores del *quattrocento* fueron robados.

—Pero Caravaggio es posterior.

—Sí, pero forma parte de los clásicos y creo que alguno de sus dibujos inacabados fueron robados también. Me pregunto si no serían esos curiosos.

—¿Tú has visto ese retrato?

—No... ni lo oí nombrar. El único cuadro que se llama similar al infierno de Dante es el que se exhibe aquí en Florencia en la galería del Uffizi de Botticelli.

Eso le interesó de inmediato.

—Pero estuve en esa galería y no encontré ningún cuadro de...

—Es extraño, todos creen que lo pintó Caravaggio, pero fue Botticelli y está en la galería que te dije. Puedo llevarte si quieres.

—¿Estará abierta ahora?

—Sí...

Audrey se sintió muy entusiasmada. No podía creer que de repente había encontrado el retrato en cuestión.

Solo que al salir de la galería su nuevo amigo le dijo que la galería en cuestión quedaba del otro lado de la ciudad.

—Si quieres te alcanzo en mi auto, lo tengo en la otra manzana.

—No puedo aceptar. Apenas te conozco. No sería correcto.

De pronto comprendió que había sido muy confiada, sin darse cuenta y era momento de detenerse. Porque podía no llevarla a la galería sino a un lugar secreto y dar cuenta de ella en un instante.

—Está bien, puedes ir luego si te tomas el bus, pero déjame invitarte a tomar un café.

—Ahora no puedo, lo lamento. Gracias... te agradezco mucho la información.

Él no insistió, hizo un gesto despreocupado y Audrey se lanzó a tomar el autobús para ir a la galería del Uffizi, la conocía, había estado allí más de una vez. ¿Cómo pudo ser tan descuidada de no ver la obra de Dante en el infierno?

Porque no la había pintado Caravaggio sino Botticelli. No había dos pintores más distintos que esos, por cierto. Le gustaba mucho Botticelli más que Caravaggio.

El bus llegó poco después y no tardó en llegar a la galería. Estaba feliz, emocionada, no podía creer que al fin pudiera estar frente al retrato. El padre Andrew se sentiría tan feliz.

Luego se preguntó por qué había otras personas en Italia preguntando por el retrato. Era extraño. ¿Y por qué le preguntarían a ese hombre? Taddeo Colonna... qué nombre tan antiguo y misterioso. Como él mismo.

Pensó en avisarle al padre Andrew, pero prefirió esperar a enviarle las fotografías. Tal vez no fuera el cuadro que estaba buscando...

Llegó a la galería y tuvo que pagar un ticket.

Sin perder más tiempo preguntó por la obra en cuestión y la recepcionista lo buscó en la computadora.

—Está en el salón principal, lo verá al lado de una estatua.

Siguió sus instrucciones y llegó al retrato en cuestión.

Era inmenso y su aspecto la desilusionó bastante. Pues lo que había dibujado el maestro Botticelli no era otra cosa que un cono infernal con los círculos. Los círculos del infierno de Dante. No había más que eso. ningún mensaje oculto ni nada...

Le sacó fotografías y luego se alejó para hablar con el padre Andrew. Esperaba que estuviera emocionado, que le diera las gracias pues lo había conseguido.

Mientras esperaba su llamada se dedicó a ver las grandes obras de los pintores italianos del medioevo, eran obras magníficas, eternas, clásicas, tan espléndidas... con qué sencillez y genialidad habían hecho esos retratos transmitiendo en ellas un mundo de sensaciones. De sentimientos. Podía estar horas contemplando esos retratos y luego descubrir detalles nuevos que no había visto...

Su celular sonó entonces y feliz vio que era el padre Andrew.

—Audrey... te agradezco que me avisaras, pero este no es el retrato que estoy buscando. Lo conozco sí, es de Botticelli, pero el que busco es otro distinto. Otra mirada a la divina comedia.

Ella se sintió bastante desilusionada.

—Pero se llama igual.

—No... esa obra se llama entrada al infierno, la que busco es el infierno de Dante. Pero no te preocupes.

—Me dijo alguien que no existe padre, que tal vez solo sea un boceto.

Tardó en responderle, le pareció que suspiraba.

—Es una posibilidad—le confesó.

—Padre Andrew ¿por qué es tan importante para usted encontrar esa pintura?

Pensó que no le diría nada y seguiría diciendo que era solo curiosidad o porque su hermano el artista quería encontrarlo.

—Contiene un mensaje muy importante para nosotros querida niña. —dijo de pronto y no le dio más explicación que esa.

—Por eso está tan desesperado que...

—No es desesperación, es necesidad. Pero no te angusties. Escucha... en una semana irá el hermano Erasmo a Italia al Vaticano, luego se reunirá contigo. Cree que no es buena idea que viajes sola a Italia sin más ayuda que los padres de la congregación nuestra.

—Estoy bien, no es necesario....

—Él debe ir, tiene una importante misión y luego de cumplirla buscará el retrato. Tú debes mantenerte con los ojos muy abierto, revisar museos del arte como hasta ahora.

—Pero padre ¿y si la pintura no existe?

—Existe. Hay pruebas de ello. Pero nos engañaron, no es la original.

—¿Entonces ya la habían buscado?

—Sí, hace tiempo. Pero sabemos sí que el original el boceto original está en Florencia.

Al parecer había una nueva pista, pero el padre no le dijo más.

—Audrey, tal vez debas regresar antes de lo esperado.

—Padre Andrew, ¿qué sucede?

—No son buenas noticias. Iba a llamarte ahora cuando recibí tu mensaje.

—¿Qué sucede? Por favor, dígame ¿qué está pasando?

El sacerdote vaciló.

—Ahora no puedo hablar de esto... solo te pido que seas muy discreta y no digas a nadie de tu misión ni hables del retrato con nadie.

—No lo haré...

Acababa de hacerlo y su amigo italiano sabía que ella lo buscaba, ella y otros curiosos.

Empezó a comprender que había mucho más de lo que le había dicho su confesor y consejero. Y que la búsqueda de esa obra de arte tenía un significado escondido: había en ella un mensaje para toda la cristiandad. Qué importante era eso... tal vez por eso le dijeron que hiciera ese curso y se tomara un tiempo.

Era muy joven para tomar los votos, y no había vivido nada, la hermana superiora se lo dijo. No había pasado la prueba. Se sentía confundida y por momentos no sabía si realmente quería ser religiosa.

Siempre había querido serlo, desde niña, pero ahora tenía dudas. Dudas de su fe y de todo lo que la rodeaba. Y sin embargo junto a los religiosos se sentía en paz y como en casa. El hogar



de la congregación era su propia casa y podía hacer cosas por la comunidad, ayudar, y con ese curso podría dar clases de arte el siguiente semestre.

—Padre, debo terminar mi curso, no puedo regresar ahora o perderé mi diploma—dijo entonces Audrey.

—Hermana Helena, hay cosas más urgentes que su maestría ahora, lo siento. Usted está en peligro.

—¿Qué? ¿Pero por qué dice eso?

La conversación quedó súbitamente interrumpida y ella sintió un frío intenso recorrerle la espina dorsal.

¿Había escuchado bien? ¿El padre Andrew había querido advertirle de un peligro?

Abandonó la galería poco después y no recibió más llamadas.

Desilusionada y algo asustada regresó al departamento. Necesitaba descansar. Demasiadas aventuras para un solo día.

\*\*\*\*\*

Siguieron días de calma, el padre Andrew no volvió a llamarla ni Taddeo a acercarse a ella. Tampoco ese hombre que la había esperado en la universidad. Aunque estaba algo triste pensando que debía irse sin terminar el curso y no quería hacerlo. Era muy importante para ella. ¿Cómo perder todo por una corazonada del padre Andrew?

Lo cierto que además estaba muy intrigada porque sabía cuál era el trabajo del padre Erasmo y la asustaba. En apariencia era un hombre común, un sacerdote afable y mesurado, pero había algo en su mirada, algo que inquietaba. ¿Sería por haber estado cerca del demonio tantas veces al participar en exorcismos?

La asustaba pensar en eso. Ciertamente que encontrarse con el padre en esos momentos era lo que menos deseaba.

Solo que no tenía forma de evitarlo...

Ese día salió algo tarde del curso y luego de atender el teléfono y hablar con su madre se disponía a encaminarse a la parada del bus.

Todo estaba bien en esos momentos, aunque miró inquieta por si acaso alguien la seguía.

No había nadie sospechoso. Las calles estaban llenas de estudiantes que reían y algunos cantaban, especialmente un grupo de italianos que tarareaba alguna canción mientras otros reían y se empujaban. Parecían adolescentes. Esos artistas del pincel estaban allí porque querían madurar su técnica pues mejor sería empezar por madurar ellos mismos.

Audrey miró ceñuda a esos muchachos y luego siguió su camino sola, pues la chica pelirroja que siempre la acompañaba a la parada no había ido. Ahora solo le quedaba tomarse el autobús y volver a su departamento.

Todo estuvo bien hasta que llegó a la siguiente manzana.

Un sonido de pasos la dejó nerviosa.

Sintió que alguien la seguía, pero al volverse no vio a nadie.

Y, sin embargo, habría jurado que escuchó pasos, pasos dirigidos a ella.

En la luz y en la oscuridad, en las tormentas y cuando llegue la calma el señor está a mi lado y su luz ilumina mi camino...

Recitó la frase en silencio porque sabía que ese demonio estaba cerca acechándola y tenía que defenderse, debía pedir ayuda...

Los pasos se oyeron más cerca, tan cerca que podía sentir su respiración maligna en su hombro.

Caminó con prisa, sin detenerse, recitando otra oración para deshacerse de esa inquietante sensación que la acosaba. Temblaba al pensar que podía ser ese extraño sujeto, el que quiso besarla la otra vez.

No se volvió, no quería verlo, sabía que si lo hacía lo vería allí, a él ese horrible demonio de mirada oscura y fría.

Quizás nerviosa se equivocó pues de pronto se encontró en un callejón sin salida, un callejón en dónde divisó de forma difusa un grupo de adolescentes fumando y escuchando música de rock.

Ese callejón no estaba en la ruta que hacía siempre era como si de repente todo hubiera cambiado.

De pronto notó que no eran simple adolescentes, vestían de negro y tenían una expresión retorcida y maligna. Uno de ellos, que lucía jean raídos, cabello largo y una botella de pequeña de cerveza se le acercó para pedirle dinero.

Audrey vio horrorizada que tenía un amuleto satánico en su cuello y como si fuera poco la horrible estrella de cinco puntas estaba bordada en la campera de cuero. Satanistas. Él y los demás, vio las miradas extrañas y tembló. Había visto antes a grupos de jóvenes luciendo esos símbolos satánicos, no sabía si era una moda o realmente eran seguidores de ese culto nefasto.

Pero esos tenían una mirada muy rara y desagradable, había visto esas miradas antes, en Nueva York, cuando fue a una exposición de arte hacía tiempo y se crispó.

Tragó saliva mientras trataba de controlar el terror que sentía.

—No tengo...

—No importa eso, eres muy bonita extranjera. ¿americana tal vez?

De pronto esos adolescentes que parecían estar en su mundo charlando y escuchando música mientras oían música en sus celulares la miraron con cierto interés.

Ella tembló al verse rodeada de repente.

El muchacho de jeans rotos le sonrió y se le acercó queriendo tocarla.

—Qué bella Signorina—dijo y estiró sus manos para tocarla mientras los otros reían,

parecían ebrios.

—No me toques—le gritó y quiso empujarlo, pero de pronto se vio rodeada y gritó, gritó porque esos malvados iban a hacerle mucho daño si no corría.

Gritó con todas sus fuerzas y de la desesperación golpeó al que quiso tocarla.

Quisieron robarle la bolsa y pensó que si no les daba el dinero le quitarían todo así que abrió su cartera y les tiró los pocos euros que llevaba y dos de ellos corrieron a tomar el dinero, pero unos brazos la agarraron de atrás.

—Ey bella, no escaparás de nosotros, ven aquí, te haremos muy feliz esta noche.

Audrey gritó tan fuerte que el mequetrefe que la tenía sujeta se cubrió los oídos y de pronto sintió que alguien intervenía y se llevaba a varios de los golpes.

—Eh amigo, tranquilo... solo queríamos dinero para la cerveza—dijo uno antes de caer al piso.

Los otros corrieron como ratas al ver que recibirían su merecido.

Audrey miró espantada a su salvador porque había aparecido como de la nada para ayudarla y estaba temblando y lloró cuando se le acercó para preguntarle si estaba bien. por un instante se vio rodeada por esos demonios y temió lo peor porque no querían dejarla en paz, no la dejarían escapar. Que la robaran no habría sido nada, el peor daño era que le hicieran daño en manada. Sabía que esas cosas habían ocurrido antes en España y en otros países.

—¿Te hicieron daño? Demonios... se escaparon como ratas malnacidas—se quejó.

Taddeo Colonna, su amigo el mirón.

—No, no pero no me dejaban en paz... tenían amuletos y colgantes demoníacos—respondió Audrey todavía temblando.

—Ah eso... lo hacen por moda. Esos chicos son una peste, siempre están en los callejones buscando incautos. Roban en grupo y luego desaparecen. Especialmente a los extranjeros.

—Es que no sé cómo di con este callejón, nunca antes había estado. Debí confundir las calles.

—Bueno, calma, ya se fueron. Estás a salvo ahora. Ven, tranquila. Te llevaré a tu casa.

—Gracias es que no sé... no sé dónde estoy.

—Estás perdida bebé, deja que te yo te lleve.

No le hizo mucha gracia hacerlo, pero ¿qué podía hacer? Acababa de sufrir un asalto y los granujas le habían robado todo su efectivo al parecer. No le habían dejado ni para un boleto de autobús.

—Ven, tranquila. Mejor salir pronto de aquí porque esos bandidos tienen amigos.

Audrey pensó que no podía seguir manteniendo el horario nocturno de su curso. No hacían más que pasarle cosas malas últimamente, como si fuera un mensaje de que debía abandonar ese país. Era extraño pues en los meses que estuvo en Florencia, desde su llegada nada malo le había pasado y esos días parecían pasarle cosas malas de repente. Casi a diario...

Siguió al desconocido no muy convencida en realidad, solo habían hablado dos veces y no le parecía de confianza. Pero estaba asustada, muy asustada. Nerviosa y quería irse de ese lugar cuanto antes.

Al ver su lujoso auto estacionado a pocas cuerdas se preguntó si no sería de una mafia y o sería uno de esos millonarios pervertidos que pagaban a chicas por sexo. Se detuvo en seco y lo miró, no pensó que fuera buena idea entrar a su auto.

—¿Qué te pasa, preciosa? ¿Temes que te secuestre?

Audrey tragó saliva en un visible gesto de ansiedad.

—No puedo subir a su auto, no soy una chica fácil—le respondió.

La sorpresa en su rostro fue evidente.

—Nunca dije que lo fueras, bella ragazza. *Per favore*, solo te llevaré a tu casa, te doy mi

palabra. Es más práctico que subas y no que sigas caminando sola, está muy oscuro y ... Mira a tu alrededor: no hay ni un alma.

Tenía razón. No había nadie.

Audrey subió al auto no muy convencida.

—Bueno, dime dónde vives.

Ella lo miró perpleja mientras él encendía el auto y ponía piloto automático para salir.

—No lo sé, no recuerdo la calle, pero ...

—¿Y no recuerdas algún edificio importante, hotel o iglesia?

—Sí pero ahora no sé, es que estoy muy nerviosa.

—Está bien, tranquila, ya recordarás.

El auto arrancó a gran velocidad y ella procuró dominar el terror que sentía. Rezó en silencio y pidió ayuda al señor.

—Rayos, estás aterrada. No hay razón para estarlo, te llevaré a un lugar donde estarás a salvo.

Ella lo miró y notó que se alejaban de la ciudad y tomaban por la ruta. Comprendió entonces que no la llevaría a su casa sino a otro lugar alejado donde le haría mucho daño. No era ingenua. Eso debía formar parte de un siniestro plan.

—¿A dónde me lleva usted, señor Colonna?

Él la miró.

—Te pondré a salvo hasta que recuerdes donde vives. No te dejaré sola aquí, hay demasiada maldad en la noche florentina. No sé por qué, pero últimamente pasan cosas terribles. Supongo que no te habrás enterado.

—¿Qué cosas...? —dijo con un hilo de voz.

—Raptaron a tres jóvenes extranjeras para violarlas en grupo fue terrible. A otra la mataron. Eso fue peor... no dicen nada para no asustar, pero es imposible no saber, no se habla de otra cosa entre los florentinos.

—Pero debían decirnos, hay muchas chicas extranjeras aquí.

—Si lo hacen espantarían a los turistas y los turistas son todo en este país, cariño. Sin ellos, Italia va a la quiebra. Por eso debes evitar los callejones y también la noche sin compañía. Aunque dudo que la compañía sea suficiente.

—Es horrible. Esto no era así, ¿qué ha pasado?

—No lo sé, pero dicen que hay una droga nueva que enloquece a los jóvenes. Los hace más agresivos y también los desinhibe. Se llama la droga del diablo y su efecto es realmente infernal. Se toma como píldora en fiestas electrónicas y además el efecto dura horas y depende mucho de la personalidad de quien la toma.

—¿Y nadie hace nada con eso? Es increíble.

—Es que no es sencillo, al país llegan esas drogas todos los años, pero no solo culpan a la droga, se sospecha de un mafioso sureño que capta jovencitas extranjeras para ofrecerles mucho dinero para participar de sus fiestas. ¿Nunca has ido a fiestas de universidad en tu país?

—No... solo hice un curso de arte hace tiempo, no fui a la universidad y nunca fui a fiestas por esa razón. Mis padres temía que me drogaran y me hicieran daño.

—¿Y te dejaron venir a Italia, a este lugar lleno de drogas y sexo?

Audrey lo miró tensa.

—No me ha pasado nada, nunca tuve inconvenientes, he viajado por todo el país sin compañía y nada malo me ha pasado.

—Hasta esta noche, supongo.

—¿Cómo es que sabes tantas cosas? ¿Tú eres un policía encubierto o...?

Quería saber quién era ese hombre.

Él se rio cuando le dijo eso.

—¿Policía? ¿Te parezco un policía?

—En realidad no, pero...

—Soy un coleccionista de arte, preciosa, y tengo algunas propiedades en el sur, mi familia está dispersa en todo el país. Soberbios y antiguos aristócratas.

—¿Eres de la legendaria estirpe de los Colonna?

Él asintió.

—En una biografía que leí de Caravaggio se menciona a esa familia.

Audrey no salía de sí de su asombro.

—Sí, es mi familia. Y curiosamente hay varios cuadros de ese pintor con el que un ancestro mío tuvo una fuerte enemistad. Como sabrás, se creía que el pintor tenía cierta tendencia homosexual reprimida y por eso siempre estaba peleando con algún hombre joven cercano. Era terriblemente violento y camorrero pero un pintor genial. Sus obras muestran parte de su temperamento, son bastante fuertes, irónicas...

—Entonces ¿tú eras el dueño de ese Castillo de Mantua donde estuve hace tiempo?

Su silencio y su sonrisa lo confirmaba.

—No era tu amigo eras tú...—Audrey estaba ceñuda.

Taddeo tuvo que admitirlo.

—Es verdad. Es que no quería que pensaras que estaba siguiéndote—confesó.

Audrey se tomó un tiempo para procesar esa información.

—¿Entonces tú sabías que buscaba el retrato y por eso me dijiste que otros lo buscaban?

Él asintió y luego la miró con curiosidad.



—¿Por qué dices que buscas el retrato? Pensé que solo era curiosidad, que estabas aquí y querías ver las obras de los pintores del renacimiento...

Ella evitó su mirada, era tan intensa que le provocaba algo extraño. Eran ojos oscuros, casi negros y aunque le parecían algo malignos había algo más.

—Es verdad, pero ... me intrigó ver un bosquejo en una clase de arte y luego descubrir que es una obra inacabada—dijo luego

—Bueno, yo podría ayudarte en esa investigación, realmente han logrado interesarme que tantas personas pregunten por el retrato.

—¿Entonces nunca lo has visto?

—Claro que no. ¿Tú sí?

—Solo un bosquejo.

—¿Y qué tiene el bosquejo?

—A un hombre medieval realizando un viaje con un anciano. Se supone que es el comienzo de la divina comedia de Dante, cuando él cuenta que se encuentra con Virgilio y él lo guía por el viaje al infierno.

—Pues me extraña que Caravaggio lo pintara, a menos que fuera un encargo especial y le ofrecieran mucho dinero. Los pintores renacentistas solían pintar motivos bíblicos, religiosos y la obra de Dante era considerada casi una herejía en su tiempo. ¿Sabías que fue escrita por motivos políticos? Pues en el infierno puso a sus enemigos del partido gibelino partidarios del emperador y él era güelfo, partidario del poder papal por eso hay una lista de sus enemigos en el infierno y purgatorio y luego en el cielo puso a su amada Beatrice.

—No lo sabía... pensé que era la obra de un cristiano, una expresión profunda de la fe en Dios que tenía el hombre medieval.

—Pues eso es lo interesante, todos creían que era una obra moral de fe cristiana, y en gran

parte lo es. La divina comedia es como un manual de un predicador sobre los pecados que podrían llevarnos al infierno: lujuria, codicia, falta de fe, pero luego hay algo más... es como una venganza. Porque a todos sus enemigos los mandó al infierno y encima de todos puso a su venerada Beatrice, en el paraíso. Fue un hombre atormentado. Su único amor, su *Donna Angelicata* murió al dar a luz luego de casarse con un hombre escogido por su familia, algo muy común entonces.

—Es verdad, pero dicen que luego Dante se casó con una joven a la que nunca nombró.

El italiano sonrió.

—Vaya, está usted muy enterada de nuestros asuntos Signorina.

Ella se sonrojó por su atención.

—Es que me apasiona el arte italiano, signore Colonna.

—Pues es verdad, Dante Alighieri se casó sí pero no llegó a amarla como a Beatrice. Beatrice fue su amor imposible y su musa. Tal vez quieras ver la casa de Dante algún día.

—Me encantaría, pero...

Él detuvo su auto en un restaurant.

—Ven, te invito a cenar. Debes estar hambrienta.

Audrey vio que era un lujoso restaurant y titubeó.

—No estoy vestida con ropa apropiada, mi ropa es muy sencilla—se quejó.

—Estás preciosa, exquisita en tu sencillez. Y yo muero de hambre ¿y tú?

Ella no podía creer que un rato antes estuviera a punto de llorar nerviosa y ahora, de repente quería entrar en ese restaurant empujada por su entusiasmo.

Con un compañero tan guapo y elegante nadie se fijó en que su vestido era de algodón azul, quizás porque era oscuro era discreto y más elegante de lo que imaginaba. Lo cierto es que

entraron y se sentaron en una mesa alejados de la ventana.

Un mozo les entregó la carta, pero ella se asustó al ver los precios y buscó algo discreto. Al parecer ese era el restaurant más caro de Florencia.

—Bueno, cuéntame de ti. ¿Cómo es tu vida en América?

Ella no podía decirle que era una monja, pero tal vez debía hacerlo para que dejara de pensar en ella como una chica a la que podía conquistar.

—Soy religiosa en una orden cristiana... soy novicia.

Él se rio cuando dijo eso.

—Bromeas ¿verdad?

—No, no bromeo. Estoy a prueba todavía, debo terminar el seminario y saber si seré aceptada.

—¿Eres religiosa? ¿Como una monja, pero novicia?

Ella asintió.

Él no salía de sí de su asombro.

—¿Por eso llevas esa cruz en el cuello y ese anillo?

—El anillo era de mi abuela.

—Entonces todavía no estás casada con Cristo.

—No, pero lo estaré pronto, quizás el año próximo.

—Tengo tiempo para convencerte.

Sonrió contagiada por su risa.

—No podrías hacerlo.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Sí... siempre lo he querido.

—Pero una mujer joven como tú, tan hermosa y dulce está hecha para ser la esposa de un hombre y madre de muchos niños. Eres tierna y maternal.

—¿Eso ves en mí?

—Sí... te imagino así.

—Las apariencias engañan, señor Colonna.

—Oh nada de señor Colonna, me haces sentir como de cien años. Llámame Taddeo.

La llegada de la cena puso una pausa a la conversación.

Pero sus revelaciones lo habían dejado algo impactado. O tal vez no y lo disimuló bien.

—Escucha, no entiendo mucho esto que me dices. Perdona, pero no entiendo cómo si eres monja te dejaron venir a este país por una beca de arte. Sin protección. Sin más ayuda que un crucifijo.

—No pensé que necesitara guardaespaldas ni ayuda... pero hay un padre que me ha ofrecido hospedaje en su capilla. Ha sido muy amable conmigo desde mi llegada.

—¿Así? Pues ese cura no parece de confianza. Quiere meterte en su cueva.

—¿En su cueva? ¿Qué insinúas?

El italiano sonrió.

—¿Y tú confías en ese prelado? Debe mirarte con ojos de hombre.

—El padre Mateo no es así. Te equivocas. Me lo recomendaron al llegar a Italia así que me imagino que es por su bondad.

Taddeo no parecía muy convencido.

—¿Mateo qué? ¿Cuál es su apellido?

Audrey no lo recordaba.

—Ricetto. Mateo Ricetto.

—¿Mateo Ricetto? No me suena de nada. ¿Será realmente un sacerdote o un bandido disfrazado de cura?

Esa ocurrencia enfureció a la joven norteamericana.

—El padre Mateo es un sacerdote respetable. Sus insinuaciones son muy desagradables señor Colonna y no toleraré que ponga en duda que...

—Está bien, lo siento. No quise ofenderla, preciosa.

—No me llame así, soy una religiosa. No su amiga ni su preciosa ni una conquista.

Él la miró pensativo cuando le dijo eso.

—Usted no parece una religiosa, Signorina. Solo porque tiene una cruz... Además, es una novicia. ¿Puede arrepentirse verdad?

—Pero no pienso hacerlo.

—Quizás este viaje la haga cambiar de idea.

Ella lo miró ceñuda pero no dijo nada.

Comieron en silencio y de pronto recibió una llamada en su celular, pero no quiso atender. Se sentía abatida de repente. Lo que le había contado el italiano la dejó muy nerviosa y no pudo evitar mirar a su alrededor inquieta. ¿Acaso había un asesino de chicas extranjeras merodeando y la tenía en la mira? ¿Por qué? Nunca imaginó que algo así pasara en una ciudad tan hermosa y tan repleta de turistas.

—Signorina, tenga cuidado. No salga a ningún lado sola. Es mejor que se mueva en grupo, si sale del curso que la acompañen sus amigas. Si va a trabajar procure caminar en lugares concurridos.

—Eso haré, gracias por advertirme. Y por esta cena señor Colonna.

—Ha sido un placer. Supongo que ya recordó dónde vive.

Ella asintió.

—Sí... Tengo anotada la dirección.

Regresaron media hora después. Hablaron poco durante el viaje y ella estuvo a punto de dormirse porque a diferencia de la ida iba muy despacio.

Audrey se despidió de Taddeo y le agradeció de nuevo la cena y su ayuda. Se sentía en deuda.

—No tiene nada que agradecer, novicia Audrey. Quiero que sepa que soy un hombre muy respetuoso, un caballero y nunca tuve malos pensamientos con respecto a usted.

Su confesión le pareció inesperada.

—Si necesita mi ayuda para buscar el retrato cuente conmigo. Sé mucho de arte, soy coleccionista y podría llevarla de nuevo a Mantua para revisar los bocetos de Caravaggio. Creo que tener una carpeta en el sótano.

—¿Usted tiene bocetos de Caravaggio?

—Sí, pero le ruego que sea discreta, nadie debe saberlo. Esperaba sacar un buen dinero por ellos algún día, pero si los declaro deberé compartir el botín con el gobierno de mi país y no me da la gana hacerlo. No hago más que pagar impuestos, todo el tiempo.

—Entiendo, signore. No tema, no diré nada. Solo que no creo poder aceptar su ofrecimiento.

Eso lo sorprendió.

—Es que temo que deberé regresar antes de lo previsto.

—¿Ahora?

—No... en dos semanas tal vez antes.

—Entonces tiene tiempo de conocer mis tesoros. Pero Signorina, no diga nada a nadie del retrato todavía, ni una palabra. Verá... no puedo vender ese boceto ni mostrarlo. Sé que lo buscan, me han preguntado mucho por él, pero...

—¿Usted lo tiene?

—No estoy seguro de que sea el original, parecen cuadros inacabados, bocetos. Pero si usted conoce el original o una copia sabrá reconocerlo. En realidad, no sé si es el retrato, pero como he notado una curiosidad algo insana por él deseo cubrirme. Usted es una religiosa, supongo que puedo confiar en su discreción.

—Sí, por supuesto.

—¿Tiene algo que atestigüe que es una novicia de la orden cristiana que mencionó?

Audrey se puso colorada.

—Aguarde... En mi departamento tengo la documentación, si me espera...

—La acompaño.

Ella notó que era algo inesperado, pero pensó que lo hacía para saber si era de confianza. Subieron al ascensor y sintió su mirada profunda, tan intensa, aunque ahora parecía intrigado, sorprendido.

Al llegar al departamento le pidió que la esperara porque compartía el piso con dos chicas y...

Él sonrió.

—Por supuesto, descuida. Esperaré aquí.

Audrey entró y se encontró con Laura.

—Ay chica, ¿dónde estabas? Pensé que te había pasado algo.

—Es que fui a cenar con el padre Mateo. Estoy bien.

—¿Con el cura guapo? Rayos...

Audrey no dijo más y fue por sus documentos de novicia, pensó que le preguntaba porque temía que fuera una infiltrada, una de esas coleccionistas que hurgaban obras perdidas del arte.

Tomó sus fotos y luego buscó el libro de oraciones. Estaba dedicado para ella. pero tenía algo más, el teléfono de la congregación a la que esperaba ingresar en poco tiempo. allí podría pedir información sobre ella.

Cuando regresó encontró a Taddeo lejos del departamento, hablando por celular, parecía algo tenso. Se quedó esperando que dejara de hablar y se acercó.

Él la miró con una sonrisa y le hizo un gesto de que se acercara.

—Aquí están las pruebas. Las fotografías y mi pasaporte.

—Espero que no te ofenda, no es que no confíe en ti, pero ...

—Yo confíe en ti, espero que seas quien dices ser.

—Por supuesto. Aquí está mi licencia.

—Entonces, ¿me mostrarás los bocetos?

—Sí... debo ir el sábado próximo. ¿Puedes acompañarme?

—¿El sábado? Bueno sí pediré libre, pero...

—Tranquila, soy un caballero y tú una religiosa. No te haré daño. Te llevaré al Palazzo y luego regresaremos en el día.

Ella sonrió encantada. No lo podía creer, llevaba semanas buscando ese retrato.

—Espero que sea el que buscas.

—También yo, pero... escucha, no sé si sea correcto. apenas te conozco y no creo poder ir al castillo de Mantua de nuevo.

—Pero si está abierto al público. Habrá gente. No tengas miedo novicia. Soy un hombre



de bien, un empresario y sería incapaz de hacerle daño a nadie, mucho menos a una monjita tan dulce como tú.

Ella no supo qué pensar. Sabía que no era correcto aceptar la invitación. Parecía más una cita de amor que un paseo por un Castello de la Toscana.

No era apropiado. Era una religiosa y estaba a prueba.

Se despidió del joven Colonna sin saber qué hacer. todo era tan extraño para ella. ¿Era más que una coincidencia? ¿Era una señal? Porque el padre le había dicho que ese retrato tenía un significado especial para su iglesia y si estaba en sus manos, debía hacerlo debía encontrar el retrato. Él se sentiría tan orgulloso de ella.

—Señor Colonna, lo pensaré sí... no sé si podré, pero le avisaré.

—Aguarda, necesito que me des tu número.

Ella se lo dio sin vacilar.

Y él lo guardó en su celular.

—Te llamaré para que te quede mi número. Por si acaso algún maledetto te vuelve a molestar.

—Espero que eso no vuelva a pasar.

—Bueno, para que sientas que tienes en mí un amigo italiano.

Audrey le dio las gracias y se despidió.

Cuando entró en su departamento Laura la estaba esperando con gesto de burla.

—Así que el padre Mateo... vaya.

Laura la había pescado conversando con Taddeo y le sonreía con picardía.

—¡Qué guapo es!... Y te miraba con unos ojos de embobado. ¿Acaso no es el hombre del retrato?

—Sí... pero no es lo que piensas. Hoy pasó algo en un callejón unos adolescentes comenzaron a molestarme y él me salvó.

—Todo un héroe.

—No es lo que crees. Basta.

—Pero él te mira como mujer, no como religiosa.

—Pero ya sabe que soy una novicia. Se lo dije.

—¿Y crees que le importe? Te quiere a ti. No ha dejado de buscarte, de seguirte por todos lados. ¿Es que no te das cuenta?

—Pero no pasó nada entre nosotros, es solo un amigo. Me lo dijo.

—Oh qué bandido. Estos italianos son tan manipuladores. Siempre tratando de sacar provecho de las mujeres... pero yo lo vi, te miraba de una forma...ese hombre está loco por ti, te miraba como si quisiera devorarte toda, enterita.

—Oh cállate, me asustas. Eso no es cierto.

—¿Crees que miento? Pues me encantaría haberlo filmado. La próxima vez lo haré... tiene un auto muy caro. Y tú le gustas, ha estado siguiéndote...su rostro me resulta familiar. Creo que lo vi en alguna página de algún lado.

Audrey contuvo su curiosidad.

—Es solo un amigo y ahora ciertamente quiero descansar. Me voy a dormir.

Audrey pensó que no era correcto que saliera con ese hombre, si realmente la miraba así era peligroso, podía intentar seducirla...

A solas en su habitación esa noche se dijo que era una tonta al tener miedo, el señor no permitiría que le hicieran ningún daño. Él le había encomendado una misión y la ayudaría a cumplirla. Nada debía temer entonces.

Sus pensamientos volaron al retrato sin poder evitarlo.

Si ese retrato era auténtico ella debía avisar al padre Andrew.

Pero primero debía intentarlo.

De pronto se dio cuenta de que estaba atrapada.

Tenía que encontrar ese boceto, el original. Como fuera.

\*\*\*\*\*

Audrey decidió renunciar a su trabajo en la cafetería para poder acudir al curso más temprano. No quería salir tarde y que algo volviera a pasarle.

Cuando salía de la cafetería vio al padre Mateo. No estaba solo, otro joven que parecía sacerdote lo acompañaba. Ambos la miraron y se detuvieron para saludarla.

Pero luego el otro hombre se fue y el padre se detuvo para conversar.

—Hermana Helena, estaba algo preocupado. No tuve respuesta de su parte y estoy algo preocupado.

—Ah lo siento es que no pude responder su llamado, lo lamento mucho... es que he estado muy atareada.

—¿Está todo bien?

—Sí...

—Hermana, ocurrió algo muy terrible cerca del lugar de donde usted vive. Una joven extranjera fue secuestrada y abusada por varios jóvenes el otro día. Realmente estoy asustado por usted. Pienso que debería aceptar mi invitación y quedarse en la casa de la iglesia para las personas que lo necesitan. Allí estará segura.

—Se lo agradezco, pero me iré en una semana.

—¿Se irá?

—Sí. Deberé irme antes porque me necesitan en la congregación.

Por una razón extraña no quiso decirle lo que pasaba.

Eran asuntos de su iglesia y el padre no sabía que buscaba ese retrato.

Nunca hablaron de ello.

—Qué pena... bueno, pero le ruego que tenga cuidado. Y si algo sale mal, si me necesita llámeme. Temo que hemos perdido contacto y usted es religiosa, no debería estar desamparada. Realmente estoy preocupado por las cosas que están pasando en esta ciudad que se llamaba antaño la Serenísima y ahora...

—Agradezco que se preocupe por mí padre Mateo, pero no tema, tomaré todas las precauciones.

No quiso mudarse a la casa de la iglesia. Su departamento era seguro solo que si había un chiflado que violaba extranjeras debía avisar a las demás.

Apenas pudo hacer algo los días siguientes, esperaba con ansiedad que ese hombre la llamara

Audrey buscó el dibujo el boceto que había hecho, lo tenía en sus cuadernos de clase y lo miró.

Definitivamente no se parecía a él, para nada...

Laura le dijo que lo conocía y le había dicho que le sacara una fotografía.

No tenía una fotografía, pero recordaba bien cada detalle de su rostro.

Pero era pintora y sabía por qué ese bosquejo no se parecía a Taddeo Colonna. Le había errado en dos aspectos cruciales de su rostro, los labios y los ojos. Captar su expresión la textura, la forma había sido su error, pero si lo corregía, si corregía eso y los labios que eran gruesos y curvos como si sonriera levemente. Labios burlones y mirada felina. Mirada audaz, intrépida, de hombre de negocios. ahora lo había visto de otra forma. Luego de entender que no era el demonio

que buscaba... o quizás luego de verle con objetividad...

Hizo un nuevo bosquejo porque sabía que no podría cambiar el anterior.

Estuvo trabajando a lápiz un buen rato hasta lograr su objetivo.

Pero tampoco la dejó satisfecha.

Guardó la hoja en su carpeta y abandonó el curso sintiendo que ese día no había podido aprovechar demasiado la clase.

Cuando regresaba lo vio aparecer de repente en medio de la multitud. Le sonrió y se le acercó.

Su alegría de verle fue inmensa, sintió algo extraño, algo que era irreal.

Sus ojos la miraron con tanta intensidad, como si también sintiera la misma alegría al verle, alegría o placer...

—Hola hermana Audrey, ¿cómo está usted? —le saludó y se acercó para besar su mejilla.

Ocurrió tan rápido que no pudo hacer nada.

—Buenas tardes, señor Colonna.

Ella sonrió cada vez más sonrojada.

—¿Sale usted el curso?

—Sí.

—¿Entonces va a su departamento? Podría llevarla...

—Pero está a más de media hora de viaje.

—No se preocupe, tengo un auto muy veloz.

La joven sintió que no podía aceptar, pero fue tan gentil que lo siguió.

Su auto partió a gran velocidad.

—Bueno, ¿cómo ha pasado? Llevo días buscándola señorita, casi temí que fuera usted un fantasma.

Audrey sonrió.

—No soy un fantasma, señor Colonna.

—Pues debí decir un ángel. Pensaba que tal vez he estado persiguiendo un ángel, un ángel que llegó a mi vida con una importante misión.

—No soy un ángel, pero tal vez sí tenga una misión en su vida.

Él sonrió y esquivó un atolladero en las calles más concurridas de Florencia y desvió a la autopista.

—¿La misión de robarme el corazón, tal vez?

Ella se sonrojó.

—Señor Colonna, solo puedo devolver la fe, ayudarle.

—Pues me ayudaría más si intentara robar mi corazón, señorita.

—Nunca haría eso.

Él la miró con intensidad.

—Déjeme mostrarle la oscura Florencia, es temprano, tenemos tiempo.

—¿La oscura Florencia? —preguntó ella.

No le pareció muy aconsejable.

Él sonrió y dio vuelta por la ruta sin esperar su respuesta.

—Señor Taddeo, ¿qué hace? Estoy muy lejos de mi departamento.

—Oh no tema, solo daremos una vuelta por lo más oscuro de Florencia. ¿Quiere ver espectros, demonios y otras criaturas atormentadas?

Ella palideció.

—No creo que eso pueda nombrarse a la ligera por favor. ¿Bromea verdad?

—Señorita Audrey, mi país está repleto de fantasmas, y criaturas malvadas y perversas. Yo soy una de ellas... sigo como un enamorado a una joven que me confesó que es religiosa. Pero lo hago sin maldad, por pura debilidad.

Audrey sonrió. Ese italiano era muy ingenioso y no sabía por qué sentía debilidad por él. Era extraño.

Recorrieron la ciudad y de pronto notó que se detenía en un barrio medieval lleno de casas y callejones estrechos.

Notó que señalaba hacia una villa.

—Venga señorita, no tenga miedo. traigo una pistola por si algún fantasma se pasa de listo —sonrió y le mostró el arma enganchada en su cinturón.

—No creo que sea necesario ir armado ¿o sí?

—Pues creo que no viene mal ser prevenido. Aquí hay muchas criaturas indeseables.

Ella miró asustada a su alrededor. No sabía a qué se refería, pero notó que su amigo iba tenso, alerta mientras la guiaba hasta esa casa del callejón.

—Quiero enseñarle unos retratos muy extraños, venga.

Iba muy entusiasmado, pero no se despegaba de ella y permanecía alerta, vigilante.

Las calles estaban vacías y silenciosas.

—Esto parece un pueblo fantasma—dijo Audrey.

—En realidad es un pueblo fantasma turístico, solo vienen curiosos y algunos bandidos por eso es mejor estar prevenidos.

La joven miró a su alrededor, pero no vio a nadie, la casa atrapó su atención.

Era una casa de piedra muy antigua, de piedra y madera con muchas ventanas y una puerta de roble con algunas marcas extrañas.

Audrey tembló al ver un signo demoníaco en la puerta y un nombre. Hazazel.

No se atrevió a tocar la puerta, sintió escalofríos.

—Ven, pasa, está abierto. ¿Qué sucede?

Él notó que algo pasaba, ella se quedó mirando la puerta.

—Estos símbolos son una invocación y el nombre que...

Tragó saliva y lo miró, no podía hablar de su misión, no podía hablar de ello.

—¿Qué símbolos? Ah... se refiere a esos... no se inquiete, todas las casas antiguas los tienen.

Él miró los símbolos sin comprender.

—Son marcas que hacen los turistas y adolescentes. No lo tomes tan en serio.

Ella suspiró y no dijo nada. Mejor no revelar sus conocimientos sobre la antigua invocación del diablo.

Entró en el recinto y observó a su alrededor con fijeza y cierto temor.

A simple vista parecía una casa antigua repleta de obras de arte.

Taddeo habló el vigilante y le dijo que daríamos un paseo. El hombre dijo que no estaba permitido tocar nada ni filmar, les dio unas tarjetas de visitantes y los acompañó al salón principal.

Ella miró inquieta a su alrededor. Tuvo un mal presentimiento. Quizás eran esos símbolos que había visto en la entrada o esa sensación de que en ese lugar había algo oscuro y siniestro.

—Tranquila, aquí no hay más que muebles y objetos antiguos. Quizás algún fantasma.

Él notó que estaba asustada y quiso animarla, pero ella estuvo intranquila todo el tiempo,



apenas prestó atención a lo que él le mostraba.

En ese lugar había sombras, había algo raro, como si...

De pronto sintió que se estaba poniendo paranoica, pero sintió la presencia del mal. De ese mal que había estado siguiendo sus pasos desde que llegó.

Tan nerviosa estaba, tan tensa que no pudo concentrarse en lo que él le mostraba.

Trató de disimular, de prestar atención, pero sentía la cabeza embotada.

—Aquí están las esculturas que quería mostrarte, ven.

Las esculturas eran grises y parecían personas eran tan reales, tan bien logradas.

Pero lo mejor fue ver los retratos medievales de la sala. Quizás no eran muy valiosos, pero eran bonitos.

Sin embargo, tembló al ver esa sombra oscura mirándola.

—Está allí —balbuceó aterrada.

—¿Qué sucede?

—Es él, ha estado aquí siguiéndome...

—¿Quién? ¿De qué habla, señorita Hamilton?

—Del diablo, señor Colonna... el diablo está aquí, él me sigue.

La expresión del italiano fue de risa.

—Bueno, es de entender, es una monja joven y hermosa.

Ella lo miró ceñuda.

—Se burla usted. Hablo en serio...

—No quise hacerlo, disculpe... sé que es una dama religiosa y por eso...

—No me cree una palabra. Cree que son fantasías.

—Señorita, por favor, encontrará en mi país muchos demonios, algunos realmente terribles.

—No hablo de personas malvadas señor Colonna... hablo de una oscura presencia, uno de los demonios más terribles que habitan en este mundo.

—Pero usted es tan buena, señorita, tan tierna y tan pura... ¿cree que ese miserable intenta hacerle algún daño?

Ahora hablaba en serio.

—Podría matarme si quisiera, pero no quiere eso, él busca almas para llevarlas por el mal camino.

—Y en este país encontrará unas cuantas. ¿Por qué molestar a una extranjera?

Ella apretó los labios, había hablado demasiado, no podía mencionar su misión.

—Siento su presencia, y me da miedo, nada más.

—¿Y cómo sabe que es él?

Ella lo miró atormentada, interesante pregunta y una difícil respuesta.

—Señor Colonna, no puedo darle esa información, lo que ocurre en mi congregación es secreto. No nos está permitido hablar... discúlpeme.

—Bueno, está bien, comprendo, pero no quiero que esté asustada señorita. Déjeme llevarla a otro lugar.

Ella sonrió.

—Quisiera regresar a mi departamento, por favor.

Él se sintió desilusionado.

—Por favor, todavía no le he mostrado nada de la ciudad.

Ella miró atormentada a su alrededor.

—Entonces lléveme a una iglesia... ¿Conoce alguna cerca de aquí?

—¿Una iglesia? ¿Y qué haríamos en una iglesia?

—Estar más cerca de Dios, señor Colonna.

Él aceptó.

Pero cuando se iban hasta su auto sintió esa presencia de nuevo y tiritó porque sintió mucho frío, más de lo que debía. Eso no era normal.

Él no imaginó que le pedía de ir a una iglesia para que el diablo dejara de seguirla.

No se volvió, pero sabía que estaba allí, pensaba que si lo ignoraba él no vería lo aterrada que estaba, pensaba que si lo eludía entonces quizás él desaparecería...

¿Por qué estaba siguiendo sus pasos? Por qué sentía que la vigilaba y espiaba todos sus movimientos.

Había creído que era Taddeo, pero Taddeo no era el diablo no era más que un italiano agradable y seductor.

Subieron a su auto y él le mostró el barrio que dejaban atrás y buscó una iglesia.

—No conozco ninguna iglesia cerca, deberé preguntar...

—¿Usted nunca va a la iglesia?

Él lo negó.

—Es el último lugar en que quisiera perder el tiempo, lo confieso.

—¿Nunca ha sido creyente?

Él la miró.

—No. Pero tal vez usted logre cambiar eso. Por favor, dígame que se quedará un tiempo más.

—No lo sé, espero quedarme hasta el mes próximo y poder terminar mi curso. Es cuanto

deseo.

—¿Acaso teme que eso no suceda?

—Es que todos están preocupados por las cosas que están pasando en la ciudad, es por eso y yo vivo con dos chicas y creen que no es suficiente protección. Hasta el padre Mateo quiere que me vaya.

—El padre Mateo quiere llevarla a su guarida, no sea ingenua.

Audrey lo miró ceñuda.

—El padre Mateo no es así.

—Pero sigue sus pasos.

Eso fue toda una revelación.

—Está equivocado... ¿cómo lo sabría usted además?

El italiano sonrió.

—Me ha pillado, me temo.

—¿Acaso ha estado siguiéndome?

—Solo porque estoy preocupado por usted, pero no la he seguido solo he estado pendiente por si acaso. No quiero que nada malo le suceda hermana Audrey.

—Pues no sé qué espera lograr con todo esto, soy una religiosa y no pienso en usted de esa forma, se lo aseguro.

—Me alcanza con saber que piensa en mí de todos modos.

Ella se sonrojó.

—Está bien... solo soy su amigo. olvide lo demás. Solo me preocupo por usted. Eso es todo—dijo él italiano.

¿Se preocupaba? La seguía o peor aún, la mandaba seguir.

Y mientras daban vueltas buscando la iglesia se quedó dormida.

Al despertar no sabía qué lugar era ese, pero no el departamento que compartía con otras chicas.

Estaba en un sillón yacería una manta roja abrigada y cálida y de pronto vio al italiano conversando por teléfono.

Se había quedado dormida y... ¿Había terminado en su departamento?

Eso no era correcto.

Quiso incorporarse, pero sentía el cuerpo pesado, como si hubiera dormido mil años.

Entonces él la miró con fijeza y sonrió. Luego se le acercó.

—Se quedó dormida y no quise despertarla, hermana Audrey.

—Debió despertarme, tengo que regresar a mi departamento, no puedo quedarme aquí.

—Quédese por esta noche, por favor. Tengo espacio de sobra.

—¿Quedarme en su departamento de soltero? No, no puedo quedarme.

El se puso muy serio.

—Escuche, creo que debe quedarse hay algo allí afuera y ha estado parado frente al edificio casi desde nuestra llegada.

—¿Algo allí afuera? ¿A qué se refiere?

Audrey estaba muy nerviosa, asustada pues ¿qué pensarían las monjas si se enteraban que había pasado la noche con un hombre?

—Quédese por favor, es por su bien. Hay algo allí afuera.

Cuando le dijo eso pensó que quería asustarla. Y estaba asustada porque pensaba que ese hombre planeaba hacerle daño. Seducirla y luego arruinar su vida.

—Venga, mire. No le he mentado. Mire con sus ojos.

Ella se quedó inmóvil, pensaba que si intentaba escapar él la atraparía y querría besarla y hacerle el amor. Pero él se alejó y corrió una de las persianas del pent-house.

—Venga, puede verlo con sus ojos. Y así comprobar que no le he mentado.

Audrey no quería acercarse, pero finalmente lo hizo. Se acercó a la ventana y notó que había un hombre parado del otro lado de la calle mirando con gesto sombrío la puerta del edificio, como si esperara a alguien. Vestía un largo gabán de gabardina oscura y llevaba un sombrero.

—¿Qué dice ahora? ¿No le parece extraño? Ese hombre está allí casi desde que llegamos.

Ella lo miró aturdida.

—Debió llevarme a mi departamento, soy una monja y esto me va a arruinar, si mis superiores se enteran que estuve aquí no me creerán que me trajo usted para protegerme, pensarán lo peor de mí y me expulsarán.

—Si sus superiores la conocen saben que usted no haría eso.

—Para usted es sencillo decirlo.

—Vea a ese hombre, ¿no cree que actúa extraño?

Audrey no supo qué decir, pero parecía una nueva excusa para lograr que se quedara allí.

—No sé quién sea ese hombre, no logro verle desde aquí—protestó ella. —Quizás solo espera que salga alguien.

—Pues lo dudo, yo creo que la sigue a usted, a lo mejor es la sombra oscura que vio en la villa Adagio. La que dijo ha estado siguiéndola, usted cree que es un ser espectral, impío pero tal vez sea un hombre de carne y hueso. Alguien que desea impedir que lleve a cabo su misión.

Ella se quedó mirándolo.

—¿Qué misión? No le hablé nada de ella.

Él sonrió.

—Sí lo hizo hoy, hace dos horas, pero dijo que no podía hablarme de ello.

—Usted se entromete demasiado y no es más que un conocido que se acercó a mí en busca de amistad y tal vez algo más.

—No puede juzgarme por hacerlo, preciosa.

—Por favor, no me llame así, no soy su preciosa. Soy la hermana Helena y creo que será mejor que me vaya.

La joven se levantó decidida a marcharse, pero entonces se dio cuenta de que no tenía su bolso.

—Mi bolso—balbuceó.

Él pareció sorprenderse.

—Lo siento... creo que debió quedarse en el auto. Pero espere, iré a buscarlo.

Ella lo miró con desconfianza. No le creía una palabra. Pensó que se lo había escondido y cuando iba a protestar él dijo que iría a buscarlo de inmediato.

Todo iba de mal en peor. Nadie podía enterarse que estaba allí, en el departamento de un hombre soltero.

Se acercó de nuevo a la ventana para ver a Taddeo y tuvo la sensación de que pasaban mil años hasta que lo vio salir del edificio y entrar en el garaje de enfrente a buscar su auto.

El hombre de negro no estaba, había desaparecido. Como por encanto.

Audrey rezó. Estaba asustada, no dejaba de preguntarse qué había pasado y quién era ese sujeto que la había seguido.

¿Y si alguien más sabía que buscaba el retrato y planeaba sonsacarla?

El demonio tenía muchos secuaces y sirvientes, personas malvadas que tratarían de ocultarlo, pero... no entendía por qué sentía tan cerca su malvada presencia, ¿por qué últimamente

tenía la sensación de que el diablo seguía sus pasos?

Por más que rezara, por más que lo ignorara sentía su presencia y la asustaba. No era tan fuerte como pensaba...

¿Pero sería el demonio o algo maligno?

—Aquí está... Oh, lo siento, ¿te asusté?

Audrey dio un respingo al ver al italiano llegar así de repente. Tenía su bolso y la miraba con intensidad.

Ella lo miró mortificada mientras tomaba su bolso.

—Debo irme ahora, señor Colonna.

—Está bien, pero deje que la lleve, por favor. Está muy oscuro y...

Audrey asintió.

No hablaron durante el viaje, hasta que ella rompió el silencio.

—Aprecio mucho su ayuda, su compañía, pero no creo que deba usted buscarme de nuevo. Parece olvidar que soy religiosa y que el señor vela por mí.

Sus palabras debieron caerle como un balde de agua fría pero no dijo nada, lo aceptó.

—Discúlpeme, sólo quería ayudarla.

—¿Por qué lo hace?

Él la miró con intensidad.

—No puedo evitarlo, es como si recibiera un mensaje, como si alguien me avisara que debo protegerla.

—¿Alguien?

—O algo...



—Pensé que no era creyente.

—Bueno, lo fui hace mucho tiempo y por eso... Le confieso que al principio pensé que eran fantasías tuyas, pero cuando vi a ese hombre vigilándola y también...Leí algo de su cofradía en mi celular.

—¿Mi cofradía?

—Su religión. Ha sido muy criticada, ¿lo sabía? Alguien los acusó de lavarle el cerebro a los niños hace tiempo.

—Tonterías.

—¿Usted no se enteró?

—No es así, ellos son buenas personas y no puede juzgarlos sin conocerlos.

—Bueno, supongo que tiene razón. Solo que debería abrirlos ojos y ver un poco más del mundo, quizás el señor quiso que hiciera este viaje por esa razón.

Ella sonrió.

—Siempre lo hacen ¿verdad?

—¿De qué habla, preciosa?

—Me refiero a que siempre manipulan todo según su conveniencia, los italianos. Nunca pierden, siempre empatan.

Él sonrió.

—Tal vez, pero estoy preocupado por usted y eso no es manipulación.

Ella apartó la mirada. Acababan de llegar a su departamento y tenía que irse.

—Pues no tiene que preocuparse—dijo tomando su bolso nerviosa—Estoy bien.

Para él no lo estaba, y era tan protector y... era extraño.

—Apenas me conoce, ¿por qué se toma tantas molestias por mí?

Ella lo sabía, pero si tenía dudas sus ojos se lo confirmaron, esa mirada ardiente y apasionada era muy sincera.

—No tiene que preocuparse por mí, se lo agradezco, pero creo que... sinceramente, no es prudente que vuelva a verle.

No después de terminar en su departamento dormida en un sillón.

Él pareció aceptar su decisión.

—Usted no sabe nada de lo que ocurre en este país, además, tenemos un viaje pendiente para ver ese boceto de Caravaggio, ¿lo olvida? Por favor... soy un caballero y jamás le haría daño a una mujer ni tampoco intentaré nada. Déjeme ayudarla... siento que usted corre un peligro y me angustia eso, lo confieso.

—No diga eso, no es verdad. Estoy bien.

—¿Y el hombre que estuvo más de dos horas apostado en el departamento? ¿Quién era?

—No lo sé, pero...quizás esperaba a alguien.

—¿Así? ¿Y por qué miraba hacia mi departamento? Nunca lo había visto antes se lo aseguro. Por eso quería que se quedara allí, nada más. estoy asustado por usted y tal vez no esté segura en este departamento. ¿Qué tanto conoce a las chicas con las que comparte el piso?

—Son buenas chicas, nunca hubo nada que me hiciera pensar diferente.

—¿Confía en ellas?

—Rayos. ¿Qué sucede señor Colonna? ¿Qué intenta decirme en realidad?

—Nada. solo tenga cuidado ¿sí? Y piense en lo que le dije.

Audrey se alejó tras despedirse del italiano bastante confundida.

Fue todo tan extraño lo que había pasado, la siniestra presencia en el barrio medieval de Florencia y luego al despertar en ese departamento extraño.

Cuando entró en su apartamento Laura la esperaba muy inquieta.

—Al fin chica, me tenías preocupada.

Audrey se sonrojó.

—Es que el italiano me llevó a dar un paseo—replicó incómoda.

Pero la joven italiana la miró con franca malicia, ansiosa de saber los detalles.

—Demoraste mucho, ¿tuviste una cita con tu nuevo amigo?

—Por favor, no digas eso. No pasó nada, pero me dormí y luego estaba en su departamento.

—¿En su departamento? ¿Y dejan a las religiosas ir al departamento de un hombre soltero?

Su amiga estaba a punto de reírse, pero al ver la cara de disgusto de Audrey se contuvo.

—Lo siento. Sé que tú no... Imagino que no habrá pasado nada, pero es raro que tú durmieras en el departamento de ese hombre. Llevas horas desaparecida.

—¿Horas?

—Sí...

Audrey miró nerviosa el reloj, eran más de las once, qué tarde se le había hecho, salió a las cuatro y media del curso de arte.

Estaba hambrienta y cansada y con una rara somnolencia. Como si todavía tuviera sueño.

Fue hasta la nevera a comer algo y de pronto se preguntó cómo ese hombre la había llevado a su departamento y despertó envuelta en una manta. ¿Acaso le había dado algo cuando se detuvieron para comer esas hamburguesas y refrescos frutales? Algo para dormirla y luego...

Tragó saliva.

No sabía por qué tenía tanta hambre, pero decidió atacar la heladera. Quizás fuera la angustia.

Tenía una vianda saludable pronta, las compraba en un lugar vegano y se dispuso a calentarla en el micro cuando vio a Laura mirándola a escasos metros.

—¿Estás bien?

Audrey asintió.

—Disculpa, te llamaron hace como una hora, preguntaron por ti. Dijo que era tu madre. Al parecer se puso nerviosa porque no atendías el celular.

La joven miró su celular y vio con horror que tenía muchas llamadas perdidas de su madre.

—¿Y qué le dijiste?

—Que estabas en el curso y seguramente te reuniste con tus compañeros. Fui discreta ¿verdad?

Audrey se sonrojó y aterrada sin probar bocado llamó a su madre y tuvo que decirle que estaba con sus compañeros de curso y fueron a tomar algo.

—¿Está todo bien, cariño? Me tenías preocupada.

—Todo bien mamá, ¿y ustedes?

—Bien, preocupados por ti.

Su madre le tenía fobia a ese viaje o a ese país, no entendía bien. Y no estaba feliz si no la llamaba todos los días y sabía que estaba bien.

Luego de tranquilizarla vio que Laura quería saber algo más.

—¿Está todo bien? ¿Pasó algo que debas decirme?

—Nada... solo estoy reportándome con mi madre para tranquilizarla.

—Pues yo creo que te pasó algo.

Audrey la miró alarmada.

—¿De qué hablas?

—Hablo de que te ves distinta, sonrosada y feliz... me pregunto si no habrás caído en la tentación de la carne.

Audrey tomó la bandeja y se puso a comer frenética y nerviosa. Ignoró por completo ese comentario, hasta que notó que Laura la seguía mirando intrigada.

—No digas tonterías, por favor, no pasó nada.

—Oh vamos, se te ve muy feliz. ¿Qué tiene de malo tener sexo con un hombre tan guapo? Ojalá yo tuviera esa suerte.

—Es que no hicimos nada, solo me quedé dormida porque llevo días sin dormir y estoy cansada.

—Audrey, deja de negar que ese hombre te gusta, y tú debes ser una fruta deliciosa para él.

—¿Fruta deliciosa? Pero sabe que soy monja.

—Lo sabe y eso hace que te desee más.

—No me desea, tú exageras. Y si me desea pues no pasará nada. No pasó nada.

—¿Estás segura? Dijiste que te quedaste dormida... tal vez él te besó y tú no diste cuenta.

—Pues no creo que eso pasara, no se atrevería...

—Audrey, por favor, ese hombre quiere estar contigo, creo que está enamorado, ¿no lo ves? ¿Primero te persigue, te busca y luego se te acerca para ser tu amigo?

Al ver su expresión Laura se calló.

—Está bien, no es problema mío. Disculpa. Solo quería advertirte...

—¿Advertirme qué? No pasó nada con el italiano ni pasará nada con él, soy religiosa.

—Bueno, mejor así, no quise entrometerme.

Audrey se retiró a rezar a su habitación, lo necesitaba. Se sentía horriblemente afectada por todo lo que le había pasado ese día y la conversación con la italiana la había crispado mucho

más. pues de pronto se preguntó si no había pasado nada ese día pues pasó muchas horas dormida en su departamento. ¿Por qué se durmió así de repente y por qué él no la despertó y la dejó allí? ¿Y si había pasado algo como insinuó la chica italiana?

\*\*\*\*\*

Le costó mucho conciliar el sueño y conservar la calma los días siguientes. Pues su ferviente admirador parecía haberse evaporado en el aire y eso la hacía sentirse horriblemente insegura y hasta deprimida por momentos.

Pensaba muchas cosas entonces, y siempre cada día pensaba en Taddeo Colonna.

Por una extraña razón había mejorado su retrato y ahora lo tenía encerrado en su habitación montado en un caballete como si se tratara de una obra de arte. El bosquejo finalmente había cobrado vida, ahora podía recordar cada detalle y saber que había logrado captar la extraña y enigmática expresión de su mirada.

Lo hacía a escondidas por supuesto, nadie había visto su obra casi terminada y no sabía a ciencia cierta por qué la obsesionaba tanto terminar ese retrato.

Cuando lo tuvo casi acabado suspiró y dio un respingo. Su celular sonó con estrépito. Como una alarma impertinente. Odiaba que lo hiciera, pero era inevitable y lo sabía. Lamentó no haber silenciado la alarma entonces, no haberlo hecho. Pero entonces vio que era un número desconocido y tembló. ¿Taddeo Colonna?

Tomó el aparato y atendió.

—Hola preciosa.

Esa voz la hizo estremecer de la emoción.

—Taddeo, ¿eres tú?

—Por supuesto cielo, llevo días esperando verte. ¿Acaso te han castigado por tener amistad con italianos atrevidos y seductores?

—No, no... no es eso.

—¿Estás bien, preciosa?

—Sí, sí... Estoy bien, por supuesto.

—No te he visto en la universidad ni en los museos.

—No he salido estos días.

—¿Y vendrás conmigo este sábado? ¿Puedes acompañarme?

—Sí, por supuesto, ¿me llevarás a ver el retrato?

—¿Cuál retrato, Audrey?

—El del infierno de Dante.

—Ah sí, disculpa, lo había olvidado. Por supuesto que está en el Castillo.

—¿Estás seguro?

—Espero que sí... ¿por qué es tan importante ese retrato para ti?

Ella no quiso mentir, no podía decir la verdad, pero tampoco una mentira.

—Es un cuadro religioso muy bello y revelador—le respondió.

—¿De veras? Pues lo miraré con más atención la próxima vez. Espero que no te castigaran por nuestra inesperada cita.

—No... es que...

—¿Ese hombre ha vuelto a seguirte?

—No, no lo he visto.

—¿Y tampoco te has enterado quién era?

—No... pero te aseguro que no eran de mi congregación, ellos no harían algo como eso.

—¿Entonces puedo invitarte a tomar un helado? Hace tanto calor hoy...

Ella suspiró. Tenía razón, ese día era un infierno en la ciudad.

—¿Ahora?

—Sí, por favor... Estoy cerca de tu departamento.

—¿Cerca?

—Sí, a unas cuadras. ¿No quieres tomar un helado?

Audrey pensó una excusa rápida pero no se le ocurrió ninguna, adoraba los helados en realidad.

—Sí, me gustaría...

—Entonces pasaré por ti en diez minutos.

—Está bien.

No lo pensó, fue a darse una ducha rápida y a arreglar su cabello.

Pero eso no era una cita, era solo una salida con un amigo.

Un sonido en su celular la crispó, pero estaba demasiado lejos para atender y cuando salió de la ducha con un vestido ligero se miró en el espejo.

Parecía una gata enamorada llena de malicia y coquetería, sus mejillas redondas estaban muy rojas y hasta sus labios tenían un rubor que no sabía que podía tener. Y eso no usaba maquillaje, pero... algo en ella no era natural, era provocado, provocado por el italiano y no era correcto, no era prudente...

Tomó el celular con expresión culpable y vio que eran de la congregación.

Como si estuvieran vigilándola tal vez quisieran convencerla de regresar.

No devolvió la llamada. Tenía que hacer eso, debía seguir esa peligrosa amistad hasta encontrar el retrato.

—¿Necesitas un labial? —le preguntó Greta, la chica alemana entrando de repente.



Ella la miró espantada, no la había escuchado llegar.

—Saldrás con un muchacho ¿verdad?

—Es un amigo y no necesito maquillaje—Audrey estaba muy incómoda—Por favor, déjame de mirarme así. Es un amigo.

—Ay vamos, píntate un poco. Lo necesitas. Eres muy pálida, americana. Te falta color en los labios. Solo un brillo al menos, es un toque para no verte de cara lavada.

No era pálida y en esos momentos se vio roja en el espejo.

—Deja que te ayude un poco. Al parecer serás la primera en tener una cita con un italiano guapo.

—No es una cita, deja de inventar. Él es un amigo—dijo Audrey con calor, pero dejó que le pusiera una máscara de pestañas negras y un brillo gloss que apenas se notaba en sus labios.

No pensó que él notaría el cambio pues era tan poco el maquillaje que llevaba que casi ni se notaba.

Fue puntual, quince minutos exactos.

Ella fue a reunirse con él y se sonrojó al sentir su mirada recorriéndola como una atrevida caricia, todo su cuerpo, cada trozo de él.

Y al llegar a su auto sonrió.

—Lo siento, es que te ves preciosa, Audrey.

Ella lo miró.

—No me afecta que me mires así, pero tú te olvidas que soy una monja.

—Me rompes el corazón cariño, no hagas eso...

Entró en su auto y sonrió. Hacía tanto calor y allí estaba tan fresco...

Su auto arrancó a mucha velocidad y aunque la excusa era llevarla a una heladería notó

que se alejaban mucho de su departamento y se inquietó.

—Taddeo, ¿a dónde vamos? —preguntó.

—A la mejor heladería de Florencia tesoro, pero queda algo lejos. ¿Tienes tiempo?

Ella notó que se alejaban demasiado y se preguntó ¿por qué siempre hacía eso y por qué confiaba en él de nuevo, como tonta?

Era como si quisiera prolongar un poco más sus salidas y paseos. Acercarse a ella un poco más.

Se detuvo solo media hora después o quizás más en una inmensa heladería donde según él hacían los helados más ricos de la ciudad, artesanales, con una receta especial.

Era una heladería muy bonita y pintoresca y algo concurrida. Al menos no había intentado llevarla a su departamento y esperaba que no volviera a hacerlo.

—¿Bueno, y qué pedirás?

Ella vio los sabores y sus ojos se fueron corriendo al stand. Le gustaban mucho los helados frutales de frutas frescas y exóticas, pero también las cremas con nueces y almendras, los chocolates...

Ese día hacía demasiado calor así que optó por un sabor de ananá a la crema y duraznos.

Él se pidió chocolate y crema de whisky.

Se sentaron afuera con los helados y él la miró de nuevo.

—Lo siento, pero te ves preciosa... resplandeces.

Ella sonrió.

—Soy la misma de siempre, tal vez tú me ves diferente.

—No... hoy estás preciosa como una flor dulce y cándida.

—Y tú no tienes novia ¿verdad?

—No... pero quisiera que fueras tú. Mi novia rubia y hermosa.

Audrey esquivó la mirada de Taddeo nerviosa.

—Sabes que eso no puede ser, ¿por qué insistes?

—Porque estoy loco por ti, preciosa.

—¿Loco por mí? Apenas me conoces.

—Pero llevo más tiempo siguiendo tus pasos.

—Oh vamos, regresaré a mi país la semana entrante.

Cuando dijo eso, él la miró muy serio.

—¿Tan pronto? —no podía creerlo. Su desilusión y pena eran tan fuertes que Audrey se sintió mal.

—Sí... pero puedo escribirte si quieres—dijo para animarle.

—Claro por supuesto. Aunque tal vez te llame, no me gusta escribir cartas. Soy muy perezoso para eso.

Sonrió.

—¿Por qué tan pronto? —quiso saber.

Parecía alarmado, nervioso.

—¿Por qué regresarás ahora? ¿Es porque saben que sales conmigo?

Ella lo miró sorprendida.

—Eres mi amigo, nada más. No salimos.

—Está bien, tú ganas. Aunque supongo que a los de la secta no les gustó mucho saberlo.

—No... piensan que soy una chica común.

—Pero no lo eres ¿verdad?

—No... tengo mucha voluntad y no sufro esas tentaciones.

Sus palabras lo sorprendieron.

—¿Qué tentaciones, de qué hablas Audrey?

—Que no sufro por ser religiosa porque soy como cualquier otra chica, solo que no tengo novio ni nada. Pero no se fían de ti.

—Rayos... lo siento. No quise perjudicarte. ¿Entonces nos han visto? ¿Siguen tus pasos?

—No exactamente, pero... yo les dije que te había visto y que habíamos conversado y no les pareció correcto. Pero yo nunca haría nada incorrecto.

—¿Por qué estás tan segura de eso? Eres joven y muy hermosa. Tan dulce... no puedo creer que realmente quieras ser monja que no quieras un día tener un esposo e hijos. las mujeres siempre llegan a una edad en que quieren tener un bebé.

—Eso no me atrae para nada.

—Pero niegas una parte de tu naturaleza. El señor nos creó para poblar la tierra y *procrear*... ¿No dice eso la santa Biblia?

—¿Y no crees que puedo tener un destino mejor que ese en esta vida? ¿Crees que porque soy una chica tengo que soñar con casarme y tener hijos un día?

Él la miró sorprendido y se quedó mudo al principio, pero quizás solo pensaba una respuesta ingeniosa.

—Perdona, no quise ofenderte... por supuesto que puedes tener misiones más importantes que esa, pero es que a mí me encantaría convertirte en mía y hacerte un bebé. Lo siento... no debí decirlo.

—Eso sonó cruel... ¿Una joven a la que apenas conoces y tú dices que quieres hacerle un bebé?

—Te haría muchos bebés y te llevaría del brazo a la iglesia más cercana y me haré de

nuevo creyente por ti, lo juro... si tú me dieras una chance, si tú me amaras un día, yo volvería a creer en Dios.

—Eso no pasará, italiano. Deja de soñar. Me agradas, pero no creo poder enamorarme de ti.

—¿Te agrado? Eso es bueno. tú me encantas, eres más deliciosa que todos los helados de aquí y me muero por probar de tu dulzura.

—Tú no te rindes ¿no? Sigues viéndome como un trozo de carne. ¿Y esperas que te crea y me sienta especial por eso? Seguramente se lo dices a todas, italiano.

Él la miró sorprendido.

—Te equivocas dulce, solo te lo digo a ti... No tengo novia ni tampoco me enamoro con tanta facilidad, pero tú lo haces tan fácil. Si tan solo me dieras una oportunidad...

—¿Una oportunidad? Pero sabes que soy monja y tengo una misión, vine aquí por eso.

—¿De veras? ¿Viniste a la heladería conmigo para cumplir una misión? Pues ardo de deseo de saber qué misión es esa.

Ella lamentó haber hablado.

—Tú no entiendes. Por favor no creas que es personal, no quiero ofenderte ni tampoco darte falsas expectativas. No pasará nada entre nosotros, ¿entiendes? Y si no puedes entenderlo entonces...

—Lo entiendo sí, porque eres monja y no puedes... Respeto eso. No soy un bruto ni tampoco quiero aprovecharme de ti. Dime, ¿qué hacías antes de ser monja?

—¿Qué hacía?

—Sí, tenías una familia, padres protectores y un hermano cirujano, pero ...

—No era igual a las otras niñas. Con las muñecas que me regalaban hice una capilla en mi cuarto. Con una gran cruz y los bancos... como una iglesia en miniatura y yo jugaba con ellas.

—¿De veras? No puedo creerlo. ¿Pero nunca quisiste ser una niña normal? ¿Hacer travesuras, portarte mal?

—No... se ve que no era muy normal pero nunca di trabajo a mis padres, siempre fui obediente y cuando llegué a los quince en vez de perseguir muchachos empecé a buscar la forma de acercarme más a Dios y supe que quería ser parte de la congregación cristiana.

—¿Y pasarte la vida encerrada en un convento rezando todo el día? Por favor, ¿qué jovencita sueña con eso?

—Pues no quería vivir encerrada quería hacer cosas, investigar, buscar respuestas.

—¿Respuestas?

—La religión es algo más que rezar, encerrarse a rezar o evangelizar, la religión a la que pertenezco busca respuestas, tiene conocimientos que la mayoría ignora. Pasé dos años encerrada estudiando para ser admitida y todavía estoy a prueba, pero me dejaron venir porque confiaban en mí.

Supo que debía detenerse, no era prudente decir más.

—¿Buscas respuestas a los problemas del mundo?

—Algo así.

—Son asuntos muy secretos ¿verdad? Cada vez que quieres explicarme callas como si temieras haber hablado demasiado.

—Lo siento, es que no puedo revelar nada, hice un juramento además de tomar los votos. Pero no estoy aquí en una misión como crees, quería hacer ese curso de arte, era una oportunidad única y luego de llegar surgió el asunto de la pintura. Me pidieron que averiguara si estaba en algún museo. No me dijeron más que eso.

—¿Y te irás como la Cenicienta cuando encuentres el retrato? ¿Te irás antes de las doce campanadas y me dejarás aquí solo, con el corazón roto?

Ella sonrió, pensó que bromeaba, pero luego se comió su helado, nerviosa. Era delicioso y no tardó en devorárselo.

Él recibió una llamada que no pudo eludir y se distrajo.

Pero ella se negó a atender su celular, estaba sumida en sus pensamientos, disfrutando del helado pensando de nuevo en la dichosa pintura, boceto perdido o lo que fuera. Quería saber más y por más que lo intentara no había nada de información en internet, ni entre los eruditos que había conocido. Nadie creía que Caravaggio pintara ese retrato.

Caravaggio ni siquiera era muy creyente, sus obras eran casi burlonas, sacrílegas. Era otro tipo de mensaje que daba, algo chocante tal vez, conmovedor y profundo.

—Disculpa.

Ella lo miró.

—¿Por qué dices eso? —replicó sorprendida.

—Solo estaba siendo galante no pienses que hablaba en serio sobre hacerte un bebé y esas cosas... No estoy tan loco sabes. Sé cuándo parar y cuando callar, pero a veces me gusta sorprender.

Ella sonrió.

—Imaginé que era una broma, pero bueno, disculpas aceptadas.

—¿Te asusté? Lo siento... no creas todo lo que dicen de los italianos. No somos tan locos ni tan enamorados. Aunque si algún día cambias de idea y abandonas los hábitos... llámame ¿sí?

Ella sonrió.

—Eso no pasará.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés años.

—Rayos, tienes veinte y pocos. Eres muy joven bebé, no has vivido nada y eres tan tierna y confiada... pero yo no soy un hombre malvado y nunca me aprovecharía de un ángel como tú. Te lo aseguro.

—Lo sé... eres un hombre bueno, puedo verlo.

Él la miró de esa forma que tanto la incomodaba.

—No, no soy bueno, pero no sería tan perverso de aprovecharme de ti. Solo que me cuesta hacerme a la idea de que eres imposible para mí. Solo eso.

Ella se sintió mal cuando le dijo eso, pues por más que no la tentara el sexo ni tuviera malos pensamientos se preguntaba si acaso no había ilusionado a ese hombre, si no lo había hecho sin darse cuenta.

—Ven, demos un paseo, no quiero que estés triste, tal vez pueda ayudarte en tu misión secreta.

Su teléfono sonó entonces.

Era el padre Andrew y debía estar furioso porque no le había contestado.

Pues no pensaba hacerlo.

En cuanto viera ese cuadro...

—Debo regresar a mi departamento, pero no tienes que llevarme puedo volver sola...

—Claro que te llevaré. Ven...

Su teléfono siguió sonando y tuvo que atender.

—Hermana Helena. Qué alivio. ¿Está usted bien?

—Sí, padre Andrew.

—¿Y por qué no atendía el teléfono?

—He estado ocupada con el curso, lo siento.



—Hermana Helena, esto es serio. Tengo que hablar con usted un asunto muy delicado... sé que no debería ser por teléfono, pero...

—¿Qué sucede?

—¿Está con alguien en estos momentos o está sola en su departamento?

—Estoy con un amigo del curso... pero regresaré al departamento en una hora tal vez.

Rayos, ardía de curiosidad en esos momentos, pero no podía preguntar nada porque Taddeo sospecharía.

—¿Qué sucede? ¿Pasó algo grave, padre? —preguntó.

—Hermana Helena, no puedo decirle ahora, pero por favor avíseme cuando regrese a su departamento, es muy serio lo que tengo que confesarle.

Y tras decirle eso cortó la llamada.

Taddeo la miró intrigado, pero no dijo nada hasta que subió en su auto.

—¿Che cosa sucede principessa? —le preguntó.

Audrey se contuvo, no quería hablar.

—No lo sé, me llamó el padre Andrew, mi superior para contarme algo, pero me lo dirá cuando regrese a mi departamento.

Al regresar a su departamento él la acompañó muy gentil. Pero cuando subían al ascensor se le acercó peligrosamente y la abrazó.

—¿Qué haces Taddeo, por qué?

Ella lo miró desconcertada y quiso apartarlo, pero él la abrazó.

—Por favor, solo un abrazo, no voy a besarte, pero me muero por estar cerca de ti. Solo eso.

—Suéltame, no debes tocarme.

—¿Por qué no puedo?

—Sabes por qué.

Ella se resistió, quiso apartarlo, pero en el forcejeo él la atrapó y le dijo:

—Te amo principessa, bella... te amo—le confesó en un susurro y la besó, le dio un beso ardiente y desesperado.

Estaba loco por supuesto y entendió que había sido muy mala idea verse con ese italiano.

Estaba furiosa con él y se resistió, quiso apartarlo, pero no pudo, era muy fuerte y cuando llegaron a destino lo miró con furia.

—¿Cómo pudiste hacer esto?

Él sonrió.

—Es porque te amo, estoy loco por ti, me casaría contigo mañana si me dijeras que sí.

—Pero yo no voy a casarme contigo nunca, ¿se te olvida que soy una monja?

Estaba muy nerviosa por ese abrazo, furiosa, pero él no parecía nada apenado.

—Lo siento. perdóname... fue la tentación, no pude resistir la tentación de besarte.

—Escucha, no vuelvas a tocarme ¿sí? Nunca más. Ni tampoco me llames. ¿Se acabó, entiendes? Creo que es mejor que no volvamos a vernos.

Él la miró asustado, sorprendido, no esperaba semejante exabrupto de una jovencita guapa y educada. Pero bueno, podía enojarse, era el riesgo cuando un hombre se pasaba de listo.

Audrey regresó a su departamento sin hablarle, él la siguió como un perrito.

—Lo siento, perdóname... no quise. no me odies por favor muñequita.

Ella se detuvo y lo miró furiosa.

—No me llames así, no soy tu muñequita.

Él sonrió.

—Claro que no, eres un ángel, y además eres toda una mujer, cielo.

Sus mejillas se pusieron moradas de repente. Odiaba que le dijera eso y que la hiciera sentirse así, como una cosa, una mujer guapa y deseable.

Se alejó furiosa, sin decir nada y pensó que era la última vez que caería en su juego. No volvería a verle, ni a aceptar una sola llamada suya.

—Princesa, no te vayas así, tan enfadada.

No lo escuchó, no quería saber nada de ese hombre.

Entró echando humo al departamento, su amiga Laura apareció de repente.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó.

Audrey estaba tan furiosa que no respondió. Fue a su habitación a encerrarse a llorar. Sentía tanta rabia que era incapaz de articular palabra.

Y no era bueno que sintiera eso y se puso a rezar en silencio para buscar un poco de sosiego. Pero mientras rezaba sentía el calor de las lágrimas rodando por sus mejillas. Por ambas mejillas.

—Audrey, ¿qué sucede? ¿Por qué estás así?

Secó sus lágrimas y vio a la chica italiana mirándola asustada.

Era muy entrometida y era su culpa, nunca le puso un freno y ahora hasta sabía que era monja y todo lo demás.

—Nada, estoy bien...

—Tú no te ves muy bien.

—No... no lo estoy, pero por favor, déjame, necesito estar sola.

—¿Fue ese hombre verdad? ¿te hizo algo?

Ahora Laura estaba asustada.

—¿Acaso tú y él...?

—Me besó, me arrinconó en el ascensor y me robó un beso, pero lo más horrible fue que debí imaginarlo, debí suponer que lo haría. Por eso se acercó a mí en realidad y aunque lo dije que soy monja no le importa. Porque como no llevo hábito quizás no sea cierto.

—Bueno, fue un beso robado, tú no tienes la culpa. Supongo que el Señor no te castigará por eso.

—Nunca me habían besado ¿sabes? —dijo Audrey nerviosa.

La italiana la miró sorprendida.

—¿No? ¿Nunca? ¿Es en serio?

—No...

—¿Y qué sentiste cuando lo hizo?

—Rabia y miedo, mucho miedo. No podía librarme de él y la forma en que me abrazó fue... algo rara, nunca antes había sentido eso.

—Eres humana, por más que quieras ser un ángel, eres de carne y hueso.

—No quiero ser un ángel, pero yo no quiero ser tratada así. Si hubiera querido eso no habría tomado los hábitos.

—Bueno es que tú eres muy sexy para ser una monja, disculpa que te lo diga, pero aquí no hay mujeres rubias como tú, bonitas y dulces. Las italianas somos distintas y muchos hombres de aquí mueren por las extranjeras rubias. Sinceramente que este viaje ha sido una dura prueba para ti ¿verdad? Sospecho que los de tu congregación no creen que seas apta para la vida monacal.

—¿Qué dices? Pues te equivocas, no vine aquí para eso.

—¿Ah no?

—Vine a hacer un curso de arte.

—Los religiosos no pueden ir a todos lados como tú. Hay algo en esa historia de la monja que no me cierra, pero bueno, no me entrometeré, te lo aseguro. Solo me pregunto si tú no estás convirtiéndote en humana, en mujer con ese enamorado. Supongo que despierta cosas en ti que no sabías que existías porque tu religión las prohíbe me imagino.

—No, nada de eso.

—Vamos Audrey, ustedes no pueden tener sexo, el pecado de la carne le dicen...

La joven americana guardó silencio.

No quería hablar más.

—Disculpa, pero debo quedarme a rezar, lo necesito. No me siento muy bien ahora.

Había sido demasiado, la declaración de amor del italiano osado, su promesa de hacerle un bebé, casarse con ella y ese beso... todo había ocurrido el mismo día y ella que tampoco era tan fría como había imaginado y eso la enfurecía pues nunca antes había sentido ninguna tentación mundana y mucho menos carnal.

Y ese abrazo de fuego la había quemado un poco, sentía su cuerpo atormentado, húmedo, flojo, extraño. Como si no fuera su cuerpo de siempre y ese hombre hubiera despertado algo en ella que estaba dormido.

Debía confesarse, pedir perdón y hacer penitencia y estaba muy lejos de su confesor ahora, lejos de su casa de su familia... por eso había pasado. Fue un momento de debilidad. Después de todo era un ser humano, era una chica joven sin experiencia. Y eso no era más que algo que la pilló desprevenida. Una reacción química por la sorpresa y el miedo, porque sintió terror entonces y luego su boca, su lengua en su boca...

Trató de no pensar en eso, estaba muy nerviosa. No podía dejar de pensar en lo que le había hecho. Cuando se calmara podría ver las cosas de otra forma.

Entonces recordó que debía avisarle al padre Andrew que estaba en su departamento para que le dijera eso tan importante.

Nerviosa le envió un mensaje y aguardó...

Su teléfono no tardó en sonar. El padre Andrew por su puesto.

—Hermana Helena, ¿cómo está? Lamento la urgencia, pero ha ocurrido algo grave.

—¿Qué pasó? —preguntó con un hilo de voz, nerviosa.

—El padre Erasmus ha desaparecido. Luego de llegar a Roma... nunca llegó a destino. Hace ya unos días.

—Oh, pero no puedo ir a Roma ahora, padre. ¿Acaso pretende que lo busque?

—No, no, pero le pido que olvide lo que le pedí y regrese cuanto antes hermana Helena.

—Pero ¿qué sucede? Por favor, deje de ocultarme cosas.

—Es que no puedo hablar por teléfono. No sería prudente.

—Pero padre... dígame por qué busca tanto esa pintura. ¿Qué sucede? ¿Qué le pasó al padre Erasmo?

—Es que no es prudente... esa pintura es muy importante para nosotros. Pero no deseo que arriesgue su vida buscándola. Es delicado. Alguien más está detrás su pista y esperamos tener noticias, pero me he enterado que un grupo de jovencitas extranjeras fueron atacadas en Florencia y no quisiera que algo malo le pasara. Temo que no fue sensato enviarla a ese país, debí imaginarlo, pero sabía que era importante para usted. Lo siento mucho.

Ella empezó a entender lo que pasaba. Alguien más estaba detrás de la pista del retrato y por eso la alejaban de esa tarea.

Luego estaba la sensación inquietante de ser observada, las advertencias de su superior y también del padre Mateo.

—Padre Andrew, alguien ha estado siguiéndome—le confesó.

—Hermana Helena, por favor cuénteme todo.

—Es que no sé qué sucede... yo he estado haciendo amistad con un joven italiano y sé que eso no es correcto, pero en una ocasión durante nuestros paseos un hombre apareció apostado siguiéndome.

—¿Cómo era? ¿Pudo verlo?

—No porque estaba cubierto de negro. Pero pasó horas apostado en el departamento.

—¿Y no llamó usted a la policía?

—No porque estaba en el departamento del italiano.

El padre suspiró.

—Lo siento mucho es que nos vimos algunas veces y entablamos una amistad. No pasó nada... solo me llevó a los museos y es un joven muy agradable.

—¿Cómo se llama ese joven?

—Taddeo Colonna.

—¿Colonna? ¿Dijo Colonna?

—¿Sí... qué sucede, usted lo conoce?

—No... pero es una familia muy poderosa en Italia, muy rica. ¿Cómo le conoció usted, hermana Helena?

—En una exposición de arte, hace tiempo, pero no se inquiete, es solo un amigo.

—Hermana Helena, temo que nada ha salido como planeamos. Debe usted dejar de buscar ese retrato. ¿Habló con alguien sobre ello?

—No...

—No lo haga.

—Pero no puedo irme ahora, debo terminar el curso.

—Hermana, hay una secta muy peligrosa en Italia, son una legión de fieles que siguen a Satán y están en todas partes infiltrados.

—Oh... pero no creo que... Acaso cree que saben que busco ese retrato?

—No lo sé, pero nadie debe saber. Le ruego que regrese cuanto antes al convento. No es bueno que esté tanto tiempo fuera y dadas las circunstancias actuales...

Algo le ocultaba el padre Andrew, pero sería inútil insistir, no le diría nada por teléfono.

—Está bien, regresaré en unos días. Debo arreglar lo del curso.

Luego de cortar la llamada, Audrey se sintió muy deprimida. Había llevado ese asunto demasiado lejos. No tuvo el coraje de contarle al padre Andrew que el italiano la había besado y que ella se sentía rara, confundida. Él no le hizo preguntas y confió en ella, pero no era justo. Sí había pasado algo con Taddeo y ahora...

Pero no podía dejar de pensar en ese beso y ese abrazo de fuego, había sentido tantas cosas y estaba furiosa por ello, nerviosa. Se sentía vilmente traicionada por el italiano que a fin de cuentas solo quería seducirla.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente pensó que debía empacar y regresar a su país, pero hacerlo le demandaba un gran esfuerzo y ni siquiera tenía ánimos para salir de la cama. Todo la desanimaba y deprimía terriblemente. Ni siquiera había podido dormir demasiado la noche anterior y tal vez por eso se sentía débil, sin fuerzas.

Pensaba en Taddeo Colonna. Había soñado con él y no podía quitarlo de su cabeza. Suspiró hondamente y trató de aclarar su mente.

Sería mejor que reservara los pasajes de regreso cuanto antes. Solo eso y sin embargo le costaba tanto...



Un sonido en la puerta la crispó. Era un golpe suave, apenas perceptible.

—Audrey, soy yo, Laura.

—Ah pasa...

La puerta de su habitación se abrió y apareció su amiga italiana con un inmenso ramo de orquídeas, sus flores favoritas. No podía ser...

—Son de tu enamorado Taddeo. Mira... te envió una tarjeta. Ese hombre tiene clase...

Ella se acercó al ramo algo confundida, eran preciosas... orquídeas salvajes frescas con algunos pimpollos de rosas rojas.

—Tómalo, ponlo en algún lugar... creo que deberás conseguir un jarrón. Para que se conserven. Son tan hermosas estas flores.

Audrey tomó su ramo ensimismada.

—No sé cómo lo hizo—balbuceó.

—¿Que hizo qué?

—Cómo supo que me encantan las orquídeas salvajes y las rosas rojas. Nunca se lo dije.

—¿Estás segura?

No, no lo estaba, pero le pareció tan extraño que supiera y luego miró la tarjeta.

“Lo siento mucho, perdóname... déjame mostrarte el retrato por lo menos. El resto de Florencia antes de que te marches. Por favor. Solo eso.”

Tomó la tarjeta y frunció el ceño, pero no pudo evitar sentirse conmovida. Era la primera vez que un hombre la besaba y también le obsequiaba un hermoso ramo de flores.

—Bueno, con esas flores debes darle una oportunidad ¿no crees? —dijo Laura.

—No, no lo haré.

Laura sonrió.

—Creo que te gusta mucho ese hombre por eso estás tan enfadada. Lo deseas también y eso te enoja porque no puedes entenderlo.

No quería hablar de ello y miró a la chica italiana en son de advertencia.

—No es lo que crees, no es eso.

—¿No? ¿De veras?

—Es que ayer el líder de la congregación me ordenó regresar al claustro y debo irme, pero me cuesta mucho hacerlo.

—¿Eso significa que te irás? ¿Te obligan a regresar a tu país?

—Sí... dicen que es peligroso porque han estado atacando extranjeras. Laura... debo avisarle a Greta.

—¿Qué? Yo no escuché nada al respecto.

—Taddeo me lo dijo. Y ahora el padre Andrew y el padre Mateo... es demasiada coincidencia.

—Bueno, aquí siempre pasan cosas, pero nada tan nefasto. ¿Pero te irás? ¿Estás decidida?

—Es que no depende de mí.

Al fin tenía el coraje de dejar la cama y darse un baño.

—Rayos, te ves mal, ¿tú quieres quedarte verdad ¿

Audrey no lo negó.

—Pero tal vez sea mejor que me vaya, no quiero terminar atrapada por ese hombre... tengo una vida en mi país, otras metas.

—Él te gusta ¿verdad? Colonna es un hombre muy guapo y seductor, es un milagro que no te haya llevado a la cama a esta altura.

Ante la mirada de Audrey la chica italiana se apuró a decir:

—Voy a echarte de menos... ¿de veras te irás en unos días? No me avisaste nada.

—Fue repentino, planeaba quedarme más, pero mis hermanos no quieren, dicen que hay peligro aquí y debo marcar mi pasaje de regreso.

—Audrey, puedes salir a la calle y que te pise un auto. Es la vida. Estamos aquí no sabemos hasta cuándo. De visita, o de viaje como tú, esa es nuestra vida. Nada es eterno, pero de allí a decir que una horrible mafia que hace daño a las chicas extranjeras es demasiado. Rayos, este país no es tan malo como creen tus amigos.

—De todas formas, no quieren que me quede.

—Estás prisionera de una secta, chica.

Audrey lo negó.

—No es verdad. No son una secta.

—No tienes libertad para ir a donde te plazca, esto de aquí parecen vacaciones, un retiro espiritual pero no puedes hacer una vida normal. Como todas nosotras.

—¿Y tú eres feliz en tu vida normal?

—Sí... hay demasiadas interrogantes, pero voy bien.

—Ese el problema, tener que resolver constantemente cosas, interrogantes.

—De eso se trataba la vida en esta era, niña. Tu vida es distinta porque todos resuelven por ti, no te dejan participar. Ordenan todo en tu vida y te prohíben vivir con las mujeres normales. No sexo, no bebidas, no diversiones...

—Es la vida que elegí.

—¿Y no te gustaría ser una chica común, tener varios novios, un trabajo,  
ir a donde te plazca, poder pintar y vivir como una artista?

—Eso ya no puede ser... Yo soy feliz así, estoy bien, me siento bien.

—Pero ahora te sientes distinta ¿verdad?

—¿Distinta? ¿Y por qué me sentiría distinta?

—Porque te besaron bobo, ¿por qué más? Porque ese hombre te cambió en poco tiempo. Te pasas haciendo dibujos sobre él.

—Eso no es verdad.

—¿Ah no? Vamos, ¿a quién quieres engañar? Ya no eres la joven monja que vino aquí, ahora te estás volviendo mundana. Y eso no tiene nada de malo.

Audrey guardó sus dibujos molesta, uno a uno los guardó escondiéndolos de prisa.

—Lo siento, imagino que no es fácil para ti.

Ella miró a la chica italiana. La apreciaba, pero era demasiado entrometida y en esos momentos le molestaba.

Tal vez fuera mejor callar y regresar a su país. Aceptar lo inevitable. Que la habían dejado fuera del plan de encontrar ese importante boceto y no podía hacer nada.

Puede que fuera peligroso insistir.

Eran ocho dibujos, bocetos, o quizás más, pues había tirado unos cuantos los días anteriores.

Y seguía sin poder captar del todo su mirada.

Tomó el dibujo que le había quedado mejor y se lo mostró a la joven italiana.

—No logro descifrar su mirada y eso me enfurece. Por eso sigo intentándolo. Era buena en esto, hasta que vine a este país. Aquí las miradas son distintas.

Ella tomó el dibujo y lo miró.

—Oye deja de quejarte, este es mejor, mucho mejor que el anterior que me mostraste, realmente parece una fotografía. Has captado bien su mirada, aunque te aseguro que es lo más

difícil de captar en un dibujo.

—Lo hago porque me gusta pintar no porque esté enamorada de él, apenas le conozco y no...

—Bueno eso lo sabes tú y nadie más, pero si es así no te culpes por eso.

Ella no dijo nada y luego guardó en silencio los dibujos.

\*\*\*\*\*

La primera dificultad fue tener la reservación de los pasajes pues no había disponibles hasta la semana entrante, el martes y estaban a viernes. Eso era mucho tiempo, pero...

Decidió reservar su pasaje para el martes a media mañana.

Luego pensó con tristeza que no podría terminar el curso de arte.

Bueno ¿qué importaba?

Mientras les avisaba a todos del contratiempo el padre Andrew la llamó para darle la noticia de que el padre Erasmus había sido encontrado muerto en una casa abandonada.

—¿Qué pasó, padre? Oh, es terrible.

—Está con Dios, hija mía... solo que nos hemos quedado sin protección para ayudar a los desdichados que sufren posesiones demoníacas.

Pero Audrey no dejaba de pensar en ese padre de mirada rara muerto en un país extraño.

—¿Acaso lo asesinaron?

—Sí, descubrió algo importante y entonces le tendieron una trampa. Lo llamaron para un exorcismo, pero su muerte fue extraña. Sé que no fue por un exorcismo. Esa fue la excusa, la trampa. —el padre suspiró— Ya no podemos hacer nada sobre eso, la batalla continuará hasta el fin de los tiempos. Perdimos un soldado, pero no la batalla.

Soldados de Cristo, así se llamaba la orden.

Por eso el italiano dijo que eran una secta extraña. A él debió sonarle rara. Pero eran una congregación que luchaba contra el eterno enemigo y formaba soldados para aprender a defenderse contra el maligno.

Ella también había sido entrenada para eso, pero su labor era distinta. no estaba autorizada a enfrentarlo solo a avisar si notaba su presencia. Eso no había pasado hasta que estuvo en Italia.

—Hija, procura permanecer en el departamento estos días.

—Hace días que estoy encerrada padre.

—Y es mejor así.

—¿Por qué lo dice?

—Están aquí, los demonios, hay ciertas señales inequívocas de que el maligno está en esa ciudad. Han pasado cosas terribles desde hace días, me ha informado el padre Mateo y debe usted tener cuidado.

—El demonio está aquí ¿y recién ahora me lo dice? —se quejó Audrey.

—El demonio está en todas partes, él y su hueste de enemigos, de malvados. Teje sus redes y capta nuevos fieles. Hay una secta satanista muy poderosa en Roma y en Milán. Ha crecido de forma inconmensurable. Pero era necesario saber quién es el líder... por eso el retrato.

—Se refiere al retrato que me pidió buscar?

—Así es hermana Helena. Pensé que con sus cualidades artísticas y buena intuición podría averiguar dónde estaba.

Ella sintió su corazón latir acelerado.

—¿Y cómo es que el pintor Caravaggio sabía que habría una secta de adoradores en el futuro y...? Rayos, esto no tiene sentido, padre.

—Porque esa orden satánica es muy antigua, se remonta al Medioevo y nació en Italia, hermana Helena. Es de aquí.

—Nunca me lo dijo—ella estaba bastante ofendida al comprender que estaba allí por una misión que no era tomarse un tiempo para saber si estaba preparada para ser monja.

—Lo siento, fue mejor así. El padre Mateo lo sabe y está preocupado por usted, cree que no debí enviarla a tan delicada misión sin advertirle...

—¿Él también busca la pintura?

—Es nuestro aliado y es un soldado de Cristo. En su país claro. Buscan dismantelar esa horrible secta, socavar sus cimientos y en esa empresa falleció el padre Erasmus. Él tenía una pista y nunca me lo dijo. Al parecer su viaje a Roma fue parte de su misión de encontrar a uno de los líderes de la secta, pero no lo supe hasta que desapareció y el sacerdote que lo acompañaba me lo explicó todo.

—Esto es demasiado para mí, mi cabeza va estallar... no entiendo cómo... usted nunca me dijo nada.

—Lo siento... pero no pierda la calma. Regrese el martes, pero mientras permanezca en su departamento. Son una secta muy peligrosa y no quieren ser descubiertos. Se mueven en las sombras.

—¿Entonces he estado en peligro todo este tiempo y usted no me avisó nada? ¿Cómo pudo ser tan frío e irresponsable?

Audrey se rebeló, no pudo evitarlo.

Todo ese asunto del retrato la crispaba bastante y mucho más lo de la secta antigua que adoraba a Satán.

—Fue mejor así, hermana Helena, era mejor que no supiera. La ha mantenido a salvo—el padre Andrew parecía cansado.

—Pues no creo eso, no me ha mantenido a salvo sino en riesgo porque supongo que ellos también buscan el retrato de Caravaggio, aunque por motivos diferentes. No quieren ser

descubiertos—replicó Audrey con calor.

—Es verdad, también lo buscan. Pero por distintas razones. Esperan destruirlo.

—¿Y cree que mataron al padre Erasmo?

—No tengo pruebas, la policía está investigando, pero tal vez, es una posibilidad—  
suspiró—Hermana Helena, es necesario que olvide lo del retrato.

Ella no dijo que Taddeo Colonna decía tenerlo.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Porque es muy peligroso que esté involucrada. Pensé que sería más sencillo si usted indagaba por su cuenta, como estudiante de arte, pero no imaginé que estarían en todas partes. El padre Erasmus recibió información confidencial de un obispo del vaticano. Son una orden secreta que investiga la secta y estamos todos unidos en la misma misión.

Audrey comprendió que todo era mucho más grande de lo que había imaginado. Y más peligroso. El padre Erasmus había sido asesinado por obra de esa poderosa secta demoníaca.

Luego de cortar la llamada tembló al pensar en Taddeo Colonna. Él le había advertido que varias personas le habían preguntado por el bosquejo. Adoradores del diablo y también católicos...

¿Alguien sabía que él tenía obras de Caravaggio o fue una conversación que tuvo con sus amigos coleccionistas?

De todas formas, no podía revelar nada de esa conversación, había dado su palabra. Era peligroso hacerlo.

Lo mejor era olvidarlo todo y regresar a su orden los soldados de Cristo.

La llegada de Greta la sorprendió. Ella solía trabajar todo el día en un café y de noche iba a la universidad así que no la veía mucho últimamente.

—Hola.



Greta la miró asustada como si no esperaba verla allí, luego intuyó que pasaba algo más.

—Pensé que tú no estabas...

—¿Pasa algo?

—No, pero hay un hombre preguntando por ti, me paró recién y preguntó por la joven norteamericana.

Audrey suspiró.

—Es Taddeo.

—¿Taddeo Colonna? No... Laura me contó y los vi juntos el otro día. Sé quién es.

—¿Entonces quién era?

—Pues no sé, era un hombre con una mirada azul muy fría, me dio mala espina. Sentí un escalofrío cuando me miró, fue como si viera algo maligno.

—Ah cállate, me asustas.

—Pues no es la primera vez que lo veo cerca de aquí. Qué sucede Audrey, ¿qué está pasando aquí?

—Nada, no pasa nada. No sé quién es ese hombre. ¿qué te dijo?

—Bueno, estuvo haciendo guardia allí afuera y preguntó por la chica norteamericana. Como le dijo que no sabía se quedó cerca vigilando.

Audrey pensó en esa orden oscura, que era la antítesis de toda la obra de soldados de Cristo y se crispó. Por algo el padre Andrew le dijo que se quedara en la casa...

Luego pensó en Taddeo, en su amigo italiano. debía avisarle... no podía dejarse llevar por el rencor por ese beso robado. Ese beso robado no había significado nada...

Tenía que llamarlo y hablar con él, era urgente, porque si esos villanos se enteraban que él tenía el retrato irían a buscarlo y lo matarían como al padre Erasmus...

Fue hasta la ventana para ver al misterioso sujeto, vio muchas personas abajo y le avisó a la chica alemana.

—Greta, ven.

Ella obedeció.

—¿Dónde está?

La joven miró consternada.

—Es aquél, allí está creo que es él... no está solo, hay dos más con él.

Audrey vio al hombre alto vestido de negro y tembló.

Tenía la sensación de que lo conocía, aunque no podía ver su rostro por completo por la distancia.

—Audrey, ten cuidado, no salgas sola porque creo que no es la primera vez que veo a ese hombre—dijo Greta.

Ella miró a la joven alemana intrigada.

—¿Qué tienes, Greta? Estás muy pálida.

Greta esquivó su mirada.

—Hay algo raro en este edificio, no me gusta... hace días que alguien me sigue. Y ese hombre no me gusta, ha estado siempre aquí vigilando y no sé si te vigila a ti o nos vigila a todas porque somos extranjeras y pienso si no quiere secuestrarnos y hacernos cosas horribles. Siempre se abusan de las extranjeras jóvenes que no tienen parientes en el país ni hablan bien el idioma.

—Hey cálmate, vas muy deprisa. Avisa a la policía o al portero si ves a ese hombre otra vez.

—El portero es un anciano que no sabe ni dónde está parado. No tiene ni idea de nada y, además, ¿qué podría hacer él? Apenas puede con su vida. Y de la policía... bueno no me darán

corte alguna si les digo que siento que algo maligno me sigue. Pensarán que estoy loca o que sufro alguna enfermedad mental. Ellos no miran muy bien a los extranjeros.

—Supongo que tienes razón, pero... Si ese hombre ha estado siguiéndote...

—No me sigue a mí, te vigila a ti. Todo el tiempo. es que no te has enterado?

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Pues porque está pendiente de ti, me ha preguntado otras veces. Pero hay algo más, supongo que nos vigilan porque traman algo.

—Pero si lo hacen por qué delatarse preguntando por mí?

—Bueno tú llevas varios días encerrada aquí y ese tipo está siempre en un auto negro, ya lo he visto antes.

—¿Cuánto exactamente? ¿Cuánto hace que lo ves?

—Hace tiempo... como dos semanas o más. pero no siempre, a veces. Y ahora... ¿es cierto que regresarás a tu país, Audrey?

Audrey asintió.

—El martes.

—Rayos... no falta mucho. Estamos a viernes. No te queda mucho. Qué pena... ¿Te irás así, sin terminar el curso?

—Debo hacerlo.

No dio más explicaciones, pero fue muy difícil para ella guardar silencio en esos momentos. Tenía muchas cosas en la cabeza.

—Pues yo también tengo ganas de mudarme. Pensé que esto era más tranquilo que Milán, pero ahora tengo dudas. Hay demasiados italianos merodeando cerca de aquí y no me gustan, no son tipos normales. Son muy atrevidos para mí gusto. Tampoco estoy muy contenta con mi trabajo,

hay un tipo que siempre va y me mira y...

—¿De veras?

—Sí... es horrible. tiene una mirada fría y todo él es como siniestro. Pero no me ha dicho nada, por eso no puedo quejarme. Si lo hago mi jefe pensará que estoy paranoica. Pero hay algo raro en la ciudad, esto ha cambiado últimamente y no sé bien por qué, pero me asusta.

—Trata de tranquilizarte, necesitas quedarte, pero si algo pasa pide ayuda, ve a la policía.

Los ojos saltones y azules de Greta se agrandaron aún más. esos ojos en su carita pequeña se veían gigantes y Audrey pensó que la chica alemana siempre había sido así, temerosa de todo como un ratón. Al principio no, era una chica maja y extrovertida, luego cambió. Se perseguía con cosas.

Juntas se habrían enloquecido pues ambas tenían muchas fobias y miedos. Ella trataba de hacerse la fuerte cuando tenía que darles ánimo a sus amigas, pero no era tan guapa en la vida normal.

Cerró la cortina para que Greta dejara de mirar y se tranquilizara.

—Bueno, iré a darme un baño... qué pena que te irás—dijo la chica alemana y luego se fue.

Audrey no dijo nada.

La llamada del padre Andrew la había dejado angustiada y nerviosa.

Sabía de la existencia de esas sectas que se dedicaban a adorar al maligno, pero no pensó que estaría tan cerca de esa gente tan pérfida y ruin. Quizás el padre Mateo sabía algo al respecto y por eso había insistido en ofrecerle la casa de la parroquia para que estuviera a salvo.

No podía pensar en mudarse ahora, solo en tratar de ayudar al italiano, él había sido tan gentil. La salvó de esos pillos y aunque le robó un beso... dudaba que volviera a hacerlo.

Pero ese día le faltó coraje para hacerlo.

Al día siguiente la llamaron del aeropuerto para decirle que había un problema con la reserva del pasaje y debía ir personalmente.

No podía ser. La oficina del aeropuerto quedaba muy lejos tardaría mucho en llegar y se alejaría...

—Pero no puedo arreglarlo por teléfono? Por favor. Vivo lejos señorita. Y debo viajar el martes con urgencia.

—No podrá viajar si no soluciona esto. Su pasaporte no fue aceptado en la oficina de migraciones y necesitamos corroborar su identidad. Lo siento... es serio.

Lo era por supuesto.

Solo que se sintió chocada por tan insólito reclamo. ¿Acaso la acusaban de no ser ella Audrey Hamilton? ¿Estaban locos o qué? Argumentaron que la fotografía de su pasaporte estaba borrosa. Rayos. ... era increíble.

Tuvo que ir a la oficina administrativa del aeropuerto para solucionar ese asunto.

Mientras iba en el bus tuvo tiempo de mirar las fotografías de su pasaporte. No había nada extraño en sus fotografías, aunque tal vez había cambiado un poco, su cabello era corto y más redonda... bueno, tenía catorce años. Era normal que hubiera cambiado desde entonces.

Fue a la oficina procurando mantenerse calma, aunque estaba bastante molesta y nerviosa, tenía que le hicieran más problemas. No habían sido muy amables por teléfono.

Cuando entró en la oficina tuvo que esperar.

Esperar para ser atendida y luego, cuando la atendieron la miraron con cierta sorpresa.

—No sé qué ha pasado, pero creo que es un malentendido.

—¿Cómo? No comprendo. —Audrey estaba cada vez más alterada.

—Es que no sé por qué la llamaron. Usted misma ha cancelado esta mañana su viaje a Boston el martes.

—Pero eso no es verdad, debe haber algún error. Alguien me llamó esta mañana para decirme que no podría viajar si no solucionaba un problema con mi pasaporte.

La oficinista una joven de cabello color zanahoria todo rizado y espesas pestañas postizas la miró con una sonrisa, parecía tentada.

—Pero su vuelo fue cancelado, señorita Hamilton. Mire aquí... está cancelado, se canceló esta mañana... aguarde, le diré el motivo.

Buscó información en su portátil y tardó un poco en encontrar lo que buscaba al parecer.

Audrey sintió que estaba a punto de estallar. No podría aguantar ni un momento más toda esa confusión, la cosa parecía ir de mal en peor.

—Yo no cancelé mi viaje, por favor, debe haber un error. Debo viajar cuanto antes, debo regresar a mi país el martes.

—Aguarde... veré qué puedo hacer porque creo que hubo un error.

La joven suspiró aliviada. Eso era bueno, si era un error, entonces...

Pero la cosa no era tan sencilla, la chica burlona, que parecía tan alegre y segura de sí y la miraba como si fuera un poco tonta o lerda se mostró algo desanimada, súbitamente estresada mientras tecleaba y sujetaba el mouse del ordenador con una furia desenfrenada y bastante irritante a la vista.

Hasta cometió la poca delicadeza de lanzar un improperio.

Audrey la miró con frialdad y luego desaprobación, esperaba que al menos fuera capaz de arreglar ese embrollo.

—Disculpe... esto es muy extraño, señorita. Alguien canceló su vuelo, alguien lo canceló para venderlo a otro pasajero que tenía una emergencia. Es terrible sí, pero creo que debió haber una razón de peso.

—¿Qué? ¿Y acaso ustedes acostumbran a hacer eso? Me llamaron para decirme que no podría volar si no presentaba mi pasaporte, no que habían cancelado mi vuelo.

—Lo siento mucho. Creo que hubo un malentendido. No era su pasaporte el que fue rechazado, fue el de otra pasajera... o quizás quien la llamó se confundió. No era usted.

—Por favor, necesito viajar cuanto antes a mi país.

—Eso estoy viendo, pero.... Solo tengo disponible para el viernes próximo en la mañana.

—¿El viernes? Eso es casi una semana de espera.

—Es que no hay más vuelos, a menos que viaje a Nueva York y luego a Boston.

—Pues no puedo, perdería todo el día en viaje. ¿Sabe cuánto se tarda entre esa ciudad y mi lugar de destino? Más de cuatro horas, más trece horas de vuelo y será una eternidad lo que estaré en el avión.

—Sí, lo siento mucho.

Lo sentía mucho, no sabía decir otra cosa.

Su vuelo había sido cancelado y no había nada qué hacer. Una mano negra tocó su pasaje dio un clic con ese horrible mouse, tal vez el mismo que tenía esa joven y la borró con total impunidad para dárselo a otro pasajero que al parecer tenía más urgencia en viajar. Rayos, eso no tenía sentido.

—Pero ¿es que no puedo hablar con alguien para solucionar esto? —dijo Audrey desesperada.

La oficinista se puso algo tensa y la miró.

—Escuche, hoy es sábado, los jefes no vienen, pero si me llama el lunes veré qué puedo hacer—le respondió.

El lunes, claro... El lunes sería peor pues la misteriosa mano negra habría cambiado pasajes a su antojo o conveniencia y mejor sería asegurarse el viernes. Aunque no supiera ni cómo haría para pasar una semana más en ese antro de perdición.

—Resérveme para el viernes entonces, por favor... pero llamaré el lunes.

La oficinista dio un respingo, aliviada de que aceptara el cambio de pasaje. Pero Audrey no estaba nada feliz. Abandonó la oficina del aeropuerto contrariada y molesta. Tendría que avisarle al padre Andrew que no podía regresar el martes.

Su celular sonó entonces y su corazón palpitó al ver que era Taddeo.

Parecía saber que no estaba en su departamento o que quería hablar con él.



—Audrey, hola, ¿cómo has estado? —le preguntó.

—Bueno, estoy algo molesta en realidad ¿y tú? Tengo que hablar contigo.

—También yo preciosa, lo siento y... pero no es por eso que te llamé. Quería invitarte a Mantua. A buscar esa pintura. Sé que tienes que irte y me preguntaba si no querías...

—¿Cuándo?

—Mañana temprano, ¿puedes?

—No lo sé, tal vez...

—Por favor. Quiero que veas la pintura.

Su invitación era irresistible pero ese hombre la había besado y no podía ir con él al castillo de Mantua. ¿En qué estaba pensando?

Cuando salía de la agencia de viajes lo vio allí parado y tembló como una hoja.

—¿Qué haces aquí? —dijo alterada, todo ese asunto del billete de avión cancelado por una mano negra la traía de los pelos.

—Te vi de lejos y pensé que eras tú.

Verlo le provocó una rara emoción.

Él fue muy prudente y solo tomó su mano en son de saludo.

—¿Entonces es cierto que te vas? ¿Has venido a marcar los pasajes?

Ella asintió y tragó saliva, tampoco le hacía feliz irse.

—¿Qué pena!... ¿Cuándo te irás?

—El viernes próximo... porque al parecer alguien canceló mi vuelo. Me pregunto si alguien habrá jaqueado la cuenta o fueron esos incompetentes de la agencia de viajes... tenía planeado irme este martes, pero ahora no hay lugar hasta el viernes próximo.

Él sonrió levemente no pudo evitarlo.

—Entonces me alegra saberlo. Ven te llevo a tu departamento.

No pudo decirle que no.

Pero él le hizo preguntas durante el viaje.

—¿Por qué tienes que irte así? ¿Ibas a irte sin despedirte de mí?

—Iba a llamarte sí, pero... es que he estado ocupada con todo.

—Bueno, pero no puedes regresar sin ver el retrato.

Audrey sintió algo raro cuando dijo eso, lo vio sonreír y luego acelerar.

—No digas a nadie del retrato, que tú lo tienes por favor.

—¿Por qué dices eso?

—Ahora no puedo decirte, solo ten cuidado...

—Entonces vendrás mañana conmigo a Mantua? Por favor.... Debes ver el Castillo de San Miguel.

—¿Un Castillo?

—Sí, un Castillo.

Audrey no supo qué hacer, se sentía tentada a aceptar, pero...

—Bueno, iré, pero solo me quedaré a pasar el día, no me quedaré más que un día—le aclaró.

Él sonrió encantado.

—Por supuesto. Claro... te agradecerá Mantua. Bueno, antes de llegar quizás quieras almorzar.

Audrey aceptó, se moría de hambre y casi sin darse cuenta pasaron el día juntos. No pensó en el tiempo, pensó en lo triste que estaría cuando en una semana tomara ese avión y regresara al convento. Era todo tan precipitado...

No dijo nada por supuesto.

Pero se preguntó si sería prudente ir al castillo de Mantua con Taddeo.

Sabía que él estaba loco por ella, se le notaba, su mirada, su forma de tratarla como si fuera una hermosa y delicada flor. Era tan atento y caballero. Nunca había conocido a un hombre así.

Aunque en realidad nunca tuvo oportunidad de conocer muchos hombres, ninguno en realidad. No le interesaba salir con chicos como a sus amigas.

Esa noche le costó conciliar el sueño. No dejaba de pensar en Taddeo y que no debía ir... pero tenía que encontrar la oportunidad de hablarle de la pintura y advertirle. Él podía correr un serio peligro.

No podía dejar que esos malnacidos le hicieran daño a su amigo italiano.

Porque era su amigo.

Su amigo y nada más...

\*\*\*\*\*

Madrugó y fue a darse un baño. Tenía que estar lista para su última cita. Su despedida.

Claro que no era exactamente una cita.

Se miró en el espejo y cepilló su media melena llena de ondas y suspiró. Sus ojos grandes y verdes se veían algo asustados. Inquietos. No dejaba de pensar en ese contratiempo del viaje, en los seguidores de Satán que buscaban el retrato y en la muerte del padre Erasmus.

Cuando salía del baño lista y perfumada vio a Laura, la chica italiana.

—¿Te irás de paseo tan temprano? —preguntó intrigada.

Ella asintió.

—¿Has visto a Greta hoy? —quiso saber Laura.

—No. ¿qué sucede?

—Espero que nada, pero me parece que anoche no regresó. A menos que hoy se fuera temprano y no sé, tuve una rara corazonada al despertar, es que tuve un sueño feo con Greta y desperté gritando. Fui a su cuarto y no la vi, pero como ella es tan ordenada no sé si estuvo y dejó la cama tendida y perfecta, como lo hace siempre o directamente no durmió aquí.

—Pero ella sale con chicos a veces no duerme aquí—le dijo Audrey.

Laura lo negó.

—Pero ella me avisa si sale alguna cita de ese tipo, me avisa y no lo hizo. La llamé al trabajo y no contesta. No sé qué pensar. Temo que le haya pasado algo.

—Llama a la cafetería donde trabaja. Allí te dirán si fue a trabajar.

Laura dijo que era una tonta. ¿Por qué no se le ocurrió antes? Se quejó.

Su celular sonó, Taddeo estaba abajo esperándola.

—Audrey, trae ropa de abrigo por si refresca, dicen que habrá lluvia esta noche y bajará la temperatura—le avisó.

Audrey tomó un bolso y empacó ropa de forma automática como si fuera a quedarse unos días. Era tonto, pero prefería llevarla por si sucedía algo inesperado.

Luego buscó a Laura y vio que hablaba con alguien y esperó a que cortara el teléfono.

—Qué alivio... al parecer se fue temprano a trabajar y se enfadó porque la llamé...

—¿Qué sucede? ¿Por qué estabas tan nerviosa por Greta?

Laura esquivó su mirada.

—Es que la he visto rara últimamente, como asustada de todo. Dijo que vio a un hombre merodeando, con mirada fea, esas fueron sus palabras.

—Sí, también la vi rara, pero...

—Ya sé que no podemos vivir pensando que nos pasará algo malo, pero...

La llamada de Taddeo puso fin a la charla.

—Voy enseguida.

Al verla con una pequeña maleta de viaje Laura se quedó intrigada.

—¿Pero te irás de viaje ahora? Pensé que regresabas el martes a tu país.

—No... me quedaré hasta el viernes, pero descuida, regreso hoy de tarde o a última hora.

Iré a Mantua con Taddeo, pero no digas nada... si llaman preguntando por mí...

—Guau entonces pasarás el fin de semana con tu enamorado?

Audrey imagino que le diría eso.

—Llevas protección por si acaso?

—¡Oh cállate Laura! Solo iré a pasear no iré a lo que tú imaginas. Es solo un amigo.

La joven norteamericana estaba furiosa y algo avergonzada, pero la chica italiana la miró con suspicacia.

—Amiga, ese hombre quiere hacerte el amor. Si vas con él terminarás con un bebé en la barriga y no te aceptarán en el convento así.

—Basta, cállate. Estás haciéndome enfadar.

Laura sonrió con picardía.

—Espero que ese seductor sepa cuidarse. Bueno, nos vemos en unos días. qué te diviertas.

—Gracias.

Audrey se sintió mal que le dijera esas cosas, agitada de repente.

Ella no entendía que no estaba buscando una aventura, que no tenía esas intenciones con Taddeo. Era solo un amigo y punto. Qué mal pensada era la chica italiana, qué picardía decirle esas cosas.

Taddeo no era un perverso, no le haría ningún bebé ni tampoco iba a tocarla.

Apuró el paso nerviosa. Fue sonriente a reunirse con Taddeo cuando de pronto vio a un hombre de negro mirándola con fijeza desde la otra cuadra.

No le gustó nada ese hombre ni que estuviera pendiente de sus movimientos. Había algo maligno en su mirada. Pudo sentirlo a pesar de la distancia y entonces... al verse descubierto sonrió y se alejó en su auto negro. Salió disparado antes de que ella pudiera hacer nada.

Miró furiosa a ese sujeto y se preguntó si no sería el hombre que había estado siguiendo a Greta y preguntando por ella.

¿Acaso esa horrible secta la vigilaba? ¿Qué pensarían al verla entrar en el auto de un italiano guapo y seductor?

—Hola preciosa, ven, ¿sube... qué sucede?

Taddeo se dio cuenta de que algo no estaba bien y le preguntó al verla indecisa.

—Había un hombre recién, en un auto negro allí pero ahora no está. Ha estado siguiendo a Greta, la chica alemana y lo vi espiándome.

Taddeo lo buscó y se sintió frustrado al ver que se había ido.

—¿Cómo era ese hombre? ¿Viste su auto, la matrícula? —preguntó.

—No... fue todo muy rápido, lo vi recién cuando me acercaba a ti. Es un auto negro moderno, del que usan los ejecutivos de la ciudad. No era lujoso.

—Tal vez persigue a tu amiga alemana y quiso esperar que te fueras para ir por ella.

—Rayos, eso me deja muy intranquila... aunque ese hombre ha estado preguntando por mí, me ha seguido otras veces.

—Rayos... debe ser algún maldito perverso. Ten cuidado, Audrey, hay un chiflado aquí que se dedica a abusar de extranjeras. Tú siempre vas sola a todos lados... Bueno, ahora no debes preocuparte, yo cuidaré de ti. Tranquila. cuando volvamos trataremos de averiguar quién es. Ven,

sube, el viaje es largo preciosa.

Audrey subió a su camioneta nerviosa luego de dejar las maletas en los asientos de atrás, tenía que hablar con Taddeo de esa secta oscura que buscaba el cuadro, debía advertirle, pero cuando el auto arrancó casi no tuvo oportunidad, charlaron trivialidades y ella le contó del percance de ese día con su reserva de pasaje.

—¿Entonces ibas a marcharte el martes?

—Sí...

—Escapando de mí, supongo.

—No es eso... es que me pidieron que regresara cuanto antes.

—Supongo que saben de nuestra amistad.

Ella asintió.

—Por eso pensaron que debían alejarte de mí.

—Regresaré el viernes.

—Eso nos da más tiempo.

—¿Más tiempo? ¿Más tiempo para qué? Si tarde o temprano regresaré a mi país, a mi congregación. Eso no ha cambiado.

—Bueno, todavía tenemos una semana por delante... quién sabe. Tal vez logre convencerte de que te quedes.

—Señor Colonna, no es lo que cree... He venido con usted para conversar, nada más.

Él estaba muy concentrado manejando, pero de pronto tuvo un atolladero de vehículos por la ruta que conducía a la ruta A1 rumbo a Mantua. Al parecer todos los florentinos querían aprovechar ese día de sol al aire libre y el atajo que suponía la ruta A1 pues se tardaba dos horas y media en vez de una hora más por la otra ruta, o eso le explicó Taddeo después.

Al ver el atolladero Audrey ambos callaron, hasta que él habló y la miró con una sonrisa radiante.

—No te haré nada, lo prometo. Soy un caballero, hermana Audrey.

Ella lo miró ceñuda no muy convencida de sus palabras, pero muy firme en su decisión de evitar cualquier intimidad con ese hombre.

—Está bien...

Se sonrojó al sentir esa mirada profunda e intensa y de pronto vio una extraño símbolo en su cuello. Pero no dijo nada, tenía otros asuntos en qué pensar y cuando emprendieron la marcha a toda velocidad no tardón en quedarse dormida de repente, no pudo evitarlo. Su auto tenía un andar rápido y muy cómodo y además llevaba días durmiendo mal.

O tal vez fuera Taddeo que tenía un efecto sedante sobre ella. Lo cierto es que mientras contemplaba ese bello paisaje se quedó dormida.

\*\*\*\*\*

Llegaron al Castello de San Michelle en Mantua poco antes del mediodía y la visión que tuvo del antiguo edificio medieval fue algo soberbio y hermoso.

Audrey se acercó y tuvo la sensación de que viajaba en el tiempo. Las torres de piedras, los jardines repletos de plantas y flores. Un lugar magnífico, sacado de los cuentos. Su fachada de piedra sus jardines tan bien cuidados.

—Es hermoso—dijo encantada.

—Tú eres mucho más hermosa—le respondió él osado.

Ella lo miró ceñuda pero no pudo estar enfadada mucho tiempo.

—Ven, descansemos un poco y luego te llevaré a recorrer toda la propiedad.

Audrey lo siguió y descubrió que por dentro era igualmente bello con muebles antiguos en tono oscuro.



Unos empleados se llevaron su equipaje.

Estaba cansada y hambrienta así que cuando la cocinera anunció que el almuerzo estaba listo ella sintió que su estómago rugía.

—¿Quieres almorzar ahora o...?

—Sí.

No dijo más para que no supiera que estaba desesperada.

El comedor era un sitio magnífico e inmenso, con una larga mesa que seguramente era usada para recepciones más importantes.

Comieron en silencio y cuando de pronto él le preguntó por ese asunto del que quería hablarle ella vio un criado cerca y se crispó.

—Ahora no puedo signore Colonna... luego, cuando estemos a solas—dijo nerviosa.

Eso le gustó, lo vio sonreír con picardía.

Audrey temía convertirse en una paranoica, pero le pareció ver una mirada rara en una de las mucamas que justo pasaba por allí. Luego descubrió que la miraban con curiosidad.

Mientras almorzaban un consomé de pollo y legumbres ella le preguntó dónde estaba su familia.

—¿Vive alguien aquí?

El italiano la miró.

—Este sitio es turístico, imposible vivir aquí queda lejos de todo, pero es muy interesante mantenerlo como atracción. Una parte al menos, aunque funciona como hotel durante casi todo el año. Los huéspedes se encuentran del otro lado del castillo—le explicó—Mi padre está de viaje, acaba de retirarse por completo del negocio familiar y me ha cedido el mando. Mi único hermano vive en Francia pues se ha casado allí con una chica que conoció en un chat. Es una historia bastante loca sí, pero a veces ocurre.

Audrey sonrió, otro italiano enamorado y romántico.

—Los franceses son muy románticos, o eso dicen.

—Es verdad, la chica es muy buena y dulce, logró hacer sentar cabeza al alocado de mi hermano. Tuvo suerte porque de esos chats no sale nada bueno. ¿Pero hálame de ti... qué dice tu familia de que te convertirás en una monja? Porque todavía no lo eres, eres novicia.

Audrey se sonrojó al sentir su mirada.

—Mi familia jamás se opuso, al contrario, siempre me han apoyado...

—Son muy católicos?

—Sí, pero no me obligaron a entrar en el convento, lo hice porque quería tener una vida distinta y porque me sentía en paz, a salvo.

—A salvo de qué?

Ella tragó saliva.

—De las pesadillas y esa presencia que...

—Tranquila, puedes confiar en mí.

—Lo sé, pero me cuesta mucho hablar de eso. me angustia... es que de niña siempre tuve la misma pesadilla, me veía a mí caminando por un sendero oscuro y algo maligno esperaba que llegara, pero no podía ver su rostro y... Era un demonio.

Taddeo la miró con fijeza, conmovido por su relato.

—Cuando comencé el noviciado las pesadillas desaparecieron. Me sentía en paz. Esto no se lo dije a nadie, no sé por qué lo hago ahora...

—Entonces querías escapar de algo maligno que te amenazaba.

Audrey asintió.

—Y además sentía que ese era mi hogar, mi nueva familia. Allí no había reprimendas,

caras largas y pude hacer amistad con chicas de mi edad que también eran religiosas. Todo cambió, porque tenía pocas amigas en la escuela, era como un bicho raro para ellos.

—Me imagino, siempre se burlan de que son diferentes. ¿Pero nunca has querido casarte, tener hijos al menos?

—No... No estoy hecha para ser una esposa y mucho menos madre.

—Qué te da más miedo, el matrimonio, la maternidad o el sexo?

La joven lo miró escandalizada y tragó saliva.

—No es que me dé miedo, no me da miedo nada de lo que ha mencionado, señor Colonna.

—¿Ah no?

—Nunca he sentido la necesidad de tener sexo con ningún hombre, ni tampoco con una chica supongo. Pues a veces dicen que las que son monjas tienen otra inclinación y por eso toman los hábitos. Bueno, dicen cosas horribles de nosotros...

—¿Y ningún joven trató de acercarse a ti?

—Siempre fui muy tímida y jamás fui a las fiestas de la escuela. Allí siempre pasaban cosas.

Él la miró con intensidad y ella desvió la mirada inquieta.

—Siempre hablamos de mí, por favor, hableme de usted señor Colonna.

El italiano la miró con intensidad.

—No hay mucho misterio en mí, hermana, soy coleccionista, heredero, filántropo y...

—¿Eres creyente? ¿Crees en Dios?

Esa pregunta pareció incomodarle.

—No soy muy creyente, me inculcaron la fe católica pero luego comencé a cuestionarme muchos dogmas y dejé de creer.

—Se alejó de Dios...

—Bueno, tal vez, un poco. Realmente no siento la necesidad de creer en un Dios, mi pasión es la verdad, el conocimiento y entender los enigmas del ser humano y la historia de la humanidad. La verdadera historia. No la que nos contaron como un cuento navideño.

—Es usted muy escéptico.

—No soy un ateo rabioso, pero la religión suya hace aguas por todos lados y como todo buen barco que se hunde trata desesperadamente de salvarse y sobrevivir.

—Mi religión no se hunde, está equivocado. Nosotros tenemos una misión muy importante y... sé que hubo muchos problemas en la Iglesia católica, que hay personas que han hecho mucho daño, pero eso se terminó. Todos serán juzgados. Todos fueron apartados de sus cargos.

La mirada del italiano se volvió risueña, casi burlona, como si no le creyera.

—¿Su misión? ¿Cuál es su misión?

Audrey tragó saliva.

—Hacer el bien, dar el ejemplo. Luchar contra el mal en sus infinitas formas.

—Discúlpeme, pero ¿de qué hablas preciosa? ¿El mal en sus infinitas formas?

—Lo siento, no puedo decirle más, pero nosotros no somos religiosos comunes. Por eso no llevo hábito y tengo cierta libertad para viajar. Pertenezco a la orden los soldados de Cristo. Pero no tengo un puesto importante, porque soy mujer y porque todavía no he tomado los hábitos.

—¿Y lo hará? ¿Dejará todo para ser una monja? ¡Qué triste!

—Eso piensa usted porque me ve como una mujer común, usted mira las superficies, el envoltorio no lo que hay adentro.

—Claro que veo lo que hay adentro. Un alma buena y pura, una mujer encerrada en una cápsula de mentiras religiosas.

Audrey sintió que le subían los colores al rostro.

—Se equivoca. ¿Cápsulas de mentiras? Nunca me han dicho algo semejante. No estoy encerrada en ninguna cápsula y...

Taddeo hizo un gesto con las manos.

—Está bien, lo siento, no quise ofenderla. Sé que pensamos diferente pero no pretendí atacarla.

La llegada del postre, un delicioso helado de chocolate nueces y trozos de chocolate amargo fue la pausa que necesitaba para que se eliminara la tensión reinante por la religión, era algo de esperar. los católicos eran poco queridos en muchos rincones del mundo y había fallas sí, ella lo sabía y por eso tenía ciertas dudas a veces.

—¿Y usted está decidida a tomar los hábitos? ¿Lo hará cuando regrese? —preguntó el italiano mientras devoraba el postre lentamente.

—Sí, lo haré.

—¿Y no teme arrepentirse luego? Qué pasaría si luego quiere dejar la orden o...

—Señor Colonna, eso no pasará. No es un internado de señoritas rebeldes es una forma de vida y de entender la fe. No es como casarse, tener un trabajo, es mucho más complejo. Si no hubiera estado segura no habría ingresado a la orden.

Él la miró con tal tristeza cuando dijo eso que Audrey se sintió mal. Ese hombre la amaba en silencio, podía sentirlo. Había empezado como un coqueteo, pero había algo más, lo intuía y ella no podía corresponderle, no podía hacerlo y quizás...

—Debe probar este vino, señorita. Es de nuestra cosecha de uvas—dijo él abriendo una botella servida en la mesa.

Ella pensó que era temprano para beber vino.

—Es que yo nunca bebo, señor Colonna—le dijo inquieta.

—Oh no diga eso por favor, señorita. ¿Qué hay de malo en beber una copa de vez en cuando? ¿También es pecado?

Audrey tragó saliva.

—Seguimos normas y la bebida no está permitida en mi congregación, ni el cigarrillo ni los vicios de jugar.

—Pero ahora no está usted en la congregación, está en Italia y son sus últimos días aquí... por favor. Quiero que pruebe este vino y me dé su opinión. Es un nuevo emprendimiento. Beba un sorbo, nadie lo sabrá. Se lo prometo. Solo para saber si es bueno o no.

Tanto le insistió que Audrey tomó la copa y bebió un sorbo y luego otro. Era delicioso... rayos. nunca había probado algo tan rico.

—Es rico, aunque algo pesado.

El la miró fijamente.

—¿Entonces nunca ha ido fiestas ni bebido alcohol?

—Una vez, hace tiempo, pero no pasó nada. Solo bebí una cerveza y me dio sueño.

—Vaya... bebió una cerveza. ¿Y qué dijo su madre?

Sin darse cuenta bebió el vino pues el postre le había dado sed, era muy dulce.

—Mi madre se enfadó porque me embriagué y me castigó... un chico se me acercó y quiso propasarse... me asusté y caí y además me golpeé la cabeza y tuvieron que coserme. Todo salió mal.

—¿Qué edad tenías?

—Dieciséis. No era una fiesta en realidad, solo el cumpleaños de mi mejor amiga. Pero ella invitó a chicos y otros fueron sin invitación.

Audrey sintió angustia al recordar el hecho, porque no fue ese tonto de Ned que andaba

atrás de ella desde que tenía memoria, sus dos amigos Tim y Robert le cerraron el paso. “Besa a la virgencita, Ned, aprovecha ahora que está ebria” ...

—¿Te hicieron daño?

—No... pero mi padre pensó que sí y me llevó al forense y él me vio desnuda. Me sentí horrible. nunca antes... sé que era un médico de cadáveres sí pero mi madre estaba histérica y temía que me hubieran abusado.

—Lo siento.

—Luego de eso supe que quería ser monja, que quería vivir entre personas distintas. Personas buenas y espirituales. Mi madre me asfixiaba, todavía lo hace. No ha dejado de llamarme desde que llegué porque teme que me secuestre una mafia y me quiten algún órgano.

Taddeo sonrió tentado y luego se disculpó.

—Señorita, si un mafioso se fija en usted le aseguro que lo único que querría quitarle sería la ropa.

Audrey enrojeció.

—Nunca permitiría que un hombre me hiciera eso.

Él la miró con intensidad y su voz se convirtió en un susurro.

—¿Y si estuviera enamorada de él?

—Eso es imposible.

—¿Imposible? ¿Cree que nunca podría enamorarse?

Audrey dijo que no lo sabía.

—No lo creo posible—agregó. —Tengo otras metas en la vida, además, el amor de un hombre no es lo mismo que el deseo ¿verdad? el deseo por el sexo.

—No, no lo es, pero el deseo es un buen comienzo. Sin deseo dudo que pueda nacer el

amor.

Ella no entendió por qué lo decía, pero pensó que esa conversación era peligrosa.

—Señor Colonna, yo no vine aquí porque quisiera experimentar el deseo o...

—Lo sé, vino a ver el retrato porque la intriga saber qué hay en él y yo se lo enseñaré luego.

—Y debo regresar temprano, hoy, no puedo quedarme.

—Sí, por supuesto. Descanse que luego la llevaré a recorrer el castillo. Venga, yo la acompaño.

Ella lo siguió alerta, mirando todo a su alrededor. Notó que dos criados la miraban con expresión pensativa a la distancia.

La puso muy nerviosa porque estaba a su merced en esos momentos. ¿Y si realmente le había echado algo al vino para luego seducirla y perderla en el pecado de la carne?

—Por aquí, Signorina—le dijo él.

Ella lo siguió y fue a hasta su habitación. Estaba algo alejada del comedor principal, al final del pasillo. ¿Cómo sabía que ocuparía esa habitación? ¿Acaso le había preguntado a su criada? Se mostró muy seguro y cuando entró una mucama estaba sacudiendo algo.

Al verlos entrar los miró asustada.

—Lo siento signore Colonna, es que no tuvimos tiempo de preparar la habitación.

Él la miró algo molesto.

—Está bien, puede irse—le respondió.

La habitación era hermosa, acogedora, con retratos de la virgen, un crucifijo sobre la cabecera de la única cama que allí había. Los muebles parecían algo antiguos.

—Bueno, estas mucamas son descuidadas, pedí que preparan la mejor habitación de



huéspedes, pero no les dio tiempo...

—No se preocupe señor Colonna, la habitación es perfecta.

—Me alegro que le agrade, señorita. Si necesita algo hay un teléfono en su mesa de luz que comunica con la servidumbre, solo tiene que levantar el tubo y suena de forma automática.

—No será necesario.

—Espero que no, pero... el baño está en la puerta roja de la esquina, allí tiene la sala de aseo y también la sala de vestir.

Ella le agradeció todo y apenas se marchó fue a cerrar la puerta con llave.

Lamentaba hacer eso, no le gustaba, parecía descortés pero no podía correr riesgos.

Había sido muy osado ir a ese lugar, tal vez él fuera muy caballero, pero sospechaba que intentaría algo. Rayos... tal vez se quedara encerrada allí hasta que terminara su estadía.

Se sentó en una de las poltronas, pero la cama la llamaba, estaba realmente cansada y necesitaba descansar... pero nada más tenderse unos minutos sintió que la cama la abrazaba por completo. Y la devoraba lentamente... Sintió los párpados pesados, y no tardó en quedar profundamente dormida.

\*\*\*\*\*

Tuvo la sensación de que había dormido demasiado y tal vez lo hizo hasta que una luz cegadora sobre su rostro la despertó.

Sintió todo el cuerpo pesado como si...

Recordó los últimos acontecimientos y tembló, pues luego de beber ese vino sintió un sueño pesado y él le dijo que fuera a descansar.

Tembló al comprender que quizás le había puesto algo en el vino y luego...

Miró la cama y vio que no había nada extraño. Nada que delatara que había pasado algo

entre ellos... solo que no entendía por qué había dormido tanto. Debía ser de noche...

Buscó su celular y vio dos llamadas perdidas, una de Laura y otra de su madre.

No le sorprendió la de su madre, pero se preguntó por qué había dormido tanto, eran más de la siete y...

Corrió a darse un baño pues pensó que quería regresar limpia.

Luego se sintió molesta por haber perdido tanto tiempo durmiendo cuando pudo haber disfrutado la tarde recorriendo el castillo.

Apenas le fue posible salió de la habitación a buscar a Taddeo o eso pensaba pues cuando quiso abrir la puerta la encontró cerrada con llave.

Tembló cuando notó eso. acaso la habían dejado encerrada?

Sintió que sus mejillas se humedecían lentamente al comprender que el hombre que había creído un seductor y alegre italiano no era más que un sinvergüenza raptor que la había drogado y encerrado para hacerle cosas horribles...

Tragó saliva y procuró serenarse, respiró hondo mientras luchaba por dominarse. No podía perder los nervios tan pronto, primero debía saber qué estaba pasando a lo mejor la encerró por su bien, porque temía que huyera o...

Ey, eso tampoco era bueno. ¿Encerrarla por su propio bien? ¿De veras? ¿Y eso quién iba a creerlo?

Luchó con el picaporte una y otra vez y luego se rindió porque estaba cerrada con doble llave. Pero al menos debía golpear la puerta y avisarle a alguien que...

Entonces recordó que él le dijo que tenía un teléfono para comunicarse con la servidumbre y se acercó para buscarlo y de pronto lo vio allí en la mesa de luz y corrió a tomarlo.

Tomó el teléfono y suspiró aliviada al sentir la línea.

—Signorina inglesa, ¿qué sucede? —le preguntó una empleada.

—Estoy encerrada aquí, me quedé dormida hoy... todo esto es muy extraño, pero no puedo salir de la habitación.

—Aguarde, enviaré a una de las mucamas.

—¿Dónde está el señor Colonna?

—El signore Colonna tuvo que ir a ver algo del otro lado me parece, no lo he visto regresar todavía.

No le dieron más explicación que esa.

Se había quedado dormida toda la tarde en el castillo y eso la asustaba. No era lo que habría deseado para empezar. Tenía que hablar con Taddeo, pedirle que la llevara de inmediato a su departamento o se haría tarde...

Aturdida buscó su celular, debía avisarle a Laura para que no se preocupara y además enterarse por qué la había llamado.

—Audrey...

Su voz se oía angustiada.

—¿Qué pasó Laura? ¿Por qué me has llamado?

—Es que hace cosa de una hora estuvo un hombre muy extraño preguntando por ti. Pensó que Greta eras tú y quiso llevársela. Ella está muy asustada y no quiere salir a la calle. Dice que ese hombre era muy malo y que lo había visto antes.

—¿Pero ¿qué le dijo?

—Preguntó por Audrey Hamilton, y como ella le dijo que no sabía quiso meterla en su auto.

—Rayos... llamó a la policía?

—Sí pero no le hicieron caso porque logró escapar. Greta está tan aterrorizada que no

quiere salir hoy, suspendió todas sus cosas y dice que regresará a Berlín. No quiero estar sola.  
Por favor... ¿cuándo volverás?

—Creo que hoy a última hora, pero no sé... todavía no he podido hablar con Taddeo sobre eso. Es que me quedé dormida luego del almuerzo y recién desperté. Escucha, si no regreso hoy regresaré mañana temprano.

Necesitaba tiempo, rayos... No había podido ver la pintura. Ni hablarle de la peligrosa secta satanista que la buscaba. Necesitaba tiempo y... tal vez tuviera que quedarse hasta mañana.

—¿Te quedaste dormida con ese guapo millonario? Rayos...

Audrey sintió que se le subían los colores al rostro, aunque no la tuviera en frente sabía de qué hablaba.

—No es lo que crees... no pasó nada solo que bebí una copa de vino durante el almuerzo. Es que comimos tarde y... creo que me cansó el viaje.

—Oh vamos, no te culpo, debiste sentirte tentada.

—No, no... escucha, tú tienes otras cosas más importantes de qué preocuparte.

—Aguarda, no cortes la llamada. ¿Qué está pasando, Audrey?

—No pasó nada.

—No me refiero a tu desliz, me refiero a por qué hay un hombre maligno buscándote. ¿Por qué una religiosa tiene gente rara preguntando por ella? Greta me aseguró que no es la primera vez y que ese hombre hace días que está aquí, montando guardia no sé por qué.

—Aguarda, ¿entonces es el mismo hombre?

—Tal vez, pero Greta lo conoce, lo ha visto antes. Yo sospecho que quiso llevársela, pero...

—Pues es muy raro porque si es el mismo ese tipo vio que yo me iba hoy temprano con Taddeo. ¿Por qué regresaría?

—Bueno, él no sabía que tú te ibas lejos con tu enamorado. Audrey... quién es?

—Es que no lo sé... no sé nada de es. Quizás fue alguien equivocado.

—Oh por favor, Audrey. ¿No es un pecado mentir? Dime qué rayos está pasando porque hasta yo que no soy melindrosa me estoy asustando.

Audrey guardó silencio.

—Es que no sé qué está pasando, no sé quién es ese hombre, cuando Taddeo quiso ver su auto desapareció. Es frustrante, pero no me culpes de ello. No te estoy mintiendo, realmente no sé quién es ese hombre, pero por favor, si vuelve a aparecer llamen al 911. Debes hacerlo.

—Pues no lo sé, Greta está tan cagada que no quiere ni salir a la calle, a ningún lado, el tipo quiso meterla en su auto... pero al parecer alguien se dio cuenta de que no era Audrey Hamilton, lo dijo con claridad.

—Es un intento de rapto, debe denunciarlo. Quizás sean de una mafia, volverán a hacerlo.

—Te buscan a ti, tonta, te quieren a ti, deben saber que eres una monja o algo así. Aquí todo se sabe... pueden querer venderte al extranjero. Audrey... no regreses al departamento mañana, quédate unos días con el italiano.

—¿Qué?

—¡Diablos! Escúchame una vez. si te buscan regresarán por ti. Lo harán. Saben dónde encontrarte, pero allí lejos estarás a salvo.

—Es que no puedo quedarme aquí tantos días...

—Temes la tentación de la carne supongo.

—No hay ninguna tentación solo que esto es demasiado. Ustedes también corren peligro.

—A mi no me harán nada, soy italiana y no tan guapa como ustedes. Sabes que esos pervertidos buscan chicas extranjeras para hacerles cosas.

Audrey tembló cuando cortó el teléfono. Era demasiado.

¿Qué rayos estaba pasando? Se sintió muy intranquila y por supuesto que debía postergar el regreso al departamento.

Solo que la aterraba pasar la noche a solas con ese italiano. sus miradas, sus preguntas... parecía ansioso de saber cosas de ella, de conocerla como si fueran una pareja o se estuvieran conociendo. Eso no le agradaba, pero no veía cómo pararlo.

Finalmente fue una criada para abrirle la puerta.

—Estaba abierta... pero se cierra por fuera por seguridad. Hay huéspedes en el castillo y no es seguro a veces... Mire.

La mucama le mostró cómo se cerraba y era una tontería, no se había dado cuenta de que se podían echar los cerrojos.

—Nadie me explicó antes—dijo contrariada.

—Lo siento, señorita.

Audrey salió de su habitación y avanzó a tientas y deseó encontrar a algún criado, pero no vio a nadie y de pronto comprendió que se había perdido. No tenía ni idea de dónde estaba y sospechó que había estado caminando en círculos.

El sonido de unos pasos la puso alerta, alguien se acercaba.

—Preciosa.

Era él, Taddeo. Apareció de repente y le sonrió.

—Te habías perdido ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque fui a tu habitación recién y no te vi. Te ves asustada.

—Es verdad, no sé donde estoy.

—No te preocupes. Aquí estoy. ¿Preguntabas por mí, querías verme?

—Sí, es que pasó algo horrible. intentaron secuestrar a Greta y estoy muy nerviosa.

Taddeo se puso serio.

—¿Qué? ¿Pero cuándo pasó eso?

—Hoy a la tarde... Laura me llamó, pero yo me quedé dormida.

—Sí, eso pensé... pero no te preocupes, ven, siéntate un momento y cuéntame qué le pasó a tu amiga.

Audrey lo siguió y fueron a una salita repleta de muebles y tesoros antiguos.

Allí se sentaron un momento y ella le contó del incidente.

Taddeo se mostró preocupado.

—¿Y crees que sea el mismo hombre y hoy temprano?

Audrey asintió.

—Es que Greta no quiere hacer la denuncia, está tan asustada que... Laura me dijo que no regresara hoy y que me quedara aquí unos días, pero no puedo dejarlas solas, no estaría bien.

—Audrey, tranquilízate. Es evidente que tú no puedes hacer nada más que quedarte aquí hasta que yo averigüe qué ha pasado. Pero no te preocupes, tengo muchos amigos en Florencia. No tardaré en averiguar quién está detrás de esto, pero mientras eso sucede tú te quedarás aquí.

—¿Qué? No puedo quedarme aquí más días, tengo que tomar un vuelo el viernes.

—¿Y prefieres que ese pervertido te encuentre antes del viernes y no puedas volver a tu país y termines en la cama de un psicópata?

Ella comprendió que Taddeo tenía razón, no era prudente regresar ahora, pero la llenaba de angustia no saber.

Entonces pensó en los satanistas, quizás no fuera un perverso sino simplemente alguien que quería saber dónde estaba el retrato del infierno de Dante.

—Tranquila, yo haré algunas llamadas.

—Es que no sé si sea un perverso o alguien que intenta llegar al retrato que te mencioné.

Él la miró sorprendido.

—¿Te refieres a ese bosquejo desconocido de Caravaggio?

Audrey asintió y miró a su alrededor nerviosa.

—No sé si pueda hablarte aquí. Es algo delicado y...

—Por favor dime quién ha estado siguiéndote, qué escondes niña yanqui porque no podré protegerte si no me dices la verdad.

Ella esquivó la mirada.

—No me llames niña yanqui.

—Lo siento, pero es que me exaspera que un ángel como tú tenga tantos secretos.

—No soy un ángel tampoco, soy un ser humano y trato de ser buena persona. No escondo nada, pero me han pedido que no divulgue esto con nadie, el padre Andrew es mi jefe por llamarlo de algún modo, aunque no creo que le agrade ese epíteto, pero...

—Un voto de silencio supongo. Pero todavía no eres monja, ¿verdad?

—No, no lo soy, pero lo seré si paso esta prueba. Y si lograra encontrar el retrato todos me admirarían y verían que soy especial.

Su sonrisa se esfumó.

—Pero pequeña eres especial de todas formas, pocas jóvenes bonitas de tu edad se meterían de monja y renunciarían a todo.

—No soy especial, tengo dudas, no sé si quiero ser monja, me da miedo que... tal vez no



estoy hecha para ser miembro de esa congregación porque es muy peligroso y rayos... estoy asustada no quiero que le hagan daño a Greta por mi culpa.

—¿Tienes dudas?

Ella secó sus lágrimas y lo miró.

—Es que ellos no me dicen toda la verdad. la congregación esconde muchos secretos y me enteré de todo esto casi de casualidad. Eso me llenó de dudas porque ahora quieren que regrese y lo olvide todo. después de haber pasado meses investigando sobre ese retrato... después que me dijeron que tomara este tiempo y este viaje como un nuevo aprendizaje y lo ha sido, pero ...

—¿Qué sucede principessa? ¿Por qué estás tan asustada?

Audrey lo miró atormentada.

—Es que no puedo contarte todo Taddeo, hice un juramento, pero de cierta forma vine a advertirte... ese retrato... Hay una secta de seguidores del demonio que lo quiere encontrar para destruir porque ese retrato encierra un misterio, es la clave para saber cosas del maligno que no deben ser reveladas jamás a sus seguidores.

Mientras hablaba sintió pasos cerca y se estremeció. Ese lugar tenía muchas sombras, oídos y se levantó del sofá inquieta buscando saber quién estaba merodeando.

—Calma, no hay nadie aquí, solo nosotros.

—Pero oí pasos recién... siento cosas aquí, miradas, desde que llegué.

—Calma, son mis empleadas curiosas de conocer a la futura conde de Mantua.

Audrey lo miró desconcertada, pero al ver que su anfitrión sonreía comprendió que bromeaba y que le decía que las empleadas eran chicas curiosas que creían que ambos eran novios o algo así. No había nada maligno en ellas, él insistió en eso.

—Pero es que no puedo hablar aquí, siento que alguien está escuchando nuestra conversación.

Se sintió como una paranoica, pero fue a verificar que no hubiera nadie cerca.

—Ten calma, ¿sí? Mírame. Estás a salvo aquí. Tengo un sofisticado sistema de seguridad y te aseguro que nadie vendrá sin ser detectado. Pero por favor, dime qué está pasando, creo que debo saberlo en algún momento, ¿verdad?

—Sí...

—Ven, siéntate...

Audrey obedeció y se sentó a su lado. ambos se miraron y de pronto él la abrazó despacio y ella tembló porque necesitaba tanto ese abrazo.

—Tranquila, yo cuidaré siempre de ti preciosa.

Ella lo miró confundida pero no dijo nada, temía hablar y que alguien escuchara, pero se quedó en sus brazos sintiendo su corazón latiendo con fuerza, sin parar, el suyo, el de ella también...

Pero el peligro acechaba y debía encontrar el coraje de elegir qué debía hacer: revelar un secreto prohibido por su orden o dejar que esos malvados la encontraran en el castillo y les robaran el retrato luego de dar cuenta de ellos. Porque habían matado al padre exorcista sin pestañear porque se había acercado demasiado a la verdad. y la vida de Taddeo podía correr peligro también y eso la hacía sentirse enferma. Era su amigo y le apreciaba. Quizás Dios lo puso en su camino para que viera el retrato y eso debía ser protegido. No quería que le pasara nada...

\*\*\*\*\*

Al día siguiente despertó inquieta, angustiada, pues había tenido horribles pesadillas y eso la angustió mucho. abrió los ojos y su alivio fue inmenso al descubrir que solo era un sueño.

Luego se preguntó dónde rayos estabas porque no estaba en el departamento con las chicas y suspiró, claro, estaba en el Castello de Mantua junto a Taddeo.

Anoche se habían quedado conversando hasta tarde luego de hacer una recorrida por el

interior del castillo. Cenaron y ella se sintió tanta paz de repente, como solo había sentido en el convento.

Había estado tan asustada de pasar la noche en el castillo con el italiano, pero luego de cenar él fue muy prudente y dejó que una mucama la guiara hasta su habitación. Pues se perdería si no lo hacía.

Ella entró y echó los cerrojos enseguida, nerviosa pensando que...

¿Qué haría si él intentaba entrar y hacerle algo?

Pero eso no pasó y no tardó en quedarse profundamente dormida.

Ahora al recordar pensó que era una boba al pensar que ese italiano podía intentar hacerle el amor. No lo haría si ella decía que no y lo mantenía a raya. Además, tenía otras cosas de qué preocuparse ahora. Tenía que hablar con Laura y saber qué había pasado y luego avisarle a su madre que...

Tragó saliva al comprender que no podía contarle nada de lo ocurrido o se pondría histérica. Debía ocultarle la verdad. Mentirle. Y eso no le gustaba... pero si no hablaba con ella ahora pensaría que la tenían secuestrada o algo peor.

Así que tomó el celular y llamó a su madre para avisarle que estaba bien.

—Audrey, te escucho lejos...

Ella tragó saliva esperando que no se diera cuenta que no estaba en el departamento de Florencia.

—Mamá, estoy bien, es que recién me levanté y es domingo. Tengo mucho sueño todavía.

—Sí, claro. ¿Y cuándo regresarás? El padre Andrew dijo que regresarás el martes.

—Es que no. Justamente le avisé ayer que tuve un problemita con el pasaje, me quedé sin lugar y tuve que cambiarlo para el próximo viernes.

—Qué pena que te vayas sin terminar el curso. No entiendo por qué...

—El padre me pidió que regresara antes, me necesitan en la congregación—inventó.

Una mentira más, otra a la lista, pero era necesario.

Una mucama llegó entonces con una bandeja con un abundante desayuno y le preguntó si había dormido bien.

—Sí, gracias.

—El señor Colonna dijo que la espera a las diez para recorrer la pradera. Traiga un abrigo porque está fresco. Ha bajado la temperatura, abruptamente.

Taddeo le había dicho algo de eso, que allí en ese lugar estaba más frío y le pidió que se llevara algo de abrigo.

Desayunó poco y luego fue a darse un baño y cambiarse esa ropa de cama pues se sintió ridícula con ella, la mucama la había mirado sorprendida como si llevara un disfraz cómico, pero se contuvo, aunque estaba segura que tuvo ganas de reírse.

Luego de la ducha buscó algo moderno, aunque sabía que nada de lo que llevaba podría ser apropiado para la estancia en un Castello italiano.

Entonces pensó que no había llamado a Laura y corrió por su teléfono.

Laura no la atendió, esperó que no fuera grave, quizás estaba durmiendo así que le envió un mensaje a WhatsApp.

Él la esperaba en la sala principal mientras hablaba por teléfono. Parecía algo tenso.

Notó que hablaba y luego al verla la miró con intensidad. Cada vez que la miraba así ella temblaba. No sabía por qué, nunca antes le había pasado de que un hombre llamara tanto la atención y le despertara cosas... no era porque fuera guapo, no era lo físico, había conocido hombres guapos y seductores en ese país y mucho antes, pero eso no despertaba nada en ella.

Era cariño, quizás apego o... no quería analizar demasiado lo que le pasaba cada vez que él la miraba así.

—¿Cómo estás preciosa?

Ella se sonrojó.

—Me siento como una hippy aquí, no tengo nada que sea apropiado.

Él sonrió.

—Estás hermosa, Audrey... Eres dulce y sencilla y eso me encanta. No te preocupes por nada. Ven, demos un paseo.

Ella miró a su alrededor encantada, era un lugar magnífico unos jardines repletos de espesuras, de plantas exóticas, flores... era hermoso. Se detuvo a mirar cada planta, cada flor mientras contemplaba el lago a lo lejos.

Hacia allí se encaminaron mientras Taddeo le contaba la historia extraña de ese castillo.

—En el pasado un conde Colonna raptó a una bella novicia de un convento...—sonrió tentado—se enamoró de ella de una forma virulenta y extraña... la joven se dirigía a su convento en una procesión con otros penitentes que la cuidaban y velaban por su integridad cuando ese conde la vio y se enamoró y eso que ella estaba cubierta de pies a cabeza, pero sintió su voz dulce cantar una canción. Esa voz hizo que despertara cosas en su corazón y sin saber que era novicia la siguió, tomó su caballo y buscó al ángel dueño de esa voz. Era una novicia que viajaba al convento para tomar los hábitos. Había pasado gran parte de su vida en un convento y al crecer su padre decidió enviarla a uno, pero mi antepasado la vio de cerca y decidió que esa joven sería suya...

Audrey tragó saliva por la forma en que la miró.

—Pero en ese entonces una novia no podía... no podía dejar el convento y casarse.

—Pues no tuvo opción, el conde Ercole Colonna se llamaba, raptó a la novicia y la encerró en esa torre que ve a la distancia.

Ella miró y vio que era un edificio pegado al castillo principal.

—¿La raptó?

—En ese tiempo era común, porque luego del rapto una joven perdía la posibilidad de casarse o de entrar a un convento. Caía en desgracia... la pobre novicia fue raptada, pero era rebelde, pasaba el día entero rezando. No quería saber de nada con las atenciones del conde. Hasta que una se rindió a él y aceptó ser su esposa... solo que los padres de la joven no estaban felices con ese rapto ni con mi ancestro y se dice que intentaron matarle en más de una ocasión y se desató una guerra encarnizada entre ambas familias. Luego tuvieron un bebé, pero eso tampoco trajo paz...

—Pobrecita... la encerró y luego perdió a su familia.

—Estaba muy enamorado de la bella novicia y decidió que no quería dejarla ir. Aunque se dicen que era una condesa triste que añoraba el convento y en su habitación mandó construir una especie de capilla junto a un mueble llamado reclinatorio donde ella pasaba toda la mañana rezando y haciendo penitencia.

Audrey se sintió algo inquieta al saber esa historia pues notó que él no dejaba de mirarla, de acercarse y en un momento le preguntó si había averiguado algo de lo ocurrido con su amiga Greta.

Él pareció no comprender la pregunta hasta que tuvo que repetirle pues cuando se ponía nerviosa su italiano no era bueno.

—Están vigilando, pero no han visto nada sin embargo... hay un hombre que siempre está cerca, sospecho que es del auto negro. Dice que hace tiempo que te sigue, te sigue a todas partes Audrey. ¿Acaso se ha acercado a ti o te dijo algo?

Ella se tensó, espantada.

—He sentido que me siguen sí, pero pensé que era algo maligno, el diablo, señor Colonna.

—¿El diablo? ¿Por qué la seguiría el diablo, señorita? ¿Porque es un ángel, tal vez?

—No bromeé por favor... desde que llegué a Italia, al poco tiempo sentí algo extraño... primero tuve que adaptarme al idioma, a los gritos y también a lo atrevidos que son algunos italianos con las mujeres. La vida de aquí además es diferente pero luego sentí que me seguían y pensé que era usted, es que lo vi varias veces...

—Es verdad, te seguía por todas partes.

Audrey se sonrojó.

—Pero al parecer no era yo, hay un hombre que la sigue y al parecer es peligroso, señorita Hamilton.

—Peligroso, ¿cómo?

—Bueno, no estoy seguro del todo, pero hay ciertas sospechas de que se trata de un hombre poderoso, un mafioso sureño que siempre persigue extranjeras jóvenes e inocentes. se las lleva a su mansión del sur y luego... desaparecen.

Ella sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿Desaparecen?

—Sí... y lo hace tan bien que no deja pistas. Las chicas simplemente se esfuman en el aire.

—Eso es horrible... ¿por qué no lo atrapan?

—Porque no hay pruebas suficientes y como son chicas extranjeras con problemas nadie las busca... pues seguramente huyeron de su hogar porque eran maltratadas o abandonadas. No es su caso, claro, usted tiene una familia y a mí. yo no permitiré que nada malo le pase, pero ... escuche, no quiero asustarla, pero tampoco ocultarle la verdad. si llega a ser ese hombre, ese pervertido psicópata sureño usted no puede regresar a Florencia por un buen tiempo.

—Pero no puedo quedarme encerrada en su castillo, señor Colonna. Eso tampoco es la solución.

—Por un tiempo... si es ese hombre usted no podrá subir a un avión segura señorita. Deben atraparlo primero y por desgracia sus amigas corren peligro. Debe hablar con ellas, advertirlas para que abandonen ese edificio. Porque si se trata de ese psicópata...

Audrey se sintió muy alterada cuando supo eso y lamentó no haber llevado su celular consigo, pero se dijo que llamaría en cuanto llegara.

Sin embargo, ella pensó que tal vez no fuera un depredador como creía Taddeo y mientras guardaba silencio le habló del retrato.

—Debo hablar con usted ahora Taddeo... es sobre el boceto del infierno de Dante.

Sabía que era inoportuno y precipitado, pero necesitaba alejarlo, apartarse. Quizás se fuera cuando viera el retrato, debía irse cuanto antes. No había sido buena idea aceptar su invitación, había sido una locura.

—¿Qué sucede? Se has puesto pálida, Signorina.

—Es que hay personas muy malas que buscan el retrato. Lo buscan para destruirlo. Porque en ese retrato está la forma de invocar al diablo, de atraerlo y eso es un secreto. Pocas personas lo saben y te ruego que no lo divulgue, no lo mencione con nadie esto porque hice una promesa de guardar silencio, pero temo que.... Quizás el hombre que ha estado siguiéndola sea uno de ellos.

—¿Uno de ellos? ¿Quiénes?

—Existe una secta de adoradores del demonio, no sé su nombre porque el padre no quiso darme más detalles, solo me dijo que debía irme cuanto antes porque ellos estaban tras el retrato y era peligroso que supieran que yo lo buscaba también.

—Señorita Hamilton, no le temo a esa secta. ¿Qué podrían hacerme?

—No me cree ¿verdad?

—Sí le creo, pero no creo mucho en hechicería y demonios. Son fábulas de las personas simples que necesitan creer en algo e inventan cosas. Pero si hay personas que creen que esa



pintura es tan poderosa creo que se llevarán una gran desilusión.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no es más que un boceto inacabado de algo que pudo ser más grande y brillante. Por desgracia. De todas formas, es muy valioso. No entiendo qué esperan encontrar en él.

—Debería verlo para saber, para tratar de descifrar el mensaje.

—¿Y cree que podrá?

—Me han dicho cómo hacerlo, pero nunca me dijeron que fuera tan peligroso. Señor Colonna, tal vez usted no sea creyente, pero debe tener cuidado. Espero que no haya tratado de vender ese boceto en este país o... que no le dijera a nadie que lo tiene. ¿O sí lo hizo?

—Bueno, tengo contactos. Pero su preocupación me conmueve señorita.

—No se burle por favor, esto es serio. Podrían matarle para apoderarse del boceto.

—Exagera. Por favor. No crea esa historia de que... ¿y quién querría hacerme daño por la pintura?

—Los que adoran al demonio, señor Colonna.

—¿Quiénes son? ¿Los conoce usted?

—No...

—Pero hace años que tengo ese retrato, aunque en realidad no lo sabía y lo único que me alegra es que por su causa usted aceptó visitarme aquí.

—Vine a advertirle, porque yo regresaré a mi país y estaré a salvo, pero usted corre peligro señor Colonna. Por favor créame.

—Le creo, pero de haberme querido quitado del medio y robado mi pintura lo habrían hecho hace tiempo.

—Ellos tal vez no sabían que usted la tenía, señor Colonna.

—Tal vez...—no parecía muy convencido. —O quizás no lo sepan nunca. Tampoco tengo la certeza de que sea el retrato.

—Pero usted quiere vender ese lienzo y eso es peligroso.

—Es que no puedo tener esos bosquejos que podrían ser útiles a un coleccionista. Los descubrí hace tiempo por error, estaba buscando un retrato y encontré aquí esos dibujos.

—Entonces no los compró ni...

—Eran los tesoros de mi padre, señorita. Los tenía escondidos y los encontré de casualidad... como también soy coleccionista supe al instante que eran muy valiosos. Sé de arte, señorita. Tengo una galería y en un tiempo fui crítico y también impulsé nuevos artistas.

Audrey se quedó pensativa y de pronto dijo:

—Usted dijo que personas extrañas le habían preguntado por el retrato. ¿Lo recuerda?

—Así es, lo mencionaron, pero yo negué saber nada de eso.

—¿Y si ellos se enteran, si alguno de sus criados dice algo? ¿Es que no se da cuenta de lo peligroso que es?

—Bueno tampoco tengo la certeza de que sea el retrato que usted busca en realidad.

Habían llegado al otro lado del lago y ambos se sentaron casi a la vez en un banco de madera que había cerca. La vista era magnífica. Todo era verde, rojo, amarillo, era un paisaje tan colorido que se habría quedado todo el día allí, toda la vida y de pronto pensó en la novicia raptada por un ancestro de Taddeo. ¿Realmente se habría sentido desdichada viviendo en un lugar tan hermoso? ¿O quizás lo que le parecía aborrecible era tener que dormir con su esposo?

Audrey sintió pena de la monja, no creía que eso fuera en realidad una historia de amor, historia de un rapto algo muy común en la Edad Media.

—Se oye muy confiado, señor Colonna. Pero esto es serio. Esa pintura da detalles inquietantes sobre el demonio y su paradero. Por eso quieren destruirlo.

—Pero destruirían el bosquejo no a mí. Yo no soy de ninguna religión, ni niego ni tampoco asumo nada. Creo que se llama agnóstico.

—Perdió la fe porque dijo haber sido creyente en el pasado.

Él sonrió, pero luego se puso serio. El pasado parecía atormentarlo de alguna forma. Algo había pasado que lo hizo dejar de creer.

—En realidad es un poco más complejo que eso, señorita, pero no quiero abrumarla con recuerdos tristes. Me halaga que se preocupe mucho por mí señorita. Eso es lo que más me agrada de esto. Es saber que no le soy indiferente como pensaba.

—Señor Taddeo, no se haga ilusiones por favor. Soy una monja y en menos de una semana regresaré a mi país y nunca más volveremos a vernos.

—Por favor, no diga eso. Me entristece ¿sabe?

—Es la verdad.

—Pero no quiero que se vaya tan pronto.

—Por más que me quedara eso no cambiaría nada. He tomado una decisión de vida, señor Colonna y si estoy aquí no es por lo que usted creía. Vine a advertirle. Pero usted no parece darle importancia a lo que le dije...

—Quiere cuidar de mí, eso me conmueve. Es una mujer muy dulce y tierna, Audrey. Sería la esposa ideal del hombre más afortunado del mundo.

—Oh por favor, ¿qué dice? Exagera.

Él se puso serio de repente.

—No, no exagero Signorina. Solo digo la verdad. Sé que es así, lo intuí en cuanto la vio por primera vez.

—Pero eso no es lo que deseo hacer en esta vida, signore Colonna. No quiero ser propiedad de un hombre jamás. —las palabras fueron dichas con cierta rudeza y determinación,

algo inusitado en una monja tan joven y de carácter tan dúctil y afable.

—¿Eso piensa del amor y el matrimonio, Signorina? —le preguntó él.

—Sí.

—Y como en los viejos tiempos una mujer que no se casa debe tomar los hábitos? ¿Así piensan en su familia?

Ella lo miró sorprendida por sus palabras.

—Por supuesto que no. Mi familia no tuvo nada que ver con esto.

—Pero han de ser muy religiosos supongo.

—Sí.

—¿Y decidieron dar una ofrenda a Dios y sacrificar su bella pequeñita?

—Nadie me sacrificó, ¿qué dice? Eso es absurdo. —Audrey sintió que sus mejillas redondas le ardían.

—Peor que eso: la convencieron de hacerlo. De entregar su vida a Dios.

—No es así, no es como lo ve usted. Es lo que quiero hacer ¿comprende? Tengo vocación. Y no me imagino siendo la esposa de un hombre ni tampoco teniendo hijos, encerrada en una casa, pendiente de un marido y de niños que lloran, gritan y son insoportables, nunca podría.

—Pero yo me la imagino casada y con muchos niños. Como la madre más dulce y bondadosa, ¿sabe?

Audrey comenzó a fastidiarse.

—Eso es un estereotipo de mujer. Es lo que usted sueña y piensa que ese papel me iría bien. Pero no es así, yo no soy así.

—No... es lo que anhela mi corazón, solo eso. convencerla de ser mí esposa un día.

—¿Su esposa? Está loco, señor Taddeo.

—¿Solo porque deseo que sea mía un día?

—Pero apenas me conoce y... es imposible. Lo que usted sueña es un imposible. Además, yo sería la menos indicada para eso, se lo aseguro.

—No diga eso, me rompe el corazón. No puede decirle eso a un hombre enamorado, además, porque los enamorados no conocen la palabra sensatez ni prudencia. Yo no estoy loco, sé que es usted y lo supe en cuanto la vi en la sala de ese Castillo.

Audrey sonrió.

—Quizás usted me ve bonita y se deja tentar por las apariencias, pero por dentro no soy una chica común, no busco esposo, ni siquiera novio. Nunca me interesó. De haberlo querido no estaría en una congregación.

—Pero todavía no tomó los votos definitivos.

—Estoy a prueba, pero en poco tiempo será la ceremonia y sé que me aceptarán.

—A menos que descubra que no es lo que quiere hacer en esta vida, a menos que se enamore de un hombre y piense que solo quiere estar a su lado para siempre.

Ella se estremeció cuando dijo esas palabras, aunque fingió que no pasaba nada por dentro sintió algo muy raro...

—Eso no pasará, por favor deje de soñar. Odiaría que se hiciera ilusiones y luego... no quiero que sufra después. Usted debe tener alguna mujer que quiera ser su esposa, debe tener de dónde escoger.

—Tal vez, pero no le he pedido a ninguna que sea mi esposa. Ni quisiera que eso pasara. Pero sí se lo pediría a usted sin pensarlo dos veces.

Y cuando dijo eso se le acercó y la abrazó. Fue tan rápido que Audrey no pudo escapar ni reaccionar.

—¿Qué hace? Déjeme, está loco... esto no puede ser.

Él la miró de esa forma que la hacía estremecer, solo la miró y luego la besó. Un beso ardiente y desesperado. Ella se resistió, pero no pudo era un hombre fuerte y de alguna forma logró domeñarla, logró que dejara de luchar.

—Usted será mía un día preciosa, no importa qué deba hacer ni cuánto deba esperar—le dijo entonces.

Ella lo miró furiosa por el beso robado y quiso irse ese mismo día. Sabía que había sido una mala idea quedarse, ese hombre solo pensaba, solo quería que fuera suya... quería sexo.

—Déjeme, por favor, ¿qué hace?

Audrey lloró y entonces él la liberó.

—Yo la amo, preciosa y solo quiero cuidar de usted, no le haré daño, nunca podría...

—Pues yo no siento lo mismo por usted, ¿es que no lo ve? Solo siento un afecto tibio, amistad, pero hasta eso ha cambiado cuando noto que solo quiere aprovecharse de mí.

—No me aprovecharé de usted, solo fue un beso.

Estaba loco por ella, a pesar de su inexperiencia Audrey lo sabía y también sabía que ella no podía corresponder a su pasión de forma alguna y quedarse allí solo sería una tentación, algo incorrecto que saldría mal...

—Creo que será mejor que regrese a mi departamento hoy, señor Taddeo.

Audrey se alejó muy molesta, pero él la siguió y la abrazó por detrás.

—Tranquila, no volveré a hacerlo, lo prometo, pero no se vaya por favor. Todavía no... déjeme averiguar quién ha estado siguiéndola. Odiaría que algo malo le pasara, por favor.

Ella comprendió que tenía razón, pero no era correcto que la abrazara así y él se apartó enseguida.

—Lo siento mucho, de veras, pero no se vaya.

—Entonces deje intentar llevarme a la cama italiano, no soy boba. Sé lo que planea y supongo que por eso me trajo aquí, tenía esa esperanza, pero quiero que sepa que yo no voy a dormir con usted nunca así que deje de intentar convencerme de lo contrario.

Él sonrió levemente.

—Está bien, lo acepto. No la haré cambiar de idea.

Ella regresó molesta al castillo pensando que su paseo se había arruinado por completo. Entró a su habitación tiritando porque no había llevado suficiente abrigo y además estaba nerviosa. Disgustada. La había besado, había vuelto a hacerlo, pero esta vez había sido distinto.

Audrey lloró al comprender que, aunque en su cabeza todo estaba perfectamente en orden su corazón sentía otra cosa, su cuerpo también sentía cosas... le había gustado ese beso, el sabor de su boca y cuando se dio un baño notó que su braga se había mojado con algo que... fue una reacción normal de una chica que le gustaban los besos de su enamorado. Solo que ella no era esa chica y nunca antes se había quedado húmeda por un beso robado.

Comprendió que no era tan fuerte como pensaba y que debía escapar de ese hombre cuanto antes y evitar que le hiciera el amor como planeaba porque si eso sucedía lo perdería todo: sus sueños, sus planes, su vida en la congregación de los soldados de Cristo. Perdería la cabeza y luego terminaría como esa monja de la historia, raptada y con un bebé en la barriga obligada a convertirse en la esposa de su raptor.

Tembló al recordar esa historia pues tuvo un extraño presentimiento cuando se lo dijo. Como si pudiera viajar en el tiempo y ser esa novicia que cantaba en el bosque y ese hombre el conde raptor que se enamoró de ella y decidió perseguirla y encerrarla en la torre. Los italianos eran así, ardientes, vehementes y un poco locos. Cuando querían una mujer la perseguían y la tenían... no todos imaginaba, no todos eran así de locos, pero sospechaba que Taddeo Colonna era uno de ellos. La deseaba, quería que fuera suya y ese día le dijo que la amaba y esas palabras habían calado hondo, la habían conmovido y tuvo que fingir que estaba furiosa, en parte lo estaba

sí, pero le pasaba algo más, algo que no podía entender ni quería analizar demasiado, pero estaba allí, podía sentirlo...

\*\*\*\*\*

Cuando salió del baño se sintió mejor, más fresca y relajada, pero se dijo que ese día no saldría ni el siguiente, se quedaría allí confinada hasta que el italiano la llevara de regreso al departamento.

Un sonido en la puerta le provocó un sobresalto. Era un golpe que parecía tímido y tembló al pensar que podía ser él tratando de hablar con ella...

No atendió.

Hasta que escuchó la voz de una empleada decirle que le había llevado el almuerzo.

Entonces atendió. Se moría de hambre.

Abrió la puerta y miró a hurtadillas por si Taddeo estaba cerca.

Pero no había nadie.

Comió en su habitación sintiéndose algo triste y deprimida de repente, no entendía bien qué le pasaba y eso la hacía sentirse así.

De pronto sonó su teléfono y tembló.

¡Laura! Había olvidado ver los mensajes es que allí todo era tan extraño, el tiempo, sus sentimientos...

Tomó el teléfono y vio que tenía tres mensajes y un audio de WhatsApp.

Dejó la bandeja con el almuerzo italiano de pasta y dos salsas distintas y suspiró.

Laura decía que todo estaba tranquilo pero que finalmente Greta había hecho la denuncia a la policía. Estaba asustada porque temía que ahora el tipo se vengara y solo hablaba de irse a Berlín. Pues allí no pasaban esas cosas.



Audrey decidió llamarla.

La chica italiana tardó en responder, pero finalmente lo hizo.

—Audrey... ¿cómo estás?

—Bien y ustedes?

—Allí vamos, asustadas las dos porque luego de hablar contigo y en la tarde vi un auto negro estacionado cerca del edificio. Estuvo todo el día allí y me costó un montón convencer a Greta...

Hablaba sin parar, nerviosa.

—¿Saben algo de ese hombre?

—Bueno, la policía estuvo bien, se mostraron muy consternado. Yo la acompañé a hacer la denuncia y no ha salido más. está muy asustada. No es para menos, el tipo la metió en su auto y dijo que la soltó porque descubrió que no eras tú.

—¿Pero no se acercó más?

—No... pero hay algo allí afuera...—Laura bajó la voz—los policías dijeron que es un lunático que ataca extranjeras. Hay varios al parecer y no saben cuál es porque ninguna de las fotografías que le enseñaron a Greta coincidía. Porque era un tipo bien vestido. Guapo.

—Laura, ten cuidado, no regreses de noche y...

—Tranquila, a mí no me quiere, soy italiana quiere a Greta o a ti. Mejor será que no aparezcas. Que te quedes allí unos días porque la policía vino y estuvo vigilando, pero no pueden estar aquí todo el tiempo. Greta quiere irse, pero yo trato de convencerla. Esto es horrible, no puede ser que deje sus estudios por culpa de un chiflado.

Audrey suspiró, apenada, angustiada por las chicas, se sentía mal por quedarse allí mientras ella lo pasaban fatal.

—Escucha, tengo que ir al departamento por mis cosas y no es bueno que se queden solas,

me siento mal por eso.

Y culpable, porque podían ser los satanistas que estaban detrás de su paradero.

—No, no vengas todavía. Si ese tipo te busca... tranquila. Quédate con tu millonario, no te hará mal descansar un poco.

—Es que no puedo quedarme aquí...

—¿Qué sucede, Audrey? ¿Pasó algo entre ustedes?

—No, no, pero... temo que pase algo.

—¿Acaso intentó hacerte algo?

—Me besó y me sentí muy rara, no sé qué me pasa. Tal vez sea este lugar...

—Ah vamos... El lugar. Claro... Audrey, asume que eres un ser humano y una chica enamorada de un italiano guapo y seductor.

—Exageras, no estoy enamorada.

—Vamos, te pasabas dibujando a ese tipo, lo veías hasta en la sopa y saliste con él.

—Pero no es lo que piensas.

—Pues yo creo que sí es... está loco por ti y eso te gusta. No lo niegues.

—¿Olvidas algo muy importante verdad?

—¿Qué quieres ser monja? Pues creo que no estás hecha para eso.

—¿Por qué lo dices? ¿Tú qué sabes de mí?

—Eres joven y bonita, y necesitas sentirte amada, eso es lo más normal y lo más natural del mundo. por qué reniegas de eso? Eres humana y necesitas el sexo, como todas. Es como comer, reír, respirar, es algo más.

—Pues yo no lo necesito, nunca lo he necesitado antes.

Laura dejó escapar una risita.

—¿Te das cuenta de que hablas en pasado?

—Pero es verdad, nunca antes...

—¿Y ahora qué?

—Pues no lo sé, supongo que es porque él me agrada y siento cierto cariño, pero no es amor.

—¿Cariño? Cariño se siente por un amigo, por un perro o un gato. No te engañes chica americana, esto es más que un cariño o simple apego.

—¿Tú cómo lo sabes? ¿Pretendes saber más que yo?

—Por qué enfada sentirte atraída por un hombre? Dicen que Cupido persigue a quienes huyen del amor, los persigue y les tira su flecha cuando menos lo esperan y yo creo que es verdad. Acéptalo hermana Audrey, usted no es tan santa ni tan pura como creía, es una mujer como cualquier otra y está enamorada de ese hombre.

—Oh claro que no... es que no puedo, no puedo decirte por qué acepté venir a Mantua, pero te aseguro que no es por lo que piensas.

—Pero te quedaste allí más tiempo del esperado. ¿Qué dirán tus amigos los curas cuando se enteren? Porque notarán que no estás aquí en el departamento.

—Ellos no tienen por qué enterarse, por favor no digas nada Laura. Te lo ruego.

—No diré nada boba, tranquila. Pero se enterarán igual, ¿no lo crees? Deja de intentar tapar el sol con un dedo.

Audrey sintió una rabia repentina cuando le dijo eso.

—¿Qué es lo que quieres decirme exactamente con eso?

—Es evidente que estás luchando contra algo, Audrey, y que esa lucha te provoca

conflictos. Quieres ser monja, quieres hacer el bien, quieres todo eso, pero conocer a Taddeo ha cambiado tus planes, te gusta, te atrae, sientes cosas y tratas de negarlo pensar que te pasará. En resumen: quieres tapar el sol con un dedo y eso no se puede.

—No es cierto.

—Sí, como digas. Veremos qué me cuentas en una semana.

—No me quedaré tanto.

Cuando Audrey cortó el teléfono se sintió mal, horriblemente fastidiada.

Si el padre Mateo se enteraba de que se había a Mantua con un hombre y se había quedado allí a dormir les contaría a sus superiores, al padre Andrew...

Temblaba de que alguien de la congregación pudiera llamarla y enterarse.

Lo sabrían tarde o temprano. No podía seguir ocultándolo, odiaba tener que hacerlo, no le gustaba mentir y no había hecho otra cosa desde hacía días...

\*\*\*\*\*

Al día siguiente pensó que no podía pasarse encerrada, debía hablar con Taddeo y pedirle que la llevara al departamento.

No era prudente hacerlo, pero ¿qué era peor? ¿Regresar a Florencia y ser capturada por un chiflado o quedarse en ese castillo y terminar en la cama con el italiano?

Salió temprano, luego del desayuno y buscó a Taddeo para pedirle que la llevara pues estaba decidida a regresar.

Cuando llegaba al salón principal, y lo hizo sin perderse por primera vez sintió pasos y luego vio sombras.

—Signorina, busca al señor Colonna?

Allí estaba esa mucama de ojos muy oscuros, cetrina al estilo morisco, quizás tuviera

sangre árabe o algo por el estilo. había algo maligno y burlón en su mirada y sin embargo era como su sirvienta oficial, la servía y sospechaba que también vigilaba a veces.

—Sí, ¿dónde está él? —replicó con decisión.

—El señor Colonna tuvo que salir muy temprano, pero le dejó una carta... está en su habitación.

—¿Salió?

—Sí, surgió un inconveniente y tuvo que viajar a Milán. Algo de una galería creo. No es importante, pero requería su presencia.

—Se fue hoy y cuando regresará?

—Hoy en la noche, quizás antes, pero por favor espere aquí. No se mueva del castillo y cuando vaya a su habitación eche los cerrojos porque hay turistas aquí y a veces se alejan y cometen infracciones. No está permitido que entren en el ala sur, la zona de residencia del conde y su familia, pero lo hacen, todo el tiempo.

—Está bien... sí, esperaré.

Se sintió horriblemente perdida sin Taddeo el resto del día.

Para colmo, Laura la llamó a media tarde para avisarle que Greta se había ido y ella no se animaba a quedarse sola en el departamento.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé, espero que mañana.

—¿No has hablado con Taddeo sobre eso?

—Es que hoy no estuvo, tuvo que irse y regresará hoy en la noche o mañana.

—Rayos... eso no pinta bien. y esto tampoco. Audrey...

—Que'?

—Ese cura amigo tuyo, lo he visto cerca merodeando y hoy cuando salía a comprar cigarros me preguntó por ti, si te había visto.

—El padre Mateo?

—Sí, ese muy guapo. Creo que está sospechando que tú no estás.

—No puede ser... tú que le has dicho?

—Le dije que estabas en casa de una amiga del curso y que te quedarías unos días.

El alivio de Audrey fue evidente.

—Gracias...—dijo.

—Supongo que nadie sabe que te fuiste con tu novio de vacaciones.

—Laura, por favor no empieces.

—Sí, sí... Y dime, ¿ya lo hicieron?

—¡No! Y no voy a hacer nada con Taddeo. Deja de preguntar.

—Está bien...

Audrey conservó la calma.

—Laura, ¿qué vas a hacer tú?

—Bueno, no sé, ya le avisé a la dueña que se había ido Greta y ella dijo que conseguirá otra estudiante. Tú te irás el viernes así que supongo que deberé quedarme sola. Mi madre está histérica, no sé cómo se enteró, pero quiere que regrese a casa o que vaya a lo de mi tía, pero ... yo no tengo miedo en realidad. Además, necesito quedarme.

Cuando cortó el teléfono se sintió mal por todo lo que había pasado y porque echaba de menos a Taddeo. Ese castillo parecía un laberinto, un lugar tan triste y solitario, a pesar de los bellos paisajes, de los tesoros que contenía... Era un lugar extraño, difícil de olvidar, todo sería difícil de olvidar en realidad.

Su teléfono sonó entonces.

Era Taddeo.

—Audrey... discúlpame, es que tuve que irme y no regresaré hasta mañana. Surgió algo inesperado, pero ... escucha. Hay muchas cámaras de seguridad y es un lugar muy seguro, pero por si acaso no te alejes mucho. No te pediré que te quedes encerrada, pero...

—Sí, ya lo sé, me lo dijo una de las mucamas. Es que no quiero quedarme sola aquí, este lugar me da mucho miedo ahora.

—Tranquila amor, estarás bien cuidada. Es un lugar muy seguro.

—Pero es que quiero volver a mi departamento, están mis cosas allí y Greta se ha ido, Laura también quiere irse...

—¿Te refieres a las chicas con las que compartías el piso?

—Sí...

—No te preocupes por eso, puedo pedir que retiren tus pertenencias.

—No... no hay problema, yo iré, pero es que no puedo quedarme más tiempo aquí. Van a enterarse y me castigarán. El padre Mateo ya sospecha...

Audrey sintió que su voz sonaba histérica a esa altura.

—Pero no tienes que tener miedo. tranquila. solo será un día más, mañana te llevaré.

—Mañana no me llevarás, te conozco. Tú quieres encerrarme aquí, hacer lo que ese conde le hizo a la novicia...

Taddeo se rio cuando le dijo eso, no se ofendió, pero ella estaba cada vez más tensa, más nerviosa.

—No voy a encerrarte, solo quiero que estés a salvo. El viernes tomarás un vuelo y regresarás a tu convento en Boston y si eso no pasa vendrán todos los curas a buscarme. Estoy

seguro. Así que no tienes nada que temer. Yo no soy un malvado, no voy a hacerte nada.

—Pero tú quieres que sea tuya, me lo dijiste.

Él demoró en responderle.

—Es verdad, pero nunca te haría daño, preciosa.

—Lo sé, pero ... no he dejado de mentir desde que vine aquí y eso no está bien.

—Bueno, lo siento. Hablaremos cuando regrese, lo prometo.

Audrey se sintió más tranquila luego de hablar con él y desahogarse.

Le dijo cosas que quizás no se habría atrevido personalmente.

Su teléfono sonó entonces y tuvo ganas de lanzarlo por la ventana más próxima.

Cuando vio el número del padre mateo pensó que estaba frita porque él debía saber que ya no estaba en el departamento. Debió notar que no estaba y...

Había hecho amistad con ese padre y tal vez estuviera preocupado, pero...

Si no atendía pensaría que le había pasado algo.

Tomó el teléfono y atendió temblando.

—Hola, padre Mateo.

—Hermana helena, qué bueno oír su voz. Me tenía preocupado. Hace días que no la veo en su departamento.

—Es que tuve que hacer un viaje...

—¿Un viaje? ¿Entonces regresó a Boston?

—No... pero hice una excursión con unos amigos del curso de arte—inventó.

—Hermana, tenga cuidado. No es bueno que usted viaje sin avisarle a nadie.

—Es que quise recorrer un poco Italia antes de irme. Voy a extrañar este país.



—Hermana Helena, temo por usted... Me han dicho que hay unos hombres vigilando su departamento.

—Sí, lo sé... pero tendré cuidado al regresar, no se preocupe.

—Por favor avíseme cuando lo haga, envíeme un mensaje para saber que está bien, es que me siento un poco responsable de usted. Siento que debí advertirle.

—Padre Mateo, usted no es responsable nada. Estoy bien, puede estar tranquilo.

—¿Está seguro de eso, hermana?

Audrey tardó en responder.

—Sí.

—Hermana Helena, los italianos son hombres muy seductores y bandidos. No les importa hacer muchas cosas malas con tal de tener lo que desean. Nada les detiene. Si desean una mujer la tendrán, pero solo es deseo. No es amor verdadero.

Audrey sintió que su corazón latía acelerado.

—Padre usted sabe que...

—Sí, lo sé, por eso estoy preocupado, pienso que fue mi culpa, debí advertirle...

—Pero no es lo que piensa padre, se lo juro... no vine aquí porque pensara en una aventura amorosa yo...

—Está bien, confío en usted solo que temo que la lastimen. Usted es muy inocente y confiada pero ese hombre es un seductor y un bandido. La lastimará y le romperá el corazón y usted lo perderá todo así que todavía no perdió la cabeza, si todavía está a tiempo regrese a Florencia y venga a la capilla. Aquí estará a salvo hasta que pueda regresar a la congregación, hermana Helena. Por favor no dude en llamarme, solo avíseme y podré ir por usted.

Audrey le dijo que tenía una misión que cumplir y que luego se iría.

No le dijo más que eso. Luego le prometió que le avisaría.

Sin embargo, sabía que no lo haría.

La incomodaba que el padre le hablara así de Taddeo, que se metiera tanto en su vida. Por más buenas intenciones que tuviera. Él siempre quiso que se quedara en la casita de la iglesia para que pudiera cuidarla, al parecer no le agradaba que viviera con dos jóvenes estudiantes.

Pero lo que más la inquietaba era que sabía que estaba con Taddeo y si sabía eso no tardaría en averiguar dónde estaba. Aunque no se lo preguntó abiertamente dijo sentirse responsable además de decirle que Taddeo era un italiano seductor y malvado. Que solo quería aprovecharse de ella.

Estaba más que fastidiada que todos se metieran en su vida, que le aconsejaran, que interfirieran...

Ella había ido para ver el cuadro y no regresaría sin saber si era auténtico y luego avisaría al padre Andrew que lo tenía. Pero nadie debía enterarse. Mejor que pensarán que se había escapado con un italiano porque él la había seducido, aunque desde luego eso tampoco era favorable para ella...

\*\*\*\*\*

Taddeo regresó a media mañana y decidió ir a verle para pedirle que la llevara de regreso al departamento.

Verle allí parado en el comedor le provocó un sobresalto, algo extraño e inesperado.

Él la miró y sonrió.

—Hermana Audrey, ¿cómo está usted? Lamento haber tenido que ausentarme.

Ella se sonrojó al sentir su mirada intensa y luego tembló sintiéndose más tonta que nunca.

—Estoy bien, pero debo regresar... el padre Mateo sabe que estoy con usted y si él le cuenta al padre Andrew estaré frita.

—¿Frita?

—Sí... aunque ellos se enterarán de las verdaderas razones de mi estancia aquí... pero no será sencillo explicar que en realidad me quedé aquí más tiempo del que debía.

—Bueno, sí, lo entiendo. Tranquila. Escucha, puedo hablar con el padre Mateo si quieres, y garantizarle que estás bien y no te he hecho ningún daño y también decirle por qué estás aquí sin mencionar nada del retrato pues imagino que nadie sabe de eso.

—No, lo sabe, pero...

—Audrey, escucha, están vigilando el edificio, la policía está cerca pero ese hombre pervertido ahora no está, al parecer no ha vuelto a aparecer, pero yo me pregunto si se fue porque notó que no estabas y está esperando tu regreso.

—No puedo vivir con miedo, en unos días me iré, regresaré a mi país y debo ir al departamento por mis cosas.

—Sí, es verdad, pero quédate unos días.

—No puedo quedarme, por favor, debo regresar hoy y hablar con el padre Mateo, no quiero que piense que yo sucumbí y que soy una monja pecadora y falsa. Tú no entiendes, tengo una reputación que quedar y todo esto... yo me dejé llevar, estaba asustada sí, pero...

—Está bien, te llevaré hoy en la tarde. Lo prometo. Quédate tranquila.

No, no podía estar tranquila, ni lo estaría hasta que regresara al departamento.

—Ven, te llevaré a ver el retrato—dijo de pronto Taddeo.

Esas últimas palabras la tranquilizaron de inmediato.

La invitación parecía inesperada y ella aceptó encantada.

—Le ruego que no toque nada, por más tentada que se sienta pues iremos a una bóveda donde hay objetos muy valiosos que tienen una temperatura especial para que no se estropee...

—No tocaré nada, por supuesto.

Se sintió como una niña reprimida.

Él sonrió.

—Y tampoco se aleje de mí porque es un lugar de difícil acceso. Guardo esos bocetos a resguardo, con ciertas precauciones.

—Entiendo, por supuesto... le agradezco que quiera enseñarme el retrato.

Él se detuvo y pareció vacilar cuando llegaron al primer entresuelo.

—Signorina, debo pedirle que no diga a nadie que estuvo aquí. No lo mencione a su congregación. Si luego le preguntan... no quiero tener el Castillo lleno de curas curiosos ni tampoco a un grupo de locos fanáticos.

—Pero si es el retrato original... debo protegerlo, debo decir que está aquí.

—El retrato es de mi familia, Signorina, no tengo obligación alguna de exhibirlo ni venderlo ahora, a menos que me den mucho dinero. Pero en todo caso es privado. Y secreto. Comprende. Si comparto con usted este secreto es porque se lo prometí y siempre cumplo mis promesas, pero comprenda el honor que le hago. Confío en usted para mostrarle un tesoro prácticamente.

—Se lo prometo señor Colonna, le prometo que no diré nada ni tampoco tocaré nada. Y le agradezco mucho que confíe en mí, yo no defraudaré su confianza. Solo que si es boceto es auténtico usted corre peligro, señor Colonna.

Él la miró.

—Usted me preocupa más, presiento que la embaucaron y traicionaron, su propia gente, la de su religión.

—Eso no es verdad. por qué dice eso?

—¿Ah no? Pues alguien habló más de la cuenta.

—O tal vez se enteraron por espías.

—Espías conectados a su gente, señorita, a los de su secta.

—No es una secta.

—Pero no son como los demás católicos, ¿verdad? Tienen misiones, cazan demonios...

—Eso siempre ha sido así solo que es secreto. Pero hay padres exorcistas, aquí y en todas partes, y también debemos estar atentos porque el mal nunca descansa.

—El mal la persigue a usted y eso es por sus amigos religiosos. No la protegieron, no la cuidaron y creo que la utilizaron.

—Eso no es verdad.

—Vamos, está frente a usted, solo tiene que abrir los ojos. Se ha puesto en peligro porque alguien le dijo que buscara una pintura de la que solo unos pocos oyeron hablar, una pintura que es el cebo para atraer todos los males de este mundo incluyendo a esa secta de loquitos adoradores de Satán. No puedo creer que esté tan ciega Signorina.

Ella no respondió y aceptó acompañarle a ver la pintura, en esos momentos solo quería verla y avisarle al padre Andrew y pedirle ayuda, aunque no sabía qué podía hacer él pues casi no confiaba en los religiosos católicos que la habían ayudado a su llegada a Italia. Pero confiaba en el padre Andrew, de eso no tenía dudas.

Llegaron a un lugar remoto y escondido, luego de atravesar más de tres escaleras y pasillos oscuros y habitaciones. Audrey tuvo la sensación de que se encontraba en un laberinto.

Era una habitación especial, aislada. Escondida. Y con muchos cerrojos y cámaras de seguridad. Allí debía guardar sus tesoros.

Entraron con sigilo, luego de poner la clave que abría la segunda puerta.

Notó que había un complicado sistema de alarma difícil de manejar y tuvo un extraño presentimiento. Algo extraño e inquietante. Como si algo maligno estuviera cerca, muy cerca...

—Por aquí Signorina, no tema... todo está filmado y nadie podrá entrar sin desatar todas las alarmas.

Audrey lo miró asustada.

—No es eso lo que me preocupa, es lo que hay aquí dentro.

—Aquí dentro solo estamos nosotros, Signorina. ¿Qué dice?

—Hay algo aquí.

—¿Qué dice?

—Algo maligno.

—Tal vez sea yo, Signorina.

—No diga eso, señor Colonna, por favor. No es verdad.

Él sonrió levemente y su mirada se volvió enigmática.

—Pues no hay nada más aquí que usted y yo, Signorina.

Ella no dijo nada, pero esquivó su mirada.

Entraron en otra habitación y ella notó que había una luz mortecina y le costaba un poco descifrar lo que había a su alrededor.

El ambiente parecía haberse enrarecido de repente. Se había vuelto más denso. O tal vez solo lo imaginó, pero allí había algo y ahora lo sentía más fuerte.

El cuadro, el bosquejo, no aparecía por ningún lado y no habían hecho más que adentrarse más en ese laberinto de habitaciones vacías, corredores y escaleras y ahora que habían llegado a destino nada pasaba...

Y de pronto apareció, cubierto por un lienzo como si fuera un fantasma. Audrey tembló.

Entonces el retrato existía y no era un boceto, cuando el italiano lo descubrió lanzó un hondo suspiro. No podía ser, era el retrato acabado del infierno de Dante, ese que no existía, que

no era más que un rumor.

—Bueno, aquí está. ¿Qué piensa usted? Es una desilusión, ¿verdad?

Audrey se acercó para verlo de más cerca. Tenía en su celular los detalles de lo que debía ser el dibujo del infierno de Dante, su viaje imaginario al infierno convertido en un libro que se convirtió en clásico. Era un cono infernal invertido y lo que se veían eran los condenados cayendo al vacío, a las llamas o siendo torturados por el arco central del infierno. El círculo de Caín donde iban los pecadores más terribles. Conocía muy bien ese texto, lo había estudiado de adolescente y luego cuando escuchó del retrato se dedicó a buscar toda la información posible.

Pero ella no veía ni a Dante ni a Virgilio por ningún lado, se suponía que el poeta favorito de Dante lo guiaría por el infierno, le mostraría el camino, pero entonces la teoría era que Virgilio le había llevado allí para mostrarle donde se escondía el diablo. Era una de las teorías de quienes habían visto el lienzo y estudiado, antes de que desapareciera misteriosamente durante muchos años, tantos que se dudaba de su existencia. En ese retrato había muchas alegorías del católico medieval, como había sido Dante Alighieri. El libro de la Divina Comedia era el viaje de Dante en busca de la verdad y la justicia. Él mismo fue el juez al ordenar sus personajes en el infierno, purgatorio o paraíso.

Taddeo la miraba con intensidad, intrigado de saber si era el retrato que buscaba.

—¿Ha leído la Divina comedia, señor Colonna? —le preguntó ella.

El italiano sonrió y asintió.

—Lo más raro, complejo y emocionante del libro está en el infierno, pero cuando lo dije mi profesor de lengua me miró con expresión maligna—respondió Taddeo.

—¿Uste dijo eso, señor Colonna?

—Sí, fue hace años, era adolescente y decía siempre lo que pensaba. Por eso los profesores me tomaron rabia y me volví muy popular entre mis amigos. Sí, yo era el bravucón,

además.

—Pues lamento desilusionarle, pero no sé si este sea el retrato pues no veo ni a Dante ni a Virgilio por ningún lado y además... creí que estaba acabado y lo está, pero no es el retrato. Aunque es muy extraño en realidad... porque según veo es una ilustración del círculo de Caín así le llamó Dante al centro del infierno donde los condenados eran torturados por demonios y por Caín. Es una obra magnífica sí al estilo Caravaggio, pero no es el retrato que buscamos. Lo siento mucho...

Su desilusión fue evidente.

—¿No lo es? —dijo Taddeo sorprendido.

—No... me temo que hice el viaje en vano. Pero es mejor... no vale la pena ponerse en tanto riesgo por un retrato que tal vez ni siquiera exista.

—¿Está segura, Signorina?

—Bueno, no se parece al retrato que me enviaron hace tiempo... lo tengo en mi celular.

Aguarde.

Y ella le mostró el retrato de Dante siendo guiado por Virgilio a un lugar fantasmal donde estaba el diablo agazapado en un rincón. Más que retrato parecía un grabado.

—Es una ilustración del retrato, no es el original, pero no diga nada a nadie que lo ha visto ni tampoco... bueno...

Audrey contempló el retrato y pensó que era muy valioso de todas formas y buscó la firma de Caravaggio en él.

Desde el principio el italiano le había dicho que era extraño que Caravaggio hiciera tal retrato, pero ahora se mostró desilusionado.

—Bueno, entonces ya no sé qué hacer. me da mucha tristeza no poder ayudarla.

Audrey lo miró con fijeza.



—Es mejor así... me alegra no haberlo encontrado, a decir verdad. Alguien más lo encontrará de la orden, estoy segura. Pero tendré que avisarle al padre Andrew.

—¿Avisarle de qué? ¿Acaso le dijo que vendría aquí?

—No, pero...

—Signorina entonces no diga nada. Nadie debe saber porque sospecho que hay espías.

—El padre Andrew no...

—Pues yo no me fío de su orden, son gente fanática esos soldados de Cristo.

—No somos fanáticos, no diga eso. ES una orden muy antigua, milenaria en realidad. Y se dedica a combatir el mal donde quiera que esté. Pero no nos está permitido revelar nunca su existencia ni sus fines. Por favor, no diga nada a nadie, se lo ruego.

Su mirada cambió.

—¿Por qué tiene tanto miedo, Signorina? ¿A qué le teme en realidad? Parece muy asustada cuando habla de la orden.

—No, no es eso es que... yo no debía decir nada y usted ya averiguó todo. Eso no está bien...

—Bueno, usted quería encontrar el retrato y yo esperaba enseñárselo, pero no ha sido así y me siento apenado. Quizás el retrato tenga otro nombre...

—No, no tiene otro nombre y solo existe este grabado, el que le enseñé, pero creo que me doy por vencida.

Cuando abandonaron la habitación Audrey suspiró, se sentía a salvo ahora. Menos tensa y asustada. Por alguna razón había sentido terror cuando vio ese retrato porque no quería tener que analizarlo ni enterarse de nada.

Aunque en realidad se sintió aliviada pero frustrada a la vez. Era extraño.

Debía regresar a su país cuanto antes, debía hacerlo, pero todavía faltaba casi una semana pues no tenía pasaje hasta el viernes. ¿Qué haría hasta entonces? ¿Escondarse?

Miró al italiano desalentada, triste.

—Debo regresar al departamento, no puedo quedarme aquí señor Colonna.

—Luego hablaremos de eso, venga conmigo.

Ella lo siguió y sintió que salía de ese laberinto lentamente, demasiado lentamente. No podía entender por qué había sentido algo tan extraño en ese lugar como si hubiera algo maligno encerrado allí.

—Escuche, no se rinda ahora. Tengo algo que decirle...

Audrey se sentó en un sillón del comedor algo cansada por la caminata y los nervios que había pasado.

—¿Se siente bien?

—Sí, es que estoy algo cansada.

—Aguarde, pediré que le traigan un refresco. ¿O prefiere agua?

—Agua fresca estará bien, señor Colonna.

Él al miró con fijeza.

—Por favor, deja de llamarme señor Colonna. Somos amigos ¿verdad? puedes considerarme un amigo al menos.

Audrey sonrió.

—ES que me cuesta hacerlo.

Él la miró con fijeza.

—La incomoda, supongo.

Ella no dijo nada. Solo pensaba que tenía que regresar ese día y que la pintura no estaba

en ese Castello. ¿Debía avisarle al padre Andrew? Él lo buscaba, lo buscaba con desesperación, pero si lo hacía tendría que explicarle que había pasado esos días en compañía de Taddeo Colonna...

Bebió el agua fresca y se sintió mejor.

Entonces llegó la cocinera y saludó a Taddeo y le dijo que había preparado su platillo favorito, como si él fuera un niño y ella su madre o algo así.

—Signora Chiara, ¡ché bella! Molto grazie.

Audrey no entendía bien en qué consistía el platillo, pero Taddeo estaba feliz.

—Hora del almuerzo, no se irá sin comer, además la signora Chiara ha preparado mi platillo favorito. No puede perderse.

—Yo no sé...

—Oh vamos, Signorina, no puede irse sin almorzar. No regresará con el estómago vacío.

Ella lo miró inquieta, habría preferido irse en esos momentos, pero algo hizo que aceptara.

Siempre la convencía de hacer cosas que no estaba segura de hacer y eso era peligroso.

No le gustaba...

Pero cuando vio cómo sirvieron la mesa y la alegría de la cocinera al exhibir su plato que llegó en una mesa con ruedas como en las películas sonrió y se contagió de su alegría.

Era una mesa de banquete y había tantos platos distintos que no sabía cuál era el plato principal ese que hizo para agasajar a su anfitrión.

—¿Qué desea comer, Signorina? —le preguntó la cocinera.

Ella comprendió que podría elegir y escogió un plato de pasta con un tuco sencillo. No quería llenarse demasiado y que le diera sueño.

Taddeo la miró sorprendido.

—¿Y no probarás el plato especial de la signo0ra Chiara, preciosa? —se quejó.

—Es que no sé cuál es...

—Es carbonada con pasta y salsa de queso.

Ella miró el plato y pensó que era demasiado succulento, pero dijo que probaría una pequeña porción, solo para que la cocinera no se sintiera ofendida.

Taddeo sonrió y le sirvió vino en su copa, pero ella se dijo que no bebería.

—Solo agua o refresco... no bebo vino.

—¿Pero no puedes probar este plato sin vino, por favor... es el almuerzo de despedida no?

Ella lo miró ceñuda.

—Ya he escuchado eso antes, señor Colonna. Cena de despedida, fiesta de despedida, viaje de despedida...

Su mirada se volvió brillante.

—Quizás sea una despedida, pero no el fin que usted espera—respondió él.

Esas palabras le provocaron tristeza y pensó que no tenía el retrato ni tendría paz cuando regresara a la congregación. No había podido terminar el curso y sabría que echaría de menos Italia. Y a él...

Comió sin entusiasmo y de pronto se sintió horriblemente desolada.

En unas horas estaría de regreso en el departamento y en unos días regresaría a su país. Todo volvería a la “normalidad” si es que eso era posible.

Bebió la copa y luego le dio sueño, como la otra vez. un sueño tan pesado que sintió que se le cerraban los párpados...

Lo último que escuchó fueron voces susurrantes y la mirada de Taddeo. Sonreía con

malicia y luego se ponía serio y fue él quien la llevó en brazos hasta su habitación.

Y luego se quedó allí mirándola con fijeza y Audrey comprendió que le había echado algo al vino, que no era natural que le diera tanto sueño una simple copa.

\*\*\*\*\*

Despertó sintiendo mucho cansancio y sueño. Con la cabeza embotada y entonces recordó que había bebido vino y él se había quedado allí mirándola.

¿Por qué hacía eso? por qué quería retenerla?

Tuvo la sensación de que todo había sido un sueño, pero los hechos del día anterior la hicieron comprender que no estaba segura de ello.

Eso no podía estar pasando.

Abandonó la cama o intentó hacerlo y sufrió un fuerte mareo.

Tenía que salir de esa cama tenía que ducharse y tratar de escapar de esa habitación cuanto antes o al menos pedir ayuda.

Le costó bastante despertar y cuando fue capaz de estarse en pie fue a darse una ducha rápida. Sabía que eso la ayudaría a despertar.

Tuvo una visión borrosa de los acontecimientos del día anterior, recordó el almuerzo, la cocinera feliz y Taddeo mirándola con intensidad parado allí en su habitación. Y luego... comprendió que la había drogado porque durmió el resto del día hasta que en la noche despertó porque la mucama le había llevado la cena.

Y luego soñó con Taddeo, soñó que hacía el amor con él y ella no lo rechazaba... pensó que era por el efecto de la droga, él le había dado para que no pudiera resistirse y entonces recordó la historia de la novicia raptada por su ancestro. La encerró en la torre hasta que ella se rindió y se convirtió en su amante. Tragó saliva al comprender que algo así podía pasarle y lloró mientras se metía en la ducha y cubría su cuerpo con agua caliente y abundante espuma.

Tembló al pensar que quizás no había sido un sueño y que ella pudo haber hecho el amor con Taddeo.

Cuando salió de la ducha se miró en el espejo y pensó que se veía terrible y buscó marcas y algo que le dijera lo que había pasado entre ellos la noche anterior.

Pensó que debió ser un sueño porque de lo contrario habría sentido dolor o...

Se vistió deprisa, se puso ese vestido hípster de algodón azul con bordados y luego fue a investigar.

Debió ser un sueño, solo un sueño, algo que soñó...

Sin embargo, ese pensamiento no la tranquilizó demasiado y abrió la cama para investigar.

No había manchas ni nada.

A menos que lo hicieran en su habitación o en otro lugar...

Si lo había hecho estaba perdida. ya no podría tomar los votos ni...

Sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas y en algún lugar sonó su celular. Había sido tan real pero no podía creer que él le hiciera algo así, que se aprovechara de ella luego de drogarla con algo pues sabía que había algo en ese vino maldito...

Un sonido en la puerta la crispó, pero al ver a la mucama su alivio fue evidente, de haber visto a Taddeo habría gritado.

La empleada se dio cuenta que estaba nerviosa y sonrió como si eso le divirtiera, siempre lo hacía.

—Tranquila Signorina inglesa, solo le traigo el desayuno.

—Está bien, gracias...

Cuando la vio colocar la bandeja la miró.

—¿Dónde está Taddeo? Debo hablar con él.

Ella la miró y ya no sonreía, sus ojos tenían una expresión maligna.

—Le avisaré, por supuesto. Pero primero desayune, no ha comido nada desde ayer de tarde.

¿Ayer de tarde? Por eso no recordaba nada de la cena y además cuando vio el succulento desayuno compuesto por dos sándwiches jugo de naranja y café. También había unas empanadillas de verdura. Audrey tomó un sándwich y luego bebió el jugo de naranja.

Su ansiedad creció cuando Taddeo brillaba por su ausencia y ella se sentía como drogada. No quería denunciarlo ni llamar al 911 pero su ausencia era muy rara y sospechosa.

¿Qué tramaba? ¿Qué había pasado entre ambos? ¿Por qué la mantenía allí encerrada cuando prometió que la llevaría de regreso a Florencia? Tenía que hablar con él, tenía que saber qué tramaba.

De alguna forma sabía que algo no andaba bien, lo intuía y de pronto notó que su celular no estaba por ningún lado ni sus pertenencias y cuando fue hasta la puerta echó los cerrojos y quiso salir, pero seguía cerrada. Alguien la había cerrado.

Respiró hondo y se quedó tiesa mirando la puerta. No podía ser, no podía hacerle eso. nerviosa se quedó inmóvil al comprender que la habían encerrado. Luego reaccionó y comenzó a golpear la puerta.

No tuvo respuesta, la ignoraron por competo.

Debió imaginarlo. Algo tramaban en ese Castello. No podía creer que él fuera capaz... era su amigo, había confiado en él, le confió los secretos del retrato...

Un sonido en la puerta la hizo chillar y de pronto vio a la mucama de sonrisa burlona mirarla con fijeza.

—¿Usted llamó recién, Signorina inglesa?

—Sí... me han dejado encerrada aquí.

Algo en su mirada cambió.

—Es por su seguridad. Hay personas extrañas en el Castello Saint Michelle Signorina. Ya lo sabe.

—Pero llevo encerrada desde ayer.

—Son órdenes del señor Colonna, Signorina. Él tuvo que salir y resolver unos asuntos, pero regresará y hablará con usted.

—No comprendo qué está pasando.

—Solo conserve la calma. Esto se resolverá pronto, se lo aseguro.

—¿Qué es lo que tiene que resolverse?

—No lo sé, es lo que me dijo que le dijera el señor Colonna hoy. No sé más detalles, no soy más que una empleada aquí, como las demás—replicó algo tensa, incómoda.

—¿Y dónde está mi celular?

—¿Su celular? ¿No lo tiene usted?

—No está aquí.

Se sentía cada vez más intranquila.

—La ayudaré a buscarlo si quiere... o iré a averiguar si alguien lo ha visto—replicó y se fue. La dejó sola.

Audrey se quedó tiesa mientras la puerta se cerraba con llave.

Eso ya se parecía a un secuestro, a un rapto.

¿Acaso Taddeo en realidad era un traficante de mujeres, un mafioso que había fingido ser un coleccionista para atraparla?

Trató de no pensar en eso, pero su ausencia era muy sospechosa.

Había notado un cambio sutil cuando regresó el día anterior.



Ahora se preguntaba si él era realmente Taddeo Colonna o un impostor, un bandido que traficaba mujeres, drogas, órganos... o tal vez solo la había secuestrado para pedir dinero a sus padres porque había averiguado que tenían mucho dinero, en especial su hermano cirujano...

Y ella había hablado de su congregación y de la pintura con un bandido, le había contado tantas cosas a un hombre ruin y malvado. No podía ser.

Pero por algo se había alejado. Quizás ni siquiera estuviera en el Castello.

Se acercó nerviosa la ventana para ver algo, pero solo estaban esos hombres de negro, eran de seguridad. Los veía siempre recorriendo la propiedad y allí estaban, pero eran más de los que solía ver. Y notó también dos automóviles que se acercaban por el camino. Y Taddeo estaba allí, hablando por su celular con gesto ceñudo. A pesar de la distancia notó que estaba molesto o muy concentrado con algo.

Taddeo Colonna.

No podía creer que la hubiera traicionado así. Y de pronto recordó con tristeza las advertencias del padre Mateo sobre los italianos malvados y seductores que solo buscaban salirse con la suya. Embaucadores, seductores y...

Audrey lloró porque ciertamente se había encariñado con ese hombre.

Había pensado que... había tenido sensaciones raras en su compañía.

Sentía afecto por él y en realidad no podía explicar ni entender lo que sentía en realidad solo que era algo avasallante.

Pero confiaba en él, había confiado casi ciegamente pensando que era un hombre bueno y sincero. Tan alegre y agradable... un hombre culto, que sabía tanto de arte, de historia, de política, podían estar horas conversando. Pensó que luego de regresar a Boston tal vez podrían ser amigos...

Audrey comprendió que tenía que escapar de ese lugar, hacer algo pues no podía esperar

que le dieran el celular. Que se perdiera así no había sido un accidente, fue hecho con un propósito. Aislarla, impedir que llamara a alguien pidiendo ayuda. Porque algo tramaban hacerle, por eso la mantenían sedada y encerrada. Debía evitar beber lo que le daban porque tenían algo...

Tenía que intentar algo, debía esperar a que esa mucama fuera a buscarla por cualquier excusa y entonces...

\*\*\*\*\*

Despertó sintiendo su presencia, su voz, y se incorporó aturdida. No sabía si era un sueño o realmente él estaba allí en su habitación con su celular hablando mientras la miraba con fijeza. Con intensidad.

Se incorporó asustada y él le hizo un gesto de que no se levantara.

—Quédate, es muy temprano. Duerme.

Audrey no sabía si era de noche o de día.

—¿Por qué? ¿Por qué me hiciste esto Taddeo? Yo confiaba en ti... pensaba que tú, que tú eras diferente—su voz se quebró.

El cortó la llamada y la miró de esa forma enigmática.

—No soy diferente, pero tranquila, no temas, no voy a hacerte daño. Solo es que debo deshacerme de una pintura maldita y necesito un poco de tiempo y privacidad.

—¿Una pintura maldita? ¿Qué está pasando?

El alivio en su voz era evidente.

—La pintura de Dante, cielo. La que busca tu secta y la que te trajo a este país en realidad.

—Pero no es la auténtica, no es la original.

—La original está en otra parte ángel, no podía mostrártela. Pero es extraño, la pintura te trajo a mí.

—No entiendo... por qué me ha dejado encerrada aquí, llevo días encerrada sin saber nada de usted ni qué pasará. Solo quiero regresar a casa por favor. Yo no dije nada de la pintura, no le dije a nadie que vendría aquí.

—Ellos lo saben ahora, ángel, pero no importa. Vendrán aquí en unas horas y haré un trato con ellos.

Audrey dio un paso atrás espantada.

—¿Dice que saben que estoy aquí? ¿Usted les dijo?

Taddeo asintió.

—Entonces me tiene de rehén porque... es que no logro entender qué trama señor Colonna.

—Pronto lo sabrás, pequeña. Ahora vine a verte para que no pienses que me he olvidado de ti.

Audrey tembló cuando tocó su rostro. Todo era como una historia extrañas, sus palabras más que aclarar la situación la oscurecían por completo.

Pensó con horror que el padre Andrew la encontraría en el Castello Saint Michelle con Taddeo, pero más que eso pensó en la pintura.

—¿Entonces usted tiene la pintura? ¿Todo el tiempo la tuvo? Y me lo ocultó, supongo.

Él sonrió.

—Es un legado familiar, un obsequio secreto de Caravaggio.

—¿Y por qué no me la enseñó ese día? ¿Por qué me mostró esa otra que...? —Audrey estaba cada vez más furiosa y confundida.

—Solo unos pocos pueden ver ese retrato, preciosa. Pertenece a mi familia y es una pintura maldita en realidad. Mejor que esté lejos de aquí. No es bueno tener amuletos que estén relacionados con el diablo, ni de forma lejana siquiera.

—¿Es como el grabado que le mostré?

—No... no es como el grabado.

—Usted me engañó, primero me convenció de que podía tener la pintura y luego... la ocultó de mí.

—Lo siento mucho, es que era necesario, tenía que hacerlo. Ese retrato no debe ser visto por nadie, tiene una historia muy especial que algún día te contaré.

—¿Por superstición?

—Bueno, no quise arriesgarme.

—¿Y qué pasará conmigo cuando el padre venga y sepa que le mentí? Él se enfadará. ¿Por qué hizo esto? Pudo esconderme aquí y no decir nada.

—Eso no era el plan, Signorina.

Ella tembló.

—¿Y cuál era el plan? ¿Qué es lo que planea hacer conmigo? ¿Por qué...? —la pregunta murió en sus labios, se sintió incapaz de decir nada más.

Audrey pensó lo peor y se alejó temblando. No era tan valiente como pensaba y además se sentía horriblemente herida en esos momentos y asustada.

—No me mire así, no voy a comérmela ni le haré daño—le dijo el italiano con gesto torvo.

—Pues no le creo una palabra ahora, Taddeo Colonna. Quien miente una vez seguramente lo haga siempre. el padre mateo quiso advertirme sobre los italianos y yo no le creí, estaba tan ciega.

Él se detuvo en seco y le sonrió.

—Al fin me llama por mi nombre sin tanta formalidad. Me agrada cómo suena.

Ella pensó que ese hombre se estaba burlando y gritó cuando él la atrapó y la miró con intensidad y deseo. Todavía la deseaba y se preguntó sí...

Sus ojos buscaron los suyos y luego miró sus labios y sin detenerse, pese a que lo rechazó la besó, la besó una y otra vez con desesperación. Pero ella estaba tan furiosa como aterrada y no lo disfrutó y apenas pudo se escapó y lo enfrentó.

—Si me hace daño Dios lo castigará señor Colonna, se lo juro. Sé que planea algo horrible conmigo, pero recuerde bien estas palabras. La vida es efímera, la vida, el amor, la suerte, el éxito, todo en este mundo es frugal y pasajero pero la justicia divina es perenne y siempre alcanza a los malvados y a los pecadores. Tarde o temprano.

Él sonrió cuando le lanzó la maldición y luego dijo:

—No voy a lastimarla señorita, deje de mirarme así. No soy un monstruo...vaya, quién iba a decir que una novicia rebelde tendría la imaginación tan exaltada. ¿Qué rayos está pensando de mí ahora?

Audrey apretó los labios furiosa y no dijo una palabra. De pronto se sintió aturdida además de asustada y se alejó para llorar porque ya no aguantaba más.

Él iba a decirle algo, pero una llamada en su teléfono móvil lo distrajo y se alejó lentamente. Audrey lo vio irse con lágrimas en los ojos, habría deseado gritarle muchas cosas, exigirle explicaciones, pero no lo hizo. no tuvo tiempo tampoco porque cuando había armado una nueva defensa de preguntas él se había ido.

Entonces pensó en el retrato y en que su conversación había quedado por la mitad dejándola más intrigada que nunca. Él tenía el retrato y lo llamó el lienzo maldito y lo tenía muy escondido en ese Castello, aunque no especificó el lugar ni tampoco si estaba allí en realidad. Le mostró un retrato falso, pero si era falso ¿por qué estaba escondido en un lugar inaccesible con una calefacción especial?

Pues porque allí cerca debía estar el otro el verdadero infierno de Dante por eso se sintió

aterrada de repente y él se rio y dijo que no había nada maligno en esa sala, solo él. ¡Y vaya si era verdad!

Tenía el retrato, pero ¿eso sería verdad? ¿Y si estaba maldito entonces...?

¿Por qué había avisado al padre Andrew y a los demás? ¿Pretendía vendérselos o delatarla ante ellos?

Cuánto más pensaba en todo eso más confundida y furiosa se sentía.

Si solo quería vender el retrato entonces, ¿por qué la mantenía encerrada allí en su habitación como su prisionera? ¿Acaso la usaría en el trato o solo quería que su congregación supiera que había pasado días con él en ese Castillo?

Pues no tenía sentido.

Rezó en silencio pidiendo ayuda y protección, rezó para que pronto fuera liberada y pudiera regresar a casa.

Pero intuía que eso no pasaría, por algo la mantenían aislada y encerrada. Cautiva.

Secó sus lágrimas y se durmió deseando que todo eso acabara y la rescataran de ese lugar.

Estaba segura de que su amiga italiana avisaría a la policía pues hacía días que no hablaba con ella, su madre se pondría histérica y también investigaría.

Ese hombre no podría dejarla allí encerrada sin que hubiera consecuencias.

\*\*\*\*\*

Por una extraña razón le permitieron salir y recorrer los jardines los días siguientes o pasear por el castillo si así lo deseaba. Aunque acompañada. No podía salir sola a ningún lado y luego debía regresar.

Vio a Taddeo ese día, durante el almuerzo porque la invitó a acompañarle.

Había estado ausente del Castillo, lo vio irse en su automóvil negro deportivo y se

preguntó qué tramaba.

—Te he comprado ropa nueva, quiero que la uses y dejes de cubrirte con esas túnicas, preciosa.

Ella lo miró intrigada.

—¿Ropa nueva para qué? No la necesito.

—Ropa más costosa y bonita. Sí, la necesitas.

—No necesito usar ropa cara.

—Lo harás para complacerme.

—¿Y por qué desearía complacerle a usted? Me tiene encerrada aquí como su prisionera y además me ha mentado.

Él sonrió levemente.

—Pronto sabrás qué espero de ti y deberás aprender a obedecerme.

Audrey sintió que sus mejillas le ardían. Nunca había podido controlar los sonrojos y ahora menos.

—¿Obedecerle? Usted deberá rendir cuentas de este rapto y en mi país son mucho más severos que aquí con estas cosas.

—Pero yo no te he raptado, tú viniste aquí por tu voluntad. ¿Cómo es ese refrán? ¿La curiosidad mató al gato?

Ella tragó la pasta rellena que tenía en la boca y suspiró.

—Fui una tonta, lo reconozco.

—No fue tonta, fue confiada. Vino por dos razones, ¿o debo decir tres?

—¿Tres razones? ¿De qué habla?

—Vino para estar conmigo para empezar, porque quería advertirme del peligro de tener

esa pintura nefasta en mi castillo y por último por curiosidad, porque quería ver la pintura. La pintura perdida la intrigaba y seducía. Y debo añadir una cuarta razón: ambición.

—¿Ambición? Pues se equivoca en todo. Nunca estuve preocupada por usted y solo quería advertirle sí porque le tenía aprecio. Un aprecio nacido del afecto de una simple amistad. No se imagine que eso tenía otro significado pues no lo tiene.

—No me convencen sus palabras. Conozco bien a las mujeres, aunque le confieso que nunca había tenido la oportunidad de seducir a una novicia. Fue algo más difícil esta vez.

—¿Seducir a una novicia? Usted no me ha seducido en ningún momento.

—No lo niegue. Estaba furiosa y angustiada porque pensaba que yo iba a venderla como esclava sexual porque en su mente impera el prejuicio de los de su país supongo de pensar que todos los italianos ricos son mafiosos.

—Yo no dije nada de eso. Está inventando. Me está acusando de algo que no es verdad... ¿Por qué dice que vine aquí por ambición?

—Porque es verdad en parte. La ambición del conocimiento, la ambición de poder decirle a su confesor o mentor el padre Andrew que había encontrado el retrato del infierno de Dante. Eso fue demasiado tentador para usted. Yo la envolví un poco es verdad, pero usted quería fama, honor y gloria. Que la vieran como una especie de heroína.

Audrey bebió vino furiosa. La habían pillado porque sabía que el italiano la había atrapado de varias formas.

—No es una vulgar ambición. Yo tengo una misión en esta vida, nosotros la tenemos. Combatir al mal en todas sus formas.

—El mal siempre ha existido señorita, el mal está en nosotros, no en las criaturas seráficas o espectrales.

—Dirá que el mal está en usted, no me incluya en su razonamiento.



—Es verdad, usted es un ángel Signorina. Usted no es como las demás mujeres que he conocido. Pero debo decirle algo más, usted no encontró el retrato maldito, él la encontró a usted y la trajo a mí. la unió a mí.

Ella esquivó su mirada y comió un poco más, cada vez más incómoda y enfadada.

—Se equivoca, no estoy atada a nadie, solo a mi congregación y a las misiones que tendré por delante.

—Me temo que no habrá más misiones para usted aquí en este país Signorina, ni en el suyo.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué trama hacer conmigo? ¿Por qué me dice estas cosas?

—No puedo decirle nada todavía, estoy negociando su liberación y espero tener lo que deseo a cambio.

—¿Mi liberación?

—Sí.

—Entonces me dejará ir si...

Él no le respondió.

—Por favor, cálmese y coma con calma, debe alimentarse bien. Es humana como todos, aunque parezca un ángel. Pero no quiero que piense que es mi prisionera y la entregaré luego de recibir el rescate. No es verdad. Nunca le hice daño, he sido muy caballero con usted porque en realidad todavía no es mía.

—Usted me drogó, me mantiene sedada y dormida todo el día. Me encerró en mi habitación y me quitó mi teléfono móvil. ¿Eso no es secuestro?

—Preciosa, tú no tienes idea de lo que es un secuestro, he sido un caballero, todo un caballero a pesar de que tú me tentabas más que el diablo. Pero me comporté como un caballero, preciosa.

—Deje de llamarme así, no soy su ángel ni su preciosa.

Él sonrió y la miró con fijeza.

—Eso lo veremos.

Audrey no dijo más, no quería pelearse con el italiano ahora que al parecer quería hacer un trato con alguien por el retrato. Además, era su prisionera, aunque no quisiera pensar en ello y eso la colocaba en un lugar delicado. Así que tragó casi todo el plato que tenía delante y también la rabia que sentía por toda esa conversación.

No era su culpa, no lo era... ella confió en él y ...

Trató de no pensar o se volvería loca. Ya tenía bastante con tenerle allí cerca mirándole con fijeza. Y esa conversación la había crispado porque seguía sin saber qué planeaba hacerle a ella.

—Señor Colonna, escuche... mi madre debe estar muy preocupada pues lleva días sin hablar conmigo y luego habrá problemas para usted si me retiene aquí incomunicada. Como si estuviera presa.

El italiano la miró y tuvo la sensación de que no estaba nada conmovido con sus palabras.

—Disculpe, no entendí lo que dijo, dígallo en su idioma que puedo entenderle. Hablo inglés como nativo.

Audrey tragó saliva y le dijo de nuevo lo que pensaba sin suavizar ninguna de las palabras.

—Pero yo no la tengo secuestrada señorita, solo es que estoy por vender la pintura que le mencioné y es mejor que no salga de aquí. No se preocupe, pronto verá a su adorada congregación. Supongo que llegarán mañana a primera hora.

—¿Acaso va a vender el retrato?

—Así es.

—¿A quién?

—Es que todavía no lo sé. Al mejor postor, supongo. Me han hecho dos ofertas tentadoras, pero no hemos hecho un acuerdo. Pienso que personalmente se puede hablar con más calma de ello. Además, primero mis compradores deben verificar que sea la auténtica pintura. Desconfían de su autenticidad...

—Pero usted dijo que...

—Yo no tengo dudas de su autenticidad porque ha estado en mi familia desde tiempos inmemoriales.

—¿Y lo venderá tan pronto ahora? Solo porque se enteró de que es muy valioso, supongo.

—En realidad no lo haré por dinero. Siempre quise deshacerme de ese retrato porque sabía que en el futuro me traería problemas con los seguidores de Satán o los soldados de Cristo.

Ella lo miró sin entender.

—Esa pintura es peligrosa usted no imagina... los adoradores del demonio....

—¿Teme por mí?

—Creo que usted no imagina el alcance de todo esto... si ellos se enteran que usted tiene ese retrato... acaso olvida que estuvieron en mi departamento y que quisieron raptar a mi amiga pensando que era yo? pues ya que sabe la verdad le diré que temo que sean los de esa peligrosa secta. Han estado siguiéndome, quizás hace tiempo cuando comencé a indagar sobre la pintura.

Él la miró con intensidad.

—No eran los satanistas preciosa, era yo que la seguía por todas partes como un loco chiflado. Sabía todos sus movimientos y cómo hacer para verla un momento, un instante al día... no vi que ningún hombre la siguiera.

—Pero usted... usted vio a ese hombre.

—Ese hombre se llama Alfredo y trabaja para mí. Asusté a sus amigas para que hablaran

con usted y la asustaran un poco. No quería que regresara tan pronto, quería que se quedara conmigo. Así que ya ve, no hay brujos ni traficantes de órganos ni pervertidos como le hice creer.

Estaba a punto de reírse, pero a ella no le hizo ninguna gracia.

—¿Usted tramó todo eso? ¿Cómo pudo hacerme algo así?

—Sí...lo siento. Quería tenerla más tiempo conmigo. Y ver si podía convencerla de que fuera mía una noche.

Audrey tragó saliva.

—Se olvidó de que soy una monja, supongo.

—No, no lo olvidé, pero también sé que siente algo por mí, no lo niegue. Soy un hombre muy perceptivo. ¿Sabe?

—Y como no funcionó me encerró, me dejó cautiva.

—Sí, como hizo el conde pariente mío. Encerró a la bella novicia y no la liberó hasta que se entregó a él y aceptó ser suya.

—No habla en serio.

—Tal vez... pero no quiero que sea mía solo una noche. Quiero que sea mía todas las noches necesarias hasta satisfacer por completo mi lujuria.

—Está loco. Usted no me tocará ni yo me entregaré a usted por más que me encierre aquí para siempre.

—Y prefiere perder su libertad a complacerme?

—No perderé mi libertad, creo que usted perderá la suya pues cuando mis familiares se enteren de este rapto...

—Bueno, es que sus familiares creen que regresó a Boston y está en la congregación. Luego sabrán la verdad, pero ahora nada les preocupa.

—Entonces ha tejido usted una red de mentiras. Pero mi madre irá a verme, siempre lo hace.

—Veremos qué dice el reverendo Andrew y sus secuaces.

—¿El reverendo Andrew? No es un reverendo es sacerdote y sus hermanos no son secuaces. Hable de ellos con más respeto.

—Lo siento, no quise ofenderla. Solo quería decirle que no está todo dicho en esta historia, Signorina. Falta que hablen los interesados y que ellos decidan si desean recibir en su congregación a una hermana que pasó una semana encerrada en un Castello con un joven guapo y seductor millonario italiano.

Audrey sintió que se le subían los colores al rostro.

—Porque usted no dijo nada que estaría aquí, les mintió a todos, eso no se verá bien en su secta.

—No es mi secta, es mi congregación y usted solo tergiversa las cosas y dice cosas que no son ciertas.

—Bueno, veremos qué decide el padre Andrew, quizás acepte su pequeña travesura y la acepta de nuevo en la congregación.

¿Su pequeña travesura?

¿Cuál travesura?

Audrey no dijo nada, pero sintió que la comida le caía mal, estaba nerviosa, tensa y solo quería escapar de ese castillo italiano. el padre Andrew creería en su inocencia, estaba segura de ello. No era tan fácil ensuciar su buen nombre como creía ese hombre. Además, nada había pasado entre ambos.

\*\*\*\*\*

Tuvo la sensación de que había dormido mucho tiempo cuando la mucama la despertó

porque habían llegado sus amigos. Eso lo dijo.

—Despierte por favor, beba esto.

Le dio un café muy cargado, con toda la cafeína del mundo. Audrey la bebió y luego la miró aturdida.

Todavía tenía sueño y le costaba mucho salir de la cama. La habían sedado seguramente una vez más. ese hombre debería enfrentar varias denuncias cuando todo eso terminara. Ciertamente que todo el afecto que había sentido por él ahora se había convertido en rabia, desprecio, ira y rencor. Jamás pensó que él le haría eso. pero no podía perder tiempo rabiando y llorando por los rincones, tenía que largarse en cuanto pudiera y olvidar... olvidar todo lo que había pasado, aunque sospechó que tardaría bastante en recuperarse.

Fue a darse una ducha rápida poco después y luego escogió entre la ropa nueva que él le había comprado. Sintió curiosidad por ver esas prendas y descubrió que era ropa de diseñadores italianos o franceses y tembló. Al ver las etiquetas supo que debían costar unos cuantos miles cada una y otra cosa que llamó su atención fue que todos eran vestidos de fiesta... formales, pero no atrevidos. Eran elegantes y no mostraban demasiado. Eso la alivió. Escoció uno de encaje y seda color rosa pálido preguntándose si acaso iría a una fiesta ese día.

Cuando estuvo lista apareció la mucama Elina y la miró con ansiedad.

—Signorina, venga conmigo. La esperan en el salón de música.

—¿Me esperan?

—Sí... hay visitas. Personas que quieren verla.

Audrey sintió que su corazón latía con fuerza y pensó en el padre Andrew y los demás. ¿Acaso habrían ido a buscarla?

Nerviosa fue a su encuentro deseando correr a su libertad, correr con todas sus fuerzas, pero se contuvo.

Escuchó voces a la distancia y tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido de repente. Sintió la voz alterada del padre Andrew y luego la voz de Taddeo mucho más calma.

—Está loco, señor Colonna.

Eso lo entendió claramente y no podía saber de qué hablaban, pero al parecer la discusión era acalorada y eso que el padre Andrew no se enfadaba fácilmente.

Cuando entró todos la miraron.

—Hermana Helena—dijo el padre Andrew y los demás la miraron con expresión de sorpresa.

Audrey sintió tanta alegría y se acercó a saludarlos, pero ellos la miraron con cierta reserva y extrañeza. El padre Andrew no había ido solo, el padre Roberto lo acompañaba y dos prelados más de la congregación.

—¿Cómo está, hermana? ¿Este caballero le hizo algún daño?

Ella miró a Taddeo ceñuda.

—No... bueno, en realidad vine aquí con engaños y luego me dejó encerrada pero no me hizo más daño que ese.

—Hermana venga, debo hablar con usted.

Algo en la mirada del italiano le hizo comprender que no le agradaba que se reuniera con el padre Andrew a solas, pero no dijo nada. Luego lo vio sonreír mientras se alejaba. Rayos, no entendía qué estaba pasando.

Cuando entraron en la habitación el padre cerró la puerta.

—Hermana Helena, tengo una importante noticia que darle: hemos encontrado el retrato. Está aquí y el italiano está dispuesto a entregarnos esa tela, pero nos ha pedido algo a cambio que no ... por eso debemos hablar con usted.

—¿Entonces es auténtico? ¿Lo han visto?

—Sí, el padre Roberto confirmó su autenticidad y también el hermano Leo. El mensaje que da la pintura es inquietante, pero si ese retrato cae en manos enemigas sería devastador. Debemos impedirlo y yo he tratado de hablar con ese hombre, intentar que cambie de parecer, pero no hemos logrado nada.

—No comprendo qué sucede padre Andrew.

—Hermana, ese italiano la quiere a usted, quiere sea su mujer a cambio de entregarnos el retrato. Y solo hemos podido persuadirle de que al menos se case con usted y la convierta en su esposa porque no tolero que sea de otra forma.

Audrey pensó que todo era un sueño absurdo.

—Pero eso es una locura.

—Él quiere que usted duerma con él, que sea su mujer el tiempo que dure su deseo por usted y eso me parece horrible, sus palabras me han ofendido y molestado profundamente porque usted es religiosa y además es una mujer buena y honesta. Pero es la única condición, es lo único que pide para entregarnos el retrato hermana helena. Usted debe convertirse en su esposa esta noche y nosotros debemos officiar la ceremonia.

—¿Su esposa? ¿Pero está loco por qué ha pedido eso?

—Dijo que podría vender el retrato por mucho dinero, que hay un caballero siniestro llamado el sacerdote negro que ha escrito un libro sobre el diablo y que pagaría una buena fortuna por el retrato. Tiene otros compradores y lo venderá si no le damos lo que pide. A usted... lo siento. Es horrible, pero... dijo que quiere algo que no puede comprar el dinero. El amor y la devoción de una mujer. De una esposa...

Ese italiano quería que fuera su amante, quería satisfacer su apetito lujurioso con ella de alguna forma... Y como no podía tenerla como si fuera una ramera por unas cuantas noches sin recibir paga, además, él tuvo que cambiar y decir que aceptaría una boda.



—No puede ser... Padre, debe haber otra forma. No pueden entregarme a ese hombre como si fuera el cordero de sacrificio.

—Lo siento mucho hija, pero es lo único que podemos entregarle a cambio del retrato. Ese cuadro es nuestra llave, la llave para saber dónde está el demonio y es muy valioso para nuestra cristiandad. Si cae en manos de nuestro enemigos será el fin.

—No puede ser, no puede decir que debo sacrificarme por ese retrato.

—Nunca íbamos a dar con él, estuvo aquí todo este tiempo, escondido de todo y del mundo. él lo mantuvo escondido hasta que supo que usted lo buscaba. Y luego al enterarse de que lo queríamos nos avisó y no pidió que viniéramos a verificar su autenticidad y hacer un trato por él.

—¿Y acaso han aceptado ese infame trato sin siquiera preguntarme qué pienso al respecto?

La expresión del padre Andrew cambió.

—Lo siento mucho, hermana Helena. De veras. Pero me temo que no hemos podido persuadirle de que desista. El italiano la quiere a usted, pero ha prometido que la convertirá en su esposa y usted tendrá un contrato firmado por un abogado de la congregación.

—Padre Andrew, no puede estar hablando en serio. ¿Acaso ha aceptado semejante trato?

El padre asintió algo avergonzado de ser tan despiadado.

—No lo he aceptado, hermana, usted debe hacerlo. por favor, piense en el bien que le hará a la humanidad. Llevamos siglos buscando ese retrato y ese caballero está dispuesto a entregarnos a cambio de que usted se convierta en su esposa. Pero es usted quién debe aceptar hermana. usted ha embrujado a ese italiano al brindarle amistad y temo que esto ha llegado demasiado lejos. él la quiere a usted.

—No me quiere, solo me desea, ni siquiera iba a pedirme matrimonio.

—Pero ha prometido que lo hará.

—Pues yo no puedo casarme con él. No estoy hecha para ser la esposa de un hombre y menos de ese hombre que me ha traído aquí con engaños y...

—Sé que es difícil para usted, usted nunca estuvo interesada en el matrimonio. Pero hermana, será su esposa, no su amante y como esposa tendrá derechos y además le aseguro que haremos que firme un contrato muy conveniente para usted. Si él incumple ese contrato la unión se disolverá.

Audrey se dejó caer en el sillón más próximo. No podía creerlo. No podía creer que hubieran hecho ese trato sin consultarla. Se puso a llorar, no pudo contenerse.

—Padre Andrew, creí que me llevarían a casa. Lo deseaba tanto... pensé que me pondrían a salvo de ese hombre y usted, usted acaba de entregarme a él.

El padre pareció atormentado.

—Lo siento mucho hermana, no quise que esto pasara.

—Pero no puede, no puede entregarme a ese hombre. él es un hombre tramposo y seguramente tendrá otras mujeres. Seré su esposa solo de forma forzada. Se irá con otras cuando se aburra de mí.

—No diga eso, hermana, una mujer inteligente y buena como usted puede lograr que cualquier hombre la ame locamente. Está en sus manos lograrlo. Piense en el bien que hará a la humanidad con su gesto. Usted se convertirá en heroína porque gracias a usted llegamos a este retrato y podremos descifrar los misterios encerrados en él. Por favor hermana, piense en el bien y en este sacrificio... usted puede hacer que ese italiano cambie, está en sus manos y quizás con el tiempo él la ame, hermana... sé que es difícil para usted. Pero debe hacerlo, debe aceptar esa boda no tenemos otra alternativa. He intentado convencerle, se lo aseguro, llevo varias horas hablando con el señor Colonna.

—Pero yo no quiero ser su esposa, no estoy hecha para el matrimonio, nunca he estado con un hombre, padre Andrew, usted lo sabe. Y odio pensar que debo estar atada a uno hombre y complacerle y...

—Lo sé, sé que es difícil y por eso su labor será mucho más valiosa hermana. Su sacrificio será bien compensado por el Señor. Por favor, debe hacerlo, no tenemos otra alternativa. Ese hombre no dejará que usted abandone este castillo y antes de que cometa una mala acción. Usted debe aceptar ese matrimonio porque no admitiré que sea de otra forma. Esa boda debe celebrarse pronto y seremos testigos de eso.

Audrey pensó que todo era un sueño, tuvo esa sensación de irrealidad.

No podía entender lo que pasaba ni tampoco comprender cómo había llegado hasta allí.

Jamás esperó que el padre Andrew le hiciera eso y tampoco imaginó que el italiano había reclamado que ella fuera su “mujer” un tiempo a cambio del bendito retrato.

Se sintió horrible al comprender lo que estaba pasando. Ella sería vendida como una ramera, entregada a ese italiano como si fuera un capo de la mafia y ella la mercancía que él deseaba tener a cualquier precio.

No podía creerlo. No podía creer que llegara tan lejos al límite de regalar una pintura tan valiosa para que ella fuera suya... pero no se engañaba, no quería que fuera su esposa solo su amante. No era más que un trozo de carne para él.

Tembló de rabia e indignación y pensó que no lo haría. No se casaría con ese hombre.

—Padre, debe haber otra salida—dijo de pronto.

—Me temo que no la hay, hermana. Lo siento, lo siento mucho.

Que lo sentía, ¿es que no sabía decir otra cosa?

—Deje que hable con él, tal vez logre convencerle de que desista.

—No podrá hacerlo, está muy decidido en lo que quiere. Y la quiere a usted hermana.

Dijo que hacía tiempo que seguía sus pasos, que la conoció de casualidad en una velada de arte y que no pudo dejar de verla. Enterarse de que era religiosa no le detuvo. Está obsesionado con usted y quizás eso se convierta en amor con el tiempo.

Audrey no dijo nada más, pero pidió para hablar con el señor Colonna en privado ahora mismo. Quería ver qué le decía él de todo eso y cómo respondía a sus preguntas.

Tenía que hablar con él, tenía que convencerle de que todo eso era una locura.

—Hermana, puede hablar con él, pero no podrá convencerle. Estoy seguro de eso.

—Pues creo que debo intentarlo.

—Hermana, tenemos que tener ese retrato por favor. No haga nada contra eso, se lo ruego. El futuro de la humanidad está en juego. Usted sabe por qué, el maligno siempre escapa, siempre nos gana... conoce mil tretas, hace siempre trampa y nos aventaja. Pero no esta vez, esta vez no podrá...

Audrey se alejó y buscó a Taddeo, tenía que hablar con él.

Pero cuando entró en la sala no lo vio por ningún lado, no había nadie, como si todos se hubieran ido a alguna parte...

Mientras lo buscaba apareció de repente y le sonrió de forma triunfal seguramente pensando que lo aceptaría sin más y él había vencido.

Audrey avanzó y sintió las piernas flojas, debía resistir, resistir un poco más.

—Señor Colonna, necesito hablar con usted a solas, por favor—le dijo.

Él aceptó y la condujo a otra habitación.

Ella sintió que la rabia la consumía.

—El padre me habló de sus planes, señor Colonna. No podía creerlo.

Él la miró con fijeza.

—¿De veras? No puede creerlo. Pensé que lo había adivinado.

—¿Por qué? ¿Por qué hizo todo esto? ¿Acaso lo planeó?

Taddeo sonrió levemente.

—Bueno, no exactamente, pero pensé que no podía dejar que se fuera Signorina. No es usted una mujer fácil de abordar y mucho menos se dejaría seducir por mí.

Ella sintió las mejillas que le ardían.

—Pues me parece horrible lo que ha hecho, sabe, terrible.

—Bueno, son puntos de vista. No puede negar que tengo mucha clase, he aceptado convertirla en mi esposa.

—¿Su esposa? No dejaré que me toque jamás, señor Colonna.

—¿Y cree que me casaré con usted para ser su amigo? Pues la respuesta es: no. —dijo molesto y luego la miró con fijeza: —¿Por qué cree que hice todo esto? Yo quiero una esposa que sea mi mujer y si no cumple su parte tendré que reclamar el retrato ahora, Signorina. Si se niega a ser mía, entonces no hay nada más de qué hablar.

—¿Es que no entiende que no puedo ser su esposa porque no soy como las demás?

—Oh yo creo que es como cualquier mujer solo reprime sus sentimientos, sus emociones.

—No reprimo nada, nunca he sentido atracción ni deseo alguno por un hombre. yo no soy así. Tengo intereses más elevados en esta vida tenía planes y usted, usted no va a cortar mis alas solo porque me desea pues no creo que tenga sentimiento más profundo por mí. deseo. Un deseo loco y furioso.

—Sí, es verdad, y no me detendré hasta domeñarla mi bella novicia rebelde.

—Se equivoca y creo que se arrepentirá de ser tan caprichoso y vehemente. Puede tener la mujer que desee ¿por qué le atrae una mujer que es una monja? Porque eso es lo que soy.

—Bueno, yo haré que cambie y se convierta en una mujer ardiente y apasionada. Sé cómo hacerlo. Yo haré que quiera hacer el amor conmigo, yo la haré gemir como todo una gata en celo, ya verá...

Cuando le dijo eso Audrey tuvo ganas de golpearlo y escapar.

Era tan atrevido y tan malvado, ¿qué podía hacer con un hombre así?

Pero la había vencido, diantres, lo había hecho. El padre Andrew le dijo que ella debía casarse y convertirse en mártir, en heroína de la fe. Debía casarse con ese hombre para que ellos pudieran tener el cuadro, pero no sería un matrimonio fingido, sería un matrimonio consumado y ese hombre pensaba que ella ...que iba a lograr que le gustara.

Sería un suplicio, un horrible tormento. Sabía algo del sexo, era imposible no saber por las conversaciones de sus amigas, por la televisión y todo, era imposible no enterarse. El sexo era algo asqueroso, primitivo, los seres humanos eran peor que los animales, ellos lo hacían para procrear y salvar la especie, los humanos lo hacían porque tenían ganas y punto. Como las bestias. Porque tenían deseo, porque estaban aburridos o porque se les antojaba.

No esperaban sentir afecto, no buscaban algo romántico, no era una necesidad emocional, a veces sí, pero en ese país los hombres eran terribles.

Ella no soportaría que ese italiano la tocara. Estaba furiosa con él, furiosa con todo y esa boda sería una farsa, algo planificado y un trato de paz, como en los tiempos de antes. Su boda a cambio de una pintura.

—Supongo que su respuesta es un sí. No tiene otra salida, ¿no es así? El padre no la llevará de regreso al convento como deseaba. Tendrá que quedarse.

—¿Y por cuánto tiempo seré su esposa?

Él sonrió.

—Hasta que calme mi deseo por usted preciosa, cuando lo haga entonces quizás la deje ir.

Tampoco me encanta estar casado fue idea del cura amigo suyo. Ellos no soportan la idea de que me una a usted sin la correspondiente bendición. Así que organizaron la boda—hizo un gesto de resignación.

Eso era demasiado. Un insulto, eso era, una boda que no sería una boda sino la sugerencia “del cura amigo suyo” y tuvo ganas de llorar. No era más que un objeto de deseo, una mujer que se le resistía y por eso lo mantenía interesado. No era importante, no había amor ni siquiera un afecto, no había nada más que el repulsivo deseo sexual.

—¿Entonces solo será un tiempo? —dijo apretando los labios.

—Depende de usted, quizás luego quiera quedarse conmigo...—le respondió.

No entendía a ese hombre, no podía entender qué le pasaba.

—¿Y si algo sale mal, si luego de la boda se da cuenta del error que cometió?

—Signorina, soy un coleccionista y tengo varios negocios. ¿Realmente cree que soy un hombre que me rindo fácilmente?

—Uste no me conoce y yo siento que le conozco mucho menos ahora.

—Pero nos conoceremos y seguiremos ciertas reglas. Todo quedará redactado en el contrato que firmará. No tema. Será un trato justo. Pero yo debo recibir mi parte, preciosa, pues acabo de desprenderme de un tesoro muy valioso para mí y para mi familia.

Se refería a la pintura, una pintura de la que solo le había hablado de forma muy vaga.

—¿Y se desprenderá de su tesoro solo porque quiere que sea su amante?

Él asintió.

—Para que comprenda lo valiosa que es para mí, Signorina.

—¿Valiosa? No soy nada para usted, nada más que un objeto bonito que quiere comprar y tener en su cama—replicó ella apretando los dientes.

—Pero fue la condición que puso el padre Andrew para liberarla de sus votos y yo pensé que era razonable. No se enfade, sé que usted me quiere un poco en el fondo, aunque lo niegue. No ha de ser fácil tampoco, lo sé.

—¿Qué yo le quiero? Pues no sea ridículo.

Audrey comprendió que estaba atrapada, no tenía otra alternativa que casarse con ese hombre, pero eso la hizo sentirse furiosa con la vida misma y con la orden que la había entregado al millonario coleccionista en bandeja de plata prácticamente. Por la pintura. Por causa de ese retrato misterioso que guardaba tantos secretos relevantes no solo para su congregación sino para el mundo.

Ahora entendía muchas cosas, por qué la había llevado al Castello y luego encerrado y vigilado. Pero no podía aceptarlo, no podía renunciar a todo por una boda que no era más que una farsa. No sería un verdadero matrimonio, no como ella creía el matrimonio.

De pronto lo miró y le dijo:

—¿Qué hará usted si me niego a ser su esposa, señor Colonna?

Él la miró con fijeza.

—Bueno, no la obligaré, pero tengo lista la entrega del retrato a un caballero oscuro adorador de Satán. Lo haré sin vacilación y veremos qué giro siniestro tiene esta historia. Será su responsabilidad lo que ocurra después...

—¿Mi responsabilidad?

—Sí... Acabo de liberarla de sus votos Signorina, ya no tendrá que volver al aburrido al convento ¿y así me lo agradece? ¿Negándose a ser mía?

—Usted no me ha liberado de nada.

—Bueno, todo cambiará para usted, dejará de usar hábitos y aprenderá a ser mi mujer. Una esposa italiana. Yo me encargaré de enseñarle.



—No soy la más apropiada para eso, creo que se sentirá muy desilusionado en el caso de que acepte, pues todavía no he dicho que aceptaba.

—Lo hará, no tiene otra alternativa.

—Pues sí tengo otra alternativa y es huir de este castillo y al diablo con todo.

El italiano la miró sorprendido y un poco asustado.

—Ha nombrado al diablo. ¿Eso no es pecado?

—Oh por favor, ¿qué cree que siento ahora cuando acaban de entregarme a usted como en el Medioevo sacrificada en un matrimonio con un extraño?

—Pero no soy un extraño. ¿Usted siente algo por mí, cierto afecto verdad?

Ella se sonrojó.

—De nuevo con eso. Ha de creer que realmente lo amo pues no es verdad. Yo sentía un afecto de amistad no el afecto que usted desea y eso era antes, ahora estoy furiosa y no puedo pensar con claridad.

—No piense tanto, señorita y acepte mi oferta por favor. ¿O prefiere que la encierre aquí y sea solo mi cautiva? Le estoy haciendo un honor al casarme con usted y con ello le demuestro que soy todo un caballero, pero si me rechaza, o si intenta abandonarme despertará mi ira y su enfado no será nada comparado con el mío.

Audrey tuvo ganas de llorar de impotencia. No podía hacer nada, todos decidían por ella, las personas en quienes había confiado no tenían empacho alguno en inmolarla en prostituirla para tener el retrato maldito... pues qué era el matrimonio sino una prostitución fina y elegante en el cual una mujer se convertía en propiedad de un hombre siempre dispuesta a vestirse bonita y a satisfacer su siempre voraz apetito sexual sin que tuviera voz ni voto en nada porque siempre ellos decidían todo. Esclavas de un hombre, sin poder tener libertad o voz propia u otra aspiración que no fuera el inframundo doméstico.

Ese hombre ignoraba sus maquinaciones, ignoraba el profundo horror que sentía, su asco y rechazo a todo lo que fuera vida de una esposa de estos tiempos ni el sacrificio que le pedía su congregación, el gran sacrificio que era casarse con un italiano millonario, sexual y bastante malvado.

Ni siquiera la quería, solo la deseaba... la deseaba porque era una monja y ella siempre había rechazado sus avances amorosos.

—Bueno, ¿qué responde Signorina? ¿Me ve a tener en ascuas? El tiempo se acaba y solo tengo que tomar mi teléfono y hacer un trato con el bando enemigo.

Ella lo miró con fijeza.

—¿Y qué espera que le responda? ¿Acaso me da alguna opción?

—Siempre hay una opción preciosa, pero usted no la tiene ahora—dijo y sonrió con maldad. Era una sonrisa falsa y maléfica de italiano loco y tramposo.

—Está bien, acepto, pero pondré algunas condiciones para esta boda.

—¿Condiciones? ¿Y qué condiciones pondrá?

—Pondré mis condiciones señor Taddeo. Creo que es justo que puesto que me empujan a una boda que nunca desee pueda decidir al menos algunas cuestiones simples y sencillas que cualquier esposa pediría.

—Bueno, podemos conversar de eso luego pero antes tendrá que firmarme un contrato. No me fio de usted ni de sus amigos los mormones, sospecho que traman algo.

—¿Y qué debo firmar?

—Un documento redactado por mis abogados en el cual usted se compromete a ser mi esposa en no menos de una semana. Sí, es pronto pero hoy voy a desprenderme de un cuadro muy valioso, no me quedaré con sus promesas. No son más que palabras.

—¿Necesita que firme un documento ahora?

—Sí, ahora mismo. Venga conmigo.

Audrey lo siguió como aturdida y entró en un recinto donde había más personas. Hombres jóvenes hablando en italiano, portaban maletas y trajes costosos. Imaginó que debían ser los abogados del señor Colonna.

Él la presentó como su prometida, pero mientras se disponían a conversar apareció el padre Andrew con torvo semblante.

—Señor Colonna, necesito hablar con usted en privado.

El italiano parecía molesto y algo alarmado y le dijo algo a sus abogados.

—Espéreme aquí, preciosa—le dijo a ella.

Audrey se quedó donde estaba mientras veía a los abogados conversar entre sí. No quería firmar nada, no quería casarse con ese hombre en realidad. Quería escapar y se preguntó si tal vez el padre Andrew lo había pensado mejor y había decidido no aceptar ese infame trato. ¿Sería posible? Tuvo la remota esperanza de que tal vez...

—Signorina Hamilton, por favor ¿quiere ir leyendo el contrato? —le preguntó uno de los italianos.

Ella tomó la carpeta con el documento en su interior y comenzó a leer.

—Pero está en italiano—se quejó—Apenas hablo esa lengua, pero estas palabras...

—OH, lo siento... puedo traducir esto para usted si quiere. En realidad, es solo un contrato prematrimonial en el que dice que usted se compromete a casarse con el señor Colonna en menos de un mes.

—Pero aquí hay otras cosas. Es un contrato de diez páginas.

—Bueno, sí, son algunas previsiones en el caso de que usted desista o no cumpla con lo pactado.

Ese contrato de bodas era un incordio. Estaba segura de que era tramposo y maligno como

el propio autor de ese contrato: el señor Colonna.

—Primero debo entender lo que dice, debe usted darme un contrato traducido al inglés.

Los abogados no se esperaban eso y se miraron incómodos.

—Pero se va a demorar unos días, buscar un traductor aceptable y demás...—dijo uno.

—Estoy segura de que pueden traducir esto en un momento, los italianos ricos como ustedes hablan inglés, el señor Colonna habla un inglés casi nativo.

Más miradas y alguna risita se escapó de los abogados.

Parecían burlarse de ella, ¿la creían boba o qué?

—No firmaré nada antes de hablar con mi abogado.

Taddeo entró entonces y la escuchó sus últimas palabras.

—¿Qué sucede, Audrey?

—Ese contrato está en italiano y yo no firmaré nada sin hablar con mi abogado. Sé bien los problemas que tiene uno por firmar algo sin pedir asesoramiento.

—Bueno, creo que no será necesario que firmes esto ahora porque el padre Andrew dice que él nos casará en una ceremonia religiosa mañana temprano.

Ella dio un paso atrás espantada. No podía ser, no podía creerlo.

—¿Tan pronto?

—Pues sí, nos casaremos en una capilla de Mantua y veré cómo tener la boda legítima.

Eso lo arreglaré en unos días. lo importante es la boda religiosa, ¿verdad?

—Sí...

—Luego de esa ceremonia tendrás que ser mía, ¿verdad?

La joven palideció, no podía creerlo, pensó que el padre Andrew la liberaría de ese italiano no que la atraparía en una boda.

—Pero no tengo un traje de novia ni... no puedo casarme tan pronto. Esto es una locura.

—Lo es, pero el prelado quiere estar seguro de que me casaré por iglesia, creo que teme que no lo haga así que ahora debemos arreglar una boda para mañana pues el padre Andrew debe regresar cuanto antes a su país con la pintura.

Audrey se sintió horriblemente atrapada y quiso correr. No podía ser, eso no podía estar pasando.

—Tranquila, todo estará bien. ¿Realmente esperaba usted poder escapar de mí, Signorina?

—Esto es precipitado, yo no estoy lista para esto, no estoy lista... no puede hacerme esto, no es justo. Usted es un malvado, es un loco y un malvado señor Colonna. Puede tener la mujer que desee, seguramente ya tiene alguna para satisfacer sus apetitos lujuriosos...

—Tranquilícese, venga, quiero hablar con usted en privado.

Ella lo siguió nada convencida cuando de pronto vio que la encerraba en una habitación pequeña.

—Escuche preciosa, esto no estaba en mis planes. Una boda. Estar atado a una mujer de forma legal no fue mi idea, pero... lo haré por respeto al trato que hice con el reverendo Andrew, pero por lo demás... la dejaré ir en cuanto esta historia termine. No se preocupe. No está más atada de lo que yo quiero estarlo.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Que no será una verdadera boda, ni un matrimonio para siempre como una sentencia de muerte. No imagina cuánto terror me provocan esas palabras. Lo hago por respeto a usted que es una joven monja y porque supongo que nunca antes... supongo que es virgen ¿verdad?

Ella asintió sonrojada.

—Bueno, yo le daré una boda para que no se sienta mal pero no será un matrimonio de verdad. Usted será mía y se dejará guiar por mí. Y yo seré un caballero, un hombre paciente y

amoroso. Como un esposo perfecto. Se lo prometo Signorina.

—¿Por cuánto tiempo será esto?

—Bueno, dependerá de usted. Si me obedece todo irá bien, pero... no sé exactemnte el tiempo, pero quizás tres meses.

—¿Solo tres meses?

—Sí, pero si quiere puede ser más tiempo... a lo mejor se enamora de mí y luego no quiere irse.

—Eso no pasará jamás.

—¿Cómo lo sabe, señorita? ¿Tiene una bola de cristal? Pero puede estar tranquila que no estará atada a mí ni nada. Podrá irse cuando hayamos terminado nuestro acuerdo, nuestra relación... tampoco sé qué pasará entonces, pero...

—¿Promete que luego me dejará ir? ¿Me da su palabra?

—Por supuesto. Soy un mujeriego, preciosa, me gustan mucho las mujeres para ser fiel a una sola y quedarme con una esposa para siempre, pero...

—¿Y me dice eso con tanta frescura?

—Soy sincero, pero prometo serle fiel mientras dure nuestra aventura.

—¿Nuestra aventura? ¿Se casará conmigo solo porque lo obligan y me lo dice así?

—Soy sincero, debería valorarlo en vez de quejarse tanto, hermana Helena.

Era la primera vez que la llamaba hermana y le molestó, pero no fue eso lo que le molestó. Se sintió horriblemente mal, indignada. Y molesta se alejó porque no iba a casarse solo para dormir con ese hombre porque se le antojaba dormir con una novicia. No iba a hacerlo. el matrimonio era un sacramento sí, pero eran dos personas que se casaban enamoradas y que planeaban una vida juntos. Un futuro juntos. Si no era así mejor no casarse punto. Para luego divorciarse y terminar mal...

Se alejó furiosa de ese lugar, y corrió, no quería que nadie se le acercara.

Eran todos unos desgraciados.

El italiano, el cura Andrew, el cura loco exorcista y todos los demás. A nadie le importaba cómo diablos se sentía...

Salió corriendo de allí, todo lo que pudo y de pronto se encontró en una habitación oscura y extraña.

Estaba llena de retratos antiguos y estaba segura que nunca estuvo allí, había piezas de arte y otras muy valiosas.

Y de pronto lo vio allí en un retrato, esa mirada era inconfundible. Taddeo... pero no era Taddeo claro, debía ser un ancestro y su mirada era más oscura y cruel. Vestía como un caballero y posaba junto a una dama que debía ser su esposa. La joven parecía algo tensa, su rostro era pequeño y oval y tenía una rubia trenza a un costado.

—Es la novicia raptada.

Audrey se volvió y dio un respingo pues allí estaba Taddeo mirándola con intensidad, como un fantasma la siguió y espío sin hacer ruido.

—¿Es la historia que usted me contó?

Él asintió y sonrió.

—Pero ella no se parece a mí—dijo de pronto Audrey.

—Usted es mucho más hermosa pero tal vez sí sea la novicia raptada de la historia, en otra vida... quién sabe.

—Yo no creo en eso—su voz se oyó muy tensa.

—Yo sí lo creo, lo sentí en el mismo instante en que la vi por primera vez, preciosa. Sin saber que era novicia ni que se convertiría en mi cautiva...

Él la miró con tanta intensidad.

—No soy su cautiva ni quiero que... no me casaré con usted señor Colonna. No aceptaré eso jamás. Así que tendrá que hablar con el padre Andrew y decirle que no hay trato.

—¿Por qué? ¿Por qué está tan enfadada?

—Porque esto nunca estuvo en mis planes, porque solo vine a ver la pintura no a terminar siendo vendida a usted como una esclava. ¿Cómo espera que acepte eso?

—Preciosa, prometo ser un buen esposo... soy un caballero y aunque pude llevármela a mi habitación y tomar lo que quería de usted no lo hice. Descubrí una forma más legal de obligarla a dormir conmigo, pero no se ofenda. Está atrapada y lo sabe. Ya no podrá regresar a su precioso convento, además acabo de entregar el retrato usted no puede intervenir. Por más que lo intente además... estaba escrito que sería mía y no podrá hacer nada para impedirlo.

—¿Pues sí puedo, ¿acaso va a obligarme?

—No podrá escapar de mí y lo sabe. Usted cayó en la trampa porque yo la envolví, ¿no es así? La seduje fingiendo ser su amigo, su guía turístico italiano ahora comprenda que está atrapada y deje de luchar porque por más que lo intente no podrá escapar de aquí ni de mí. y si lo intenta me enfadaré y conocerá mi verdadero genio...

Audrey sintió que la sangre le hervía.

—Yo no le tengo miedo italiano, he peleado con criaturas mucho más malignas que usted en el pasado.

—¿Ah sí? Criaturas malignas... yo no soy una criatura, soy un italiano loco y de muy mal carácter que no me gusta ser burlado ni desafiado. Acabo de desprenderme de una valiosa pintura, muy valiosa y a cambio usted será mi esposa. Por un tiempo. luego se irá si lo desea o puede quedarse... pero todo se hará como fue planeado. Ese fue el trato y nadie esperaba que usted se mostrara tan sensible ni tan remilgada... pensé que se sentiría orgullosa de sacrificarse por su



congregación de soldados de Cristo. Porque usted tiene un papel casi protagónico: salvar al mundo del demonio porque el padre Andrew cree que la pintura le dirá donde se esconde el diablo y otros misterios por el estilo y usted, usted fue la clave de esa negociación, usted los condujo a mí, usted anhelaba tanto encontrar la pintura y lo hizo... Tiene lo que tanto quería, pero no está feliz, no está feliz porque no quiere sacrificarse.

—No quiero ser vendida a usted y así me siento ahora, vendida y horriblemente humillada. ¿Qué quería? ¿Acaso esperaba que me emocionara el trato que hicieron a mis espaldas?

—Sé que es difícil para usted, pero trataré de que sea feliz, no me agrada que sea desdichada, se lo aseguro. No quiero eso. pero tampoco dejaré que se vaya, si intenta escapar tendré que encerrarla y no quiero hacerlo. Pero si hace lo que le pido todo saldrá bien, estoy seguro de eso.

Un sonido a la distancia anunciaba el almuerzo, pero no deseaba comer nada, aunque en esos momentos se moría de hambre pues había desayunado muy poco. todos los eventos de ese día se agolpaban en su estómago y apenas podía pensar en comer.

—Ven, almorcemos con los curas. Son mis invitados hasta mañana... no lo puedo evitar. Quieren celebrar nuestro matrimonio.

Audrey lo siguió nada entusiasmada.

—Quisiera comer en mi habitación.

—No lo haga, el padre querrá conversar con usted, saber cómo está.

—¿Cómo estoy? ¿Acaso bromea?

—Preciosa, sus amigos curas se irán mañana luego de la boda, por qué al menos no ....

—No quiero volver a verlos, señor Colonna. Nunca más. Ni a usted cuando todo esto termine.

Él no insistió y Audrey fue libre de encerrarse en su habitación, aunque habría preferido

escapar, correr, sabía que eso no sería posible. Pero se iría en cuanto pudiera.

\*\*\*\*\*

Jamás imaginó que tres días después se casaría con Taddeo Colonna en una ceremonia pequeña en la Iglesia de nuestra señora en Mantua, a veinte kilómetros del Castello y que luego se casarían en una oficina pequeña de la ciudad gracias a las influencias del señor Colonna.

Porque el padre Andrew no descansaría hasta que estuviera legalmente casada como si eso pudiera calmar su conciencia.

El día de su boda ofició de testigo, no dio la ceremonia y ella se sintió agradecida, aunque no menos tensa.

Estaba tan tensa que en un momento lloró, no pudo evitarlo. Nada de eso era real, no podía estar pasando, ese no era su lugar, no debía estar allí vestida de novia. Apenas pudo reconocerse en el espejo con ese vestido de novia que un empleado del castillo le compró sin saber demasiado sus gustos pero que debía ser algo blanco, bello y formal. Era un traje de muñeca medieval, amplio liso, con un escote cuadrado... no le gustó nada cuando lo vio, pero pensó que daba igual, serviría para el fin que fue confeccionado. Lo importante era que le quedaba y listo. No podía pedir más en esos momentos. Porque esa boda no era más que una farsa, un vil acuerdo para que todos se beneficiaran menos a ella. Ella saldría perdiendo una vez más.

—Signorina, ¿está lista?

Ella miró a la criada sobresaltada, parecía un fantasma, con un uniforme blanco y una cofia, estaba allí además parada en un rincón.

La modista que había pasado un buen rato alisando el vestido y acomodándolo degustada porque no se había hecho un traje de novia a la medida y ella debía acomodar uno fabricado en serie se encargó de la misteriosa criada.

—Un momento, todavía no, dígame a su señor que debo acomodar un poco más el vestido y

quizás darle una nueva planchada.

Ante la amenaza semejante de tener que desvestirse y aguardar nuevamente Audrey se impuso.

—Oh no, basta ya, este vestido está perfecto.

La modista la miró con cara de espanto, pero tuvo que aceptar su decisión.

La peluquera tuvo algo que objetar: su cabello rubio debía estar perfectamente enrulado y suelto, al estilo Madonna medieval.

Audrey respiró hondo y dejó que la enrularan un poco, pero la demora solo aumentó sus nervios y las ganas de escapar.

Su ansiedad aumentó a un ritmo vertiginoso mientras veía a la criada fantasma en un rincón que parecía vigilar cada gesto suyo, cada movimiento, la modista ceñuda nada convencida con ese vestido hecho en serie para una boda tan importante...

Todos estaban pendientes de ella y eso la ponía mucho más histérica.

Finalmente, todo estuvo listo y entonces la peluquera dejó que se viera en el espejo.

Ahora no parecía ella misma, parecía otra mujer.

Solo que ya no tenía cara de monja sino de religiosa de estampita, le faltaba unir sus manos y mirar al cielo.

No era ella de todas formas.

—Hora de irnos, principessa.

Esa voz la crispó, pues en un rincón de la habitación apareció Taddeo Colonna en persona, su prometido y su futuro esposo y la miraba con una sonrisa traviesa y maligna.

—Tú no puedes estar aquí, no está bien. Trae mala suerte—le gritó ella desesperada. Ahora sí que estaba nerviosa y muy asustada.

Él se rio de esa antigua superstición.

—Lo siento... es que tengo prisa y no quiero esperar como un tonto en la iglesia, me harté de esperar. Llevas media hora de retraso y no quiero hacer el tonto y que comiencen a decir que mi novia ha huido—dijo mientras señalaba su reloj.

Estaba retrasada y ni siquiera lo había notado. Bueno, la culpa fue de la modista que entró casi sin ser invitada seguida de la maquilladora y de la peluquera. A duras penas pudo librarse de las tres, en verdad que no la dejaban en paz y no había manera de que evitara la presencia de ese trío. No quería verse pintada como una puerta el día de su boda, ella no usaba maquillaje, pero finalmente hacía aceptado un poco de carmín en los labios y máscara de pestaña en sus ojos y una leve sombra, nada más.

Entonces lo vio a él, a su novio italiano y suspiró. Estaba tan guapo en su traje de etiqueta azul oscuro y camisa blanca. El cabello oscuro peinado hacia atrás y sus ojos profundos mirándola completamente embobado.

—Te ves tan hermosa cielo... vamos. No me hagas sufrir más—le dijo dramático luego y tomó su mano.

—Pero esto no es correcto, debía ir con el padrino, con tu tío y...

—Eso no importa, vamos, es nuestra boda. ¿Por qué debemos pedir permiso para todo?

Taddeo parecía impaciente y ella también, pero por distintas razones. Pero cuando la envolvió entre sus brazos pese a sus protestas para besarla allí, en el corredor lejos de todos sintió un súbito estremecimiento.

—¡Estás loco, italiano!

—Loco por ti preciosa.

Luego de eso, de ese momento todo ocurrió como una vorágine.

La iglesia atestada de gente, el camino hasta el altar y la sensación de que todo era como

un sueño, era irreal, eso no podía estar pasándole. Pero sí le estaba pasando, era ella, era el italiano y la bendita trampa en la que había caído.

Cuando llegaron al altar vio al padre Andrew y apartó la mirada disgustada.

No había ido solo, el padre Roberto y los demás estaban presentes y la saludaron con una inclinación.

Apretó los labios disgustada. No podía creer que estuvieran allí y no, no quería verlos. Casi hizo de cuenta de que no estaban.

Y entonces escuchó el sermón y pensó que no era una farsa. Su matrimonio era serio.

Prometió amarle y respetarle, serle fiel hasta la muerte y cuando lo hizo su voz tembló y él la miró con una sonrisa leve.

Luego él hizo su promesa y le puso el anillo de bodas, una sortija con brillantes y luego la envolvió entre sus brazos y le dio un beso dulce y ardiente, un beso apasionado que la hizo temblar.

Ahora eran oficialmente marido y mujer.

\*\*\*\*\*

Cuando abandonaron la iglesia recibieron las felicitaciones y conoció a los familiares y amigos de su esposo. Los Colonna estaban allí, elegantes y sonrientes.

Parecían amigables.

Pero ella seguía sintiéndose extraña, muy rara, como si nada fuera real.

Entonces él la llevó aparte y la besó.

—No temas preciosa, todo va a estar bien. Seré un buen esposo, lo prometo—le dijo mirándola a los ojos.

Ella ya no estaba molesta por todo ese asunto de la boda, ahora solo estaba asustada,

aturdida.

Y mientras él la besaba y la abrazaba sintió una voz familiar hablarle en su idioma.

Se sintió crispada de repente, muy molesta, como si toda su rabia por todo lo ocurrido se fijara en una sola persona: el padre Andrew Elder.

Allí estaba, veterano, con gesto bondadoso, queriendo decirle algo importante o simplemente felicitarla por su boda.

A su marido italiano no le hizo ninguna gracia.

—Querida Audrey, quería felicitarte por la boda y también aconsejarte—dijo el padre Andrew.

Ella agradeció que al menos no la llamara hermana Helena, eso habría sido el colmo.

—Gracias padre Elder—le respondió con cierta frialdad.

Luego el reverendo miró a Taddeo y le pidió unos minutos para conversar a solas. Fue tan inesperado que él se mostró desconfiado.

—¿Acaso quiere robarse a mi esposa ahora?

—OH claro que no, hijo. Al contrario. Quiero hablarle del matrimonio.

Audrey pensó que no quería ninguna charla matrimonial en esos momentos, solo escapar. Correr muy lejos y olvidar lo que había pasado, pero oh rayos, ya era tarde. Estaba casada y tenía más que un anillo en su dedo. Ahora era su esposa con la bendición de Dios.

Sin embargo, no pudo evitar que el padre le hablara un momento a solas.

La llevó hasta el salón parroquial con ese fin.

Pero todo cambió cuando ambos estuvieron allí.

Lo vio en su mirada.

—Lo siento mucho hermana Helena, siento mucho que...

—Por favor, ya no me llame así padre, ya no soy una monja—le recordó ella.

Entonces pensó en sus padres, la gran ausencia de ese día y lo miró con rabia.

—¿Qué les dirá a mis padres ahora? ¿Les contará que fui sacrificada por una pintura perdida de Caravaggio? Hágalo por favor, pues yo no tengo valor.

—No piense eso por favor, ese hombre nos obligó, nos acorraló. Si no lo hacíamos, si no cumplíamos ese acuerdo él lo vendería a nuestros enemigos. Pero hay más hermana, hay otras cosas que usted no sabe.

—¿Y qué es lo que no sé?

—Esa secta de adoradores de Satán... tenemos una pista y por eso nos quedaremos un tiempo, hermana. Estaremos cerca por si nos necesita y además... Usted será su esposa solo por tres meses. Ese fue el acuerdo, luego deberá exigir su libertad. Si ese hombre se niega y no cumple el trato, si él no la trata con la debida dignidad entonces...

Audrey sintió que la rabia la consumía lentamente.

—Eso fue lo que acordaron con Taddeo?

El padre Elder asintió.

—Pero no debes temer, solo reza y todo saldrá bien. Estaremos cerca hija, te llamaré para saber que todo marche bien.

Ella dejó en paz el asunto de su boda y se centró en algo más.

—Entonces no ha terminado no es así? El retrato... el retrato no es suficiente. Ahora quieren atrapar a los satanistas.

—Tenemos el cuadro, eso es un gran logro, es verdad. Y es gracias a ti. Tú sin darte cuenta fuiste directo a él...

—Pues ahora no sé qué pensar al respecto.

—Hermana...

—No me llame así, soy la señora Colonna ahora, acabo de casarme, ¿se le olvida padre Andrew? Me pregunto sí... si ustedes lo tramaron todo. Si siempre supieron que Taddeo tenía el retrato y por eso... planearon venderme a él.

—Oh no diga eso, qué barbaridad. Por favor tranquilícese, hija mía, esto no es... no es lo que piensa. Se lo juro por lo más sagrado. Fue el señor, el señor lo tramó todo, él quería que encontráramos ese retrato y por eso hizo que tú conocieras a ese joven.

Ella no sabía qué pensar.

—Ahora tal vez él tiene otros planes para ti, no era el convento, no era entregar tu vida al señor como creías, pero sí puedes entregar tu fe hija mía, como antes y servirnos. El hecho de que ahora estés casada no significa que debas abandonarnos.

Audrey tuvo que callar para no maldecir. Estaba cada vez más molesta. Por todo. Por su boda precipitada que la tenía muy nerviosa, por los absurdos consejos del padre Andrew y lo más triste era comprender que no había terminado. Todavía no.

—Usted me engañó padre Andrew, desde el principio. Sabía que el retrato estaba aquí y me habló del curso de arte. Dijo que no tomara los votos, que no lo hiciera y que este viaje sería una prueba para mí. Pero creo que lo planeó todo. Sabía que la familia de Taddeo tenía el retrato y por eso... no sé cómo lo hizo, pero Taddeo se acercó a mí cuando me vio en una exposición, una exposición a la que fui por consejo del padre Mateo y ahora me pregunto si él no estaba implicado en esto. Imagino que sí.

—Eso no es verdad, no planeé que esto pasara. Se lo juro hermana... Audrey. Por favor.

—Pues ya no sé qué pensar.

—Es una prueba que te envía el señor. Y algo bueno traerá. Ese joven se ve muy enamorado de ti y aunque parezca un hombre duro sé que te amará porque eres una joven buena y



dulce, de generoso corazón.

Audrey no dijo nada, ya no se sentía así en realidad y aunque el padre Elder volvió a pedirle perdón ella no lo perdonó. Ya no se fiaba del padre Elder, ya no se fiaba de su congregación y lo que más la hería era saber que esperaban que todo siguiera como antes y ella les confiara sus problemas maritales.

Pues no lo haría jamás.

Lo que pasara de aquí en adelante sería solo suyo y de su esposo.

Si algo salía mal regresaría a Boston. Si ese italiano le hacía cosas indecorosas o le exigía esas horribles prácticas de las que solo había oído hablar una vez... pues jamás aceptaría semejante trato.

Fue extraño, pero verle allí esperándola en el salón parroquial le dio alivio. Quería escapar del padre Andrew, olvidarse de su existencia.

Ya no era la hermana Helena, ni una novicia esperando ser admitida en el convento, ahora era la esposa de un millonario italiano. Un hombre extraño y misterioso que debía estar loca por ella para hacer lo que hizo.

Al menos él aprovechó la oportunidad y no la engañó como hicieron los demás.

Y cuando tomó su mano y la llevó hasta la fiesta en su mansión Florentina, durante el viaje le preguntó por esa conversación con el padre Andrew.

Ella lo miró y no supo qué decir, no quería mentirle.

—Me pidió perdón por haberme entregado a usted, señor Colonna.

Su respuesta pareció sorprenderle.

—Oh vamos, no digas eso ni me llames señor, pequeña, soy tu marido ahora.

—Por culpa de ese retrato y ese viaje sugerido por el padre Andrew.

Él sonrió.

—Y me alegro que lo haya hecho.

—Solo seré su esposa tres meses, y en ese tiempo debo advertirle que...

Parecía faltarle coraje para hablar.

—No haré nada que sea indecente o inmoral. Eso.

—Tranquila, no le haré nada indecente ni inmoral. En la cama nada está prohibido cielo.

Es lo que dicen.

Ella se sonrojó al pensar en el sexo. No se imaginaba en una cama con el italiano, pero ya se habían acercado y ciertamente que le habían gustado y confundido sus besos.

No era un extraño, lo conocía un poco y habían vivido esa loca aventura. Pero ya no era su amigo italiano mirón, su admirador secreto, ahora era su esposo y todo había cambiado.

Cuando llegaron a la villa florentina se maravilló al ver las luces en el jardín, el cortejo de invitados expectantes allí, esperando a los novios. Lo había organizado todo en un momento, en tan pocos días y se veía bien.

Fue una fiesta muy bonita pero breve.

Si antes todo le había parecido irreal ahora de repente pensaba que simplemente estaba en una nube, flotando.

La fiesta, el champán, los confites deliciosos y luego el baile la habían dejado mareada, exhausta, aumentando en ella la sensación de irrealidad. Sí, todo era tan irreal, tan extraño. No podía creer que esto estuviera pasándole a ella, de pronto se miró en el espejo de la habitación y tembló. De nuevo se vio distinta, como si no fuera ella misma quien estaba allí.

Se había quitado el vestido de novia antes de meterse en la ducha pues durante la fiesta la algarabía de los presentes había hecho que su vestido blanco se arruinara y, además, necesitaba quitarse ese olor a iglesia que tanto le molestaba. Era una locura sí, pero se sentía rara y ahora

más fresca, con un vestido ligero color rosa ya no parecía una novia medieval sino una novia sensual y atrevida. Tenía puesto la ropa interior de encaje algo atrevida, pero nadie quiso venderle otra cosa para la ocasión y ella no quería usar su ropa de antes.

De pronto lo vio en el espejo reflejado y tembló. Taddeo Colonna la observaba a la distancia con una mirada intensa llena de amor y deseo. Se estremeció cuando lo vio acercarse y sí, en un momento pensó en correr. Pensó en alejarse y desaparecer, esfumarse, puesto que todo era un absurdo sueño.

Pero ya era tarde para escapar y lo sabía. Ahora era su esposa y le pertenecía. Había dejado atrás el hábito, su vida de monja para convertirse en su esposa y eso la abrumaba y la eclipsaba a la vez.

Y como si él comprendiera que estaba aterrada se quedó allí escondido como si no quisiera acercarse todavía.

Pero ella sabía que no podría escapar a esa noche, era parte del retrato. Ser su esposa y satisfacer su deseo en esa cama inmensa. Se preguntó cómo sería eso y qué le haría esa noche y sus piernas temblaron al ver que se acercaba. Como si fuera el mismo Satán, y en parte lo había sido, desde la primera vez que lo vio.

Pero de pronto lo tuvo enfrente y quiso correr, pero él la atrapó entre sus brazos y la miró. La miró con intensidad mientras sus brazos la sujetaban pues se sentía a punto de desmayarse.

—No temas preciosa, todo estará bien—le dijo al oído y besó su mejilla en un gesto tierno.

Luego se miraron y él le dio un beso suave, apasionado. Un beso que le decía que era su esposa ahora y le pertenecía.

Ese italiano sabía besar muy bien, y casi sin darse cuenta sus piernas habían dejado de temblar y casi sin darse cuenta sus miedos y su vestido largo transparente cayó al piso.

Nunca supo cómo pasó, pero de alguna forma él la fue llevando muy lentamente, tanto que casi no se dio cuenta de lo que estaba pasando hasta que sintió que entraba en ella como un diablo lujurioso, ardiente, dulce, insaciable, dispuesto a tomarla porque era suya, su esposa, su mujer.

Audrey gimió y se quejó y él la besó y le dijo al oído que el dolor pasaría.

—Eres mía ahora, solo mía—su mirada cambió cuando le dijo eso.

Ella se sintió tan extraña, nunca antes había sentido esas cosas y lloró confundida. Porque convertirse en su mujer fue una experiencia rara y salvaje, por eso, no sabía qué hacer, por momentos quería correr pues no podía entender demasiado lo que estaba pasando y, sin embargo, aunque extraño, lo disfrutó. Fue como si despertara a algo nuevo y cuando pensó que todo había terminado él la abrazó muy fuerte y le preguntó si estaba bien.

Su corazón latía enloquecido y de pronto pensó que todo había cambiado ese día.

—Te amo preciosa, te amo muñeca—le dijo entonces mientras la arrastraba la cama y le hacía el amor de nuevo.

Sus palabras le provocaron una emoción intensa, algo indescriptible, quizás fue el momento, no lo sabía, pero todo fue muy especial, la boda, y convertirse en su esposa, su mujer.

Descubrió que le gustaba, se sentía tan bien. Jamás imaginó que se sentiría así, pero sus palabras fueron un regalo, algo que dijo y que le llegó al corazón.

Y pensativa, luego de que darse medio dormida entre sus brazos lo miró y le preguntó.

—Pero tú... ¿tú me amas?

Él asintió sin dejar de mirarla.

—Por supuesto que sí, por eso hice el trato. Porque te quería a ti, muñeca americana, solo a ti...

—Pero me dijiste que solo querías sexo por un tiempo y que por eso debíamos cuidarnos.

—Bueno, no quise abrumarte... supongo que tú siempre lo supiste.

—Tal vez, no lo sé...

—Siempre supe que serías mía cielo, desde el día que te vi por primera vez. Lo deseaba tanto y ahora... es un sueño para mí. Rayos, nunca había sido tan sentimental.

Ni ella lo era, pero todo había cambiado ahora y lo sabía, se sentía tan rara, emocionada y abrumada y extraña.

Se preguntó si era esa bebida extraña que le había dado durante la cena, si fue por eso que no tuvo tanto miedo como antes y...

Quizás no era la única que había bebido esa noche...

—Ven aquí, esto no ha terminado para mí—le dijo.

Ella lo miró algo asustada. ¿Es que nunca estaría satisfecho su marido italiano?

Él sonrió al ver su expresión y la arrastró de nuevo a la cama.

El juego recién comenzaba y habría mucho más...

Pero al menos no le hizo nada extraño y sin embargo se sentía tan bien, extraño, pero le gustaba.

Y se durmió en sus brazos, en los brazos de un hombre guapo, el más guapo que había visto en su vida y lo sabía, aunque ella no lo hubiera mirado así, era hermoso, era perfecto, desnudo era simplemente grandioso.

Se sonrojó al sentir su mirada.

Luego recordó que solo era sexo y que debía estar casada por tres meses y eso la hizo llorar.

Ella no era así, no era una mujer fría ni tampoco...

Pero quizás fuera lo mejor. Tres meses y luego todo sería olvidado.

Solo que ahora no quería pensar en eso.

Ese hombre acababa de decirle que la amaba y parecía loco por ella.

No terminaría en tres meses, pero ¿cómo podría ser una esposa si jamás pensó en el matrimonio antes?

Pero el señor tenía otros planes para ella, de una forma misteriosa había unido sus vidas y ahora debía esmerarse en ser una buena esposa. Una esposa de verdad y no una esposa temporal.

Ahora no quería pensar en eso, estaba exhausta y solo quería dormir, dormirse en sus brazos sin pensar en nada...